

JESUS ARPAL POBLADOR
LAS CIUDADES
visión histórica
y sociológica

Jesús Arpal Poblador

LAS CIUDADES

una visión histórica y sociológica

MONTESINOS

Biblioteca de Divulgación Temática / 19

© Montesinos Editor 1983
Rda. San Pedro 11, 6º Barcelona 10
Coordinador de la colección: Ernesto Ayala-Dip
Diseño de la cubierta: Julio Vivas
ISBN: 84-85859-65-0
Depósito Legal: B-11176/83
Impreso por: Alvagraf
La Llagosta - Barcelona
Impreso en España
Printed in Spain



El recinto y las principales calles de una ciudad romana (Barcelona), mantenidas a través de las sucesivas transformaciones.

Introducción: ciudades y ciudadanos

La ciudad no es algo que simplemente está ahí; nosotros mismos hemos devenido en ciudadanos. E incluso, si se quiere, somos nosotros, quienes en nuestra práctica –y en nuestras concepciones– de relacionarnos con otros y con lo otro –la naturaleza o la divinidad– hemos encontrado la ciudad. En un determinado momento histórico, relativo a un concreto tipo de vida o modo de subsistencia.

Este es uno de los primeros asuntos a tratar: qué tipo de relaciones e interdependencias existen entre las ciudades– y las formas adoptadas por ellas –y las sociedades– y las distintas maneras de producirse la vida colectiva. Un segundo punto, de carácter más formal, puede plantearse en este tema: si de alguna manera tenemos establecido un determinado concepto de sociedad (y de sistemas sociales o modos de producción) que nos puede resultar aceptable, habrá que ver hasta qué punto podemos decir lo mismo de la ciudad. A ese asunto –y sus secuelas– irán dirigidas, en gran parte, las páginas que siguen.

Una cuestión –relacionada estrechamente con el tema anterior– se plantea de inmediato: supuestas esas relaciones, quizá definidas como ciudad-sociedad, y examinada su naturaleza y/o su historia, las variaciones en una de ellas ¿qué efecto tienen en la otra, y viceversa?... Ello entraña algunos supuestos, no siempre resolubles en ciencias sociales, de causa-efecto (o de correlación, o relación unívoca,..) Pero también provoca una tentación –no tan for-

malizada científicamente—, pero natural en nuestra condición de ciudadanos, del tipo: ¿y si nosotros interviniéramos en una de ellas, no conseguiríamos que la otra...? Lo cual suele llevar implícito que uno sabe —al menos— cómo le gustaría que fuese el efecto de su intervención, e incluso que uno estudiaría métodos de intervención. Sin embargo es cierto que resulta, cuando menos, arriesgado, si no están claras las interdependencias.

Finalmente, un problema epistemológico (que como suele suceder incluye actitudes éticas): cómo siendo yo ciudadano —«actor» o «reactor»— puedo investigar la ciudad; es decir (y en su forma más académico-científica) cómo puedo ser yo objetivo al analizar la ciudad o cómo puede ser la ciudad objeto de análisis si estamos mutuamente implicados. La verdad es que el problema es arduo y —en las ciencias sociales— provoca recelos externos e internos; de todas formas, estas ciencias —y particularmente nos interesa aquí la sociología— algo han trabajado en aclarar su estatuto científico y sus supuestos y manejan, con frecuencia, ciertas coartadas que eventualmente suplen su insuficiencia. Una de ellas es que las relaciones entre sujeto y objeto científico no tienen por qué ser como en otras ciencias; otra más agresiva (quizá por aquello de que la mejor defensa es un buen ataque) insiste en que las ciencias —se suele sobreentender las físiconaturales— tampoco tienen tan claro el asunto.

En este ensayo sobre Las Ciudades se ha insistido en una bibliografía más bien interdisciplinar y un tratamiento de cuestiones que resulten estimulantes para una iniciación. En parte porque no hay una clara constancia de una ciencia de las ciudades (y no parece éste el momento de fundarla), y en parte porque cierto hábito (profesión/deformación) de profesor y sociólogo viene a aconsejar como más fructífero —aunque a veces menos regalado— el ir a ciertos nudos de problemas —que pueden producir efectos iniciáticos—, y no quedarse en introducciones acabadas,

las cuales con frecuencia invitan a irse con la música a otra parte. Al mismo tiempo este pequeño libro quiere insistir más en lo que la ciudad tiene de formación espacial socialmente significativa, y menos, en ciertos «tópicos» sociológicos que se dan en ciudad: la crisis de la familia, las desviaciones psicosociales, la integración de los inmigrantes, las subculturas, las interacciones o las estratificaciones, etc...

De todas formas, y ésta es la última cuestión previa –aunque probablemente las engloba a las demás– los libros son cuestión de lenguaje; e independientemente de que éste quiera justificarse como breve ensayo pero con un cierto rigor «científico», también es muy probable que, además de que este lenguaje no deja de ser el de «aquí» y «ahora» –el del autor–, las propias compulsiones del ciudadano, al tener que hablar de su ciudad y en su ciudad, le arribaten –o le apaguen el vuelo–. La «poética del espacio» de Bachelard no siempre encuentra su poeta ni su analítico. Si la palabra originaria sobrevoló la ciudad, la razón devino escrita en sus muros; empleando una referencia de especial proximidad para el autor, por ahí andan en libros, «El drama de la ciudad ideal» de Víctor Gómez Pin y «De la ciudad y de su razón» de Carlos Moya.

Zorroaga, julio 1982

De Platón a Le Corbusier

¿... No es la sabiduría y todas las otras cualidades espirituales de que fueron padres todos los poetas y todos los artistas dotados del genio creador? Y la más bella y la más alta de las formas de la sabiduría, añade Diótima, es la que se ocupa de la organización de las ciudades y las familias; se la denomina la prudencia y la justicia...

Platón

(citado por Le Corbusier)

El urbanista no es otro que el arquitecto. El primero organiza espacios arquitectónicos, determina el sitio y el destino de los volúmenes edificados, conecta todas las cosas en el tiempo y el espacio mediante una red de circulación. Y el otro, el arquitecto, ocupándose por ejemplo de una sola vivienda, y en esa vivienda por ejemplo de una simple cocina, erige asimismo volúmenes, crea espacios, determina circulaciones. En el plano del acto creador, arquitecto y urbanista son sólo uno.

Le Corbusier

1. Las ciudades en la historia

La persistente acumulación de restos humanos en algunos lugares produce elevaciones del terreno, viene a romper la supuesta horizontalidad de la tierra; marca el suelo de tal manera que los arqueólogos pueden identificar a simple vista (y más sistemáticamente con la fotografía aérea) la existencia de yacimientos: se aprecia claramente que son montículos «artificiales». En Mesopotamia, la superposición durante centenares de años de los asentamientos humanos —de lo que los hombres producen al fijarse en un suelo— levanta auténticas colinas artificiales, los «tell». En sus estratos ha podido reconocerse de manera modélica la permanencia de grandes colectivos en un lugar a lo largo del tiempo, a pesar de las frecuentes alteraciones —por el fuego, por el agua, por los hombres— que la propia historia ha traído.

En los enterramientos de hombres, deliberadamente producidos, es frecuente realzar la tierra; no sólo para proteger los restos encerrados allí, sino para marcar un hito. Los túmulos emergen de la tierra para marcar la presencia de algo superior: sea el hombre o los espíritus imaginados por el hombre: Las pirámides egipcias serían la construcción máxima de esta concepción.

El altar —como mesa o elevación sobre el suelo— quiere señalar que lo que allí se expone —personas, animales o frutos de la tierra— está por encima de la tierra y se ofrece a algo superior frecuentemente referido al cielo; la incinera-

ción sería la forma más expresiva de romper con la materialidad de la naturaleza y llegar más allá. Estos intentos de elevarse a otros mundos están presentes en la significación del «ara» romana, que se refiere tanto a la comunicación con el más allá en la conmemoración de los muertos, como a lo que hay de lugar con fuerzas o significaciones especiales: el santuario. En Asia Menor, y en relación con todo un desarrollo de la comunicación con el cielo, se elevarán, hasta extremos asombrosos, los «zigurat».

La decisión humana de construir su propio albergue, de completar o sustituir el hábitat natural, no supone simplemente un paso más en su adaptación; es cierto que se puede describir una secuencia que va del ramaje y las oquedades naturales al abrigo construido resaltando estos materiales¹. Pero, desde muy temprano, cuando el hombre construye su habitación, no se limita a guarecerse de las fuerzas de la naturaleza; está envolviéndose en un espacio, está disponiendo unos elementos de cobertura de acuerdo con una determinada concepción de la vida, y sobre todo —es lo que nos interesa resaltar—, está estableciendo una relación nueva con la naturaleza, con los otros seres vivos y con el espacio. La información etnográfica y arqueológica, cuando nos aproxima a elementales formas de construcción de albergues, suele presentar no sólo una tecnología de edificación, sino todo un arte de la disposición de los espacios (y de los volúmenes). Las distintas significaciones de estas «artificaciones» llevan inmediatamente a algo más allá del individuo, incluso a planteamientos grupales por encima de las relaciones que suelen considerarse más básicas (las de reproducción de la vida). La habitación se ubica por referencia a un espacio que frecuentemente contempla además de los recursos naturales los recursos humanos, la comunicación con los otros —la vecindad—. Otras veces, la casa es decididamente de comunidad e incluso se separan y especializan casas de la colectividad frente a casas domésticas. En definitiva la casa se estructu-

ra internamente por referencia a lo superior y externo; por referencia a diferencias y jerarquías, a estructuras supraindividuales. De la misma manera que en el enterramiento, la significatividad descansa en lo que tiene de monumento funerario o cementerio, es decir en lo que supone de relación con otros en el tiempo (la memoria de los antepasados) o en el espacio (la Necrópolis); en la casa, su plena significación se alcanza en lo que tiene de relacional con lo otro o con los otros, en lo que tiene de expresión física de interrelaciones. De ahí que, incluso en culturas «primitivas» la secuencia a estudiar es la de las diferentes formas de definición –de estructuración– del hábitat colectivo; puede decirse que la habitación es insignificante si no comporta cohabitación y que, para las ciencias sociales la casa deviene elemento del poblado; más aún el objeto primero de éstas es la aldea, precisamente por lo que supone de estrecha correlación entre una forma de habitar –casas distintas y relacionadas– y una forma de vivir indisociable de la humanidad –la colectividad que supone la comunidad–.

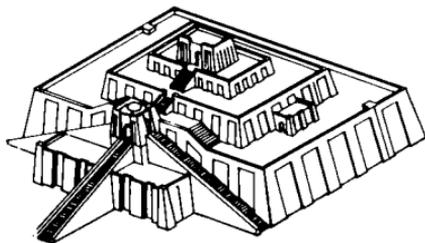
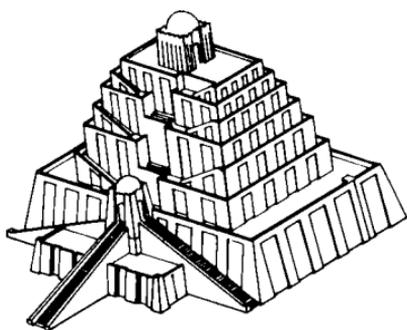
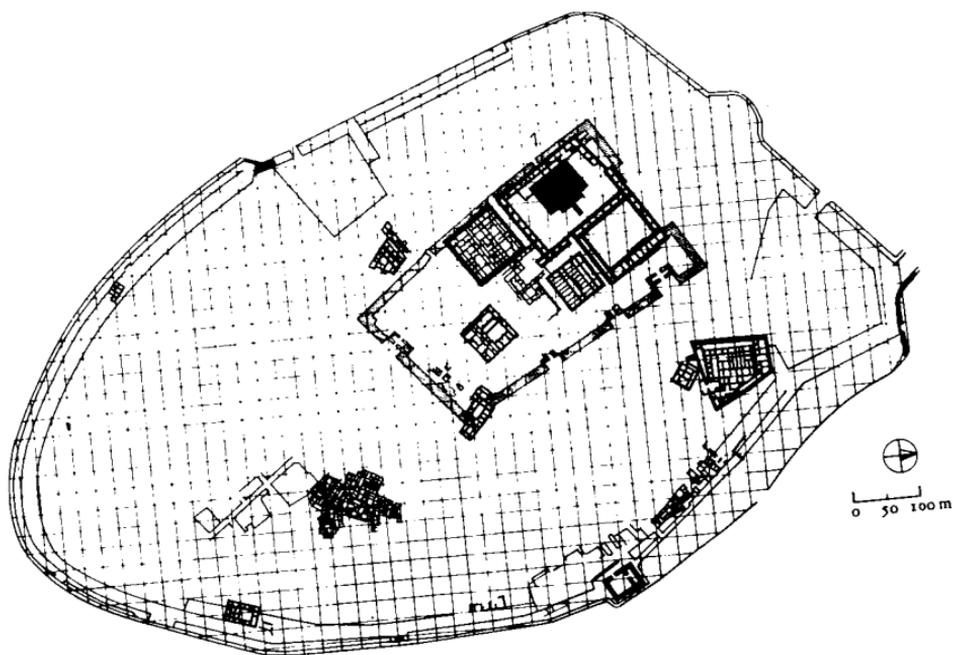
En este sentido, la invención de la arquitectura señala el descubrimiento operativo de la estructura de las relaciones de los hombres. El que los hombres asuman racionalmente –resuelvan técnicamente– no es separable de que identifiquen su propia naturaleza colectiva. De ahí que la obra arquitectónica por excelencia, el monumento– con lo que supone de construcción memorable –sea por antonomasia la representación de la relación del hombre con el otro; se trate de relaciones del hombre con sus antecesores (el monumento funerario), con sus superiores (el religioso) o con sus semejantes (el político). Sin olvidar que en estas relaciones con los hombres se insertan las relaciones –productivas– con la naturaleza (almacenar y transportar) que muchas veces tienen su peculiar expresión monumental (el silo, la presa, el acueducto, la vía, el puente,...).

Siguiendo a Gordon Childe, el especialista reconocido

en la investigación del paso a la vida histórica –en el Neolítico–, las primeras ciudades conocidas presentan un elemento diferencial característico. Se trata de unas construcciones monumentales con una dimensión excepcional: en ellas se centra y resume todo un universo; en su espacio magníficamente delimitado se encierra toda una concepción de la vida; por referencia a ellas se organizan toda una serie de actividades colectivas. En el Oriente Medio, que es donde se localizan estos primeros testimonios, estas construcciones son reconocidas como casas sagradas, como *templos*. Lo característico de estos templos es que en ellos se alojan las fuerzas que dirigen la colectividad, que en ellos se asientan las bases que organizan la vida colectiva. Estas edificaciones son, por una parte, el depósito de los excedentes de producción que permiten el progreso; son así mismo, el lugar donde se puede relacionar, contabilizar los recursos disponibles y, por tanto, prever y determinar su utilización más conveniente. En cierto modo, el paso, importantísimo, de la simple depredación a la producción y distribución organizada de los recursos –se centra en esta «casa templo», en la que los propios hombres –un grupo o una clase de ellos– de forma explícita –normativizada y ritualizada– controlan sus propias claves de reproducción colectiva. Es, pues, la «casa-síntesis» de la colectividad, la definición espacial por excelencia de la estructura colectiva; la «casa-total» estructurada expresamente para ello: la ciudad. Toda su concepción y realización poco tienen que ver con las necesidades individuales o grupales de albergue; se trata de una casa por encima de las habitaciones humanas. Los habitantes o mantenedores de esta edificación se diferencian de los demás y, de alguna manera se apropian de la identidad y el destino de la colectividad; a través del servicio al templo, dominarán específicos sistemas de dar cuenta y llevar cuentas de lo que es y posee la comunidad; su conocimiento especializado –la numeración y la escritura– les hará depositarios

del conocimiento del devenir de la colectividad en el tiempo y en el espacio: una casta sacerdotal alcanzará la preeminencia social que supone la administración exclusiva del templo; es decir, de la sede de los recursos colectivos –materiales y espirituales– y del reconocimiento de los mismos (sus memorias, sus inventarios).

En el período de Uruk (en la Sumeria del III milenio antes de Cristo), los pueblos campesinos se convierten en «ciudades catedralicias», según la expresión de Gordon Childe. En pueblos que se mantenían de la pesca, caza y el cultivo; los excedentes de esta producción primaria permitían el mantener artesanos: carpinteros, ceramistas, metalúrgicos, transportes, especialmente navegación, que facilitaban el comercio exterior. Los progresos tecnológicos en estas actividades secundarias y terciarias daban una nueva dimensión a las relaciones entre grupos y en especial a la violencia inserta en ellas: se desarrolla como actividad específica y tecnificada la guerra, el «homicidio organizado» para la dominación. Todos estos desarrollos se integran, se realizan en un nuevo modelo de civilización con específica división social y estructuración de las relaciones de los hombres entre sí y entre ellos y el espacio: la civilización urbana. Pero la ciudad se sintetizaba, se concretaba físicamente en el templo. En los templos de Erech, de Akkad, en los de distintas localidades de Mesopotamia (sin olvidar sus correlaciones con Egipto y aun con el Indo), las propias soluciones constructivas marcan las claves estructurales de este nuevo orden. Sobre plataformas que superan los 50 m. de lado y los 10 de altura se elevan edificios rectangulares con muros de 15 y 20 m.. Pero no se trata sólo de la magnitud de la obra y lo que supone de recursos; lo que destaca es la artificialidad explícita, la invención e intervención humana: la organización de los medios; la sofisticación de las soluciones; las plasmación de que en esos templos hay algo más que los simples medios naturales; de que en la construcción se han su-



UR. (ERECH) 3^{er} milenio a. C. Plano de la ciudad. Desarrollo del "zigurat" [1].

perado las dimensiones no ya de los simples individuos, sino de los grupos elementales. La materia de construcción se serializa (los adobes se producen según tipologías geométricas). Los paramentos se ordenan rítmicamente, con los juegos de luz de los contrafuertes o se transmutan mediante enlucidos y pinturas de composición calculada.

Las plantas de los edificios y las plataformas adoptan formas geométricas elaboradas, y el interior de los templos se ordena en naves y cámaras de acuerdo con funciones y valoraciones determinadas. Pero, sobre todo, en estos milenarios templos mesopotámicos, se comprueban, a diferencia de otros santuarios o lugares sagrados, rasgos definitivos de su carácter catedralicio, de su centralidad urbana. Como ya se ha apuntado, en el templo radican las actividades colectivas, sobre las que descansa una estructura social y del poder, que en el propio templo tendrá su legitimación expresada en creencias y rituales sacrales. En sus dependencias se guardan las materias más importantes, más apreciadas –los tesoros, sean granos, metales o símbolos–; en sus tablillas se enumeran y numeran los productos y las personas; en sus paredes se representan los signos de identidad de la comunidad. El desarrollo de un sistema de símbolos gráficos en progresiva codificación, permite recoger en un reducto todo un universo. En cuanto una parte del colectivo –los sacerdotes– se separe de las actividades directamente productivas (que, en su especialización, marcan una participación cada vez más segmentaria o sectorial en la vida colectiva), esta clase podrá asumir la representación del orden total, aparecer como suprema emanación de la colectividad. Su dominación se legitimará bien sea en su inmediatez a los principios del universo (los dioses, las fuerzas ocultas, la vida y la muerte) o en su conocimiento de las técnicas de comprender o propiciar la vida (escritura, cálculo astronómico, geométrico y aritmético, alquimias..). Su formalización supondrá el desarrollo de los preceptos y de los jueces; de las decisiones en pro de

la comunidad y de la determinación de las actividades productivas. Así mismo, el templo en su propia durabilidad y magnificencia constructiva podrá ser la salvaguardia de la colectividad (o al menos, una parte de ella) ante las catástrofes: no sólo como memoria, sino como refugio. En algunos templos el poder encontrará su mejor defensa y su mejor asilo. En el mismo Oriente Próximo, el desarrollo del palacio, del príncipe guerrero, como sujeto de poder, con mayores o menores implicaciones con el sacerdote y el templo, significará un paso fundamental en el desarrollo de la ciudad. Su mejor plasmación quedará en las ciudades, centro de los grandes imperios: sean del Próximo Oriente, del Asia Continental, o de la América precolombina.

La propia monumentalidad de los espacios del templo, el desarrollo de rituales magnificadores de su significación no hace más que insistir en lo que representa: el predominio de lo colectivo, la imposición de una casa total sobre las casas particulares. Su elevación le lleva a estar por encima de los terrenos. Pero su localización mantenida y repetida por encima de catástrofes y transformaciones, su propia permanencia realiza físicamente la perduración de la colectividad: la distinción de un centro en el que se basa físicamente la reproducción social. Los templos mesopotámicos y sus plataformas engloban en sus plantas las anteriores construcciones; se superponen a ellas en las sucesivas reedificaciones que se producen a lo largo de cientos de años. El «templo blanco» de Erech con su amplia plataforma (70 × 66 × 13 m.) no es sino la culminación de seis templos anteriores cuya acumulación da cuerpo a su propia elevación. El tiempo queda ordenado por estratificación; pero en una estratificación que engloba los elementos anteriores, resolviendo en su elevación una evidente forma de perduración total, de reproducción por encima de todo cambio. En la propia localización del templo, en la misma concrección espacial de la ciudad, hay una reso-

lución del viejo problema del tiempo; de cómo aprehender el destino. Las distintas Troyas superpuestas de la mítica excavación de Schliemann, son un documento tan expresivo, en su propia perduración, de la compleja civilización protogriega como la memoria –también con imbricaciones e interpolaciones–recogida en la Iliada.

En este sentido la «invención de la ciudad», construir ciudades, será la máxima realización humana en orden a una evidenciación de lo colectivo, enmarcándolo en la doble coordenada de espacio y tiempo. En la ciudad, el hombre plantea su propia naturaleza colectiva en términos que le resulten no sólo inteligibles, sino practicables por él mismo. Si la «aldea-comunidad» delimitaba el universo según estructuras elementales, la «ciudad-sociedad» va a intentar traer el universo a escala humana.

El paso de la aldea a la ciudad puede plantearse como una revolución –en el sentido de las profundas transformaciones tecnológicas y sociales–. La ciudad en su origen marca ya una nueva forma de entender la reproducción de la colectividad. Pero también es cierto que ese paso no es tanto el cierre de un modo de vida –y las concepciones que ello comporta– sino su extrapolación, el dar una nueva dimensión a una serie de factores que, en parte importante, ya estaban en la aldea. A ello se refiere Lewis Mumford cuando habla de «*implosión urbana*». En la discutible y genial interpretación de este arquitecto «norteamericano», serán los cazadores con su capacidad de riesgo, su movilidad, su fuerza instrumentalizada para la dominación, quienes imponiéndose a los agricultores producirán la nueva era. Será la nueva concepción de la tierra como madre –nutricia y sacra– fecundada o violada por culturas renovadas de cazadores (los señores de la guerra y del metal), la que supone el surgimiento de la civilización urbana. Como provocadoramente venía a afirmar Jane Jacobs, primero era la ciudad y luego el campo; o dicho de otra forma: sólo desde la instauración de la ciudad tiene senti-

La ciudad como primer espacio aglutinador

Los múltiples elementos diversos de la comunidad esparcidos hasta entonces a lo largo de un gran sistema de valles y a veces por regiones situadas mucho más allá, fueron movilizados y acumulados bajo presión, tras los muros macizos de la ciudad. Hasta las gigantescas fuerzas de la naturaleza fueron sometidas a la dirección humana consciente: decenas de miles de hombres se ponían en acción como una sola máquina bajo un control central y construían acequias, canales, montículos urbanos, *ziggurats*, templos, palacios y pirámides, en una escala hasta entonces inconcebible. Como resultado inmediato de la nueva mitología del poder, la misma máquina había quedado inventada, aunque durante largo tiempo fue aún invisible para los arqueólogos porque la sustancia de que estaba hecha —los cuerpos humanos— había sido disociada. La ciudad fue el receptáculo que determinó esta implosión y que, a través de su misma forma, mantuvo unidas las nuevas fuerzas, intensificó sus reacciones internas y elevó en conjunto el nivel de realizaciones.

Esta implosión ocurrió en el mismo momento en que la zona de intercambio se extendía considerablemente, a través de incursiones y trueques, de capturas y expropiaciones, de migraciones y esclavizaciones, de recolección de impuestos y una conscripción al por mayor de la mano de obra. Bajo la presión de una institución rectora, la monarquía, una multitud de diversas partículas sociales, largo tiempo separadas y centradas en sí mismas, cuando no mutuamente antagónicas, fue reunida en una zona urbana concentrada. Como ocurre con un gas, la misma presión de las moléculas dentro de este espacio limitado produjo más colisión e interacciones sociales en el lapso de una generación que las que se habrían producido en muchos siglos, si hubieran permanecido aisladas en el *hábitat* aborígen, sin límites. O, para decirlo con términos más orgánicos, las pequeñas células aldeanas comunales, *indiferenciadas* y *simples*, cada una de las cuales cumplía por igual cada función, se convirtieron en estructuras complejas organizadas de acuerdo con un principio axial, con tejidos diferenciados y órganos especializados, y con una parte, el sistema nervioso central, que pensaba por el conjunto y lo dirigía.

Lewis MUMFORD

«La ciudad en la Historia»

do la distinción definitiva de lo rural. Incluso podría decirse que con el establecimiento de ciudades, de intercambios y almacenamientos sistemáticos, de división del trabajo, es cuando la agricultura supera su carácter de un elemento más de subsistencia y de ritual, para convertirse en civilización agraria. La importancia de las relaciones de la nueva forma del poder —su localización y especificación urbana— y los desarrollos de la producción agraria han sido puestos de relieve en la conocida tesis de los imperios hidráulicos de Wittfogel. Sólo la división social que marca estructuralmente a la ciudad permite las grandes obras de regadío y transporte que posibilitarán los excedentes agrarios que permiten los grandes imperios del Próximo Oriente; sólo la concreción y localización urbana del poder, devenido poder incipientemente burocrático, permite articular los grandes espacios y las poblaciones complejas.

Con la fundación de la ciudad se produce la cabal instauración del dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza. En la propia ciudad se determinará, se especificará la centralidad de esa instauración sin precedentes: la ciudadela será el reducto que señalará la dominación de los hombres. De un grupo de hombres —los poseedores de la fuerza por excelencia— que serán como dioses, que se elevarán sobre las propias fuerzas de la naturaleza (sobre los propios hombres y sobre las tierras), intentando alcanzar en su reducto el dominio de la vida, la superación de la muerte, bien sea en la divinización, en la protección especial de las fuerzas superiores, o en la sucesión garantizada. El reducto en el que se implanta la máxima concreción de la ciudad, en donde se afirma la implosión urbana en cuanto localización del control del hombre sobre el propio proceso, deviene necesariamente sagrado: en él, los hombres se encuentran con los dioses, se elevan a superiores, dominan las fuerzas de la naturaleza; en la ciudadela está el depósito de la dominación, la legitimidad físico-espacial del poder. Los hombres que la ocupen se preocu-

parán de defenderla, defendiendo al mismo tiempo la dominación urbana. Las formas espaciales concretas adoptadas por este proceso –con múltiples manifestaciones en el tiempo y en el espacio– parecen insistir en este carácter genético-estructural que el reducto de la dominación tiene en la instauración plena de la ciudad. A veces, recuperará o instrumentalizará los lugares específicos del paso al más allá (los lugares sagrados en los que los muertos o los espíritus protegían-dominaban a la comunidad). Los túmulos originarios que no señalaban la dominación singular de un hombre, sino la superioridad de lo sobre-extra-natural, son apropiados como zigurat o pirámide del rey o de su dinastía; la localización originaria será reducida a símbolo de la prelación; convirtiendo en arquetipo del poder el reducto de la dominación, en acrópolis lo que había sido asentamiento primario; lo que era el depósito de los bienes colectivos se apropia como lugar del tesoro del rey o de la casta dominante. Sus formas arquitectónicas concretarán aún más lo que ya suponían de condensación del universo o de elevación sobre lo terreno.

No es accidental que sea precisamente con la escritura –que se produce con la Ciudad y el Estado– cuando se considera que se inicia la Historia. Como no es extraño que, desde esa concreta Historia, se haya visto con frecuencia a los pueblos sin ciudades, sin escritura y sin Estado, como pueblos sin progreso –sin Historia– sin ley o sin fe («salvaje»). Asimismo resulta significativo que el progreso, la civilización –especialmente en la definición expandida mundialmente desde Occidente– pase necesariamente por la urbanización con lo que ello supone de división del trabajo y del poder. Es este modelo de ciudad, producido en Occidente –aunque oriundo del Próximo Oriente y matrizador de una civilización que ha devenido dominante a escala mundial–, el que nos interesa analizar en su gestación histórica, una vez señalada la significación del nacimiento de la urbanización.

La ciudad antigua, en la ya clásica formulación de Fustel de Coulanges, ejercía «un poder absoluto en nombre de su carácter sagrado y de la religión inherente a ella»³. El viejo ritual de fundación de la ciudad y la severidad con que se marca su espacio no hacen más que subrayar la propia diferenciación que la ciudad supone. La ciudad es un espacio reservado, sagrado. Sólo los ciudadanos pueden participar plenamente en sus creencias, en sus celebraciones, en su defensa; sólo las familias y las casas consideradas como legítimas integrantes de la ciudad pueden asumir su gobierno, gestionar sus intereses. De ahí que sus intereses materiales e ideales, la propia ordenación de sus componentes aparezca como privativa de cada ciudad; que cada ciudad se identifique precisamente en prácticas y creencias peculiares; y esta identidad se afirma y se renueva en ese espacio urbanamente estructurado por lo que supone de depósito espacial de las fuerzas protectoras de los ciudadanos; no tanto por la residencia o la circulación en ese espacio.

Para Fustel de Coulanges, con la misma particularidad y celo con que los antiguos cultivaron la religión de los antepasados y de la casa, definiéndola en ciertos lugares y prácticas privativas de la comunidad doméstica, así se produce la ciudad en la Antigüedad griega y romana. Si los padres depositarios de la autoridad eran los sacerdotes y cada casa tenía su lugar sagrado (su «ara») y su ritual peculiar, sobre el que se fundaba un orden comunitario por referencia al parentesco agnaticio (la «gens»), también las ciudades descansaban en el respeto a los «padres» y la «patria», cuya legitimidad residía en ser los descendientes de los fundadores y los que fijaban las normas y los rituales propiciadores del engrandecimiento de la ciudad.

Pero esta transferencia de lo doméstico o lo ciudadano, aun estando y perdurando en el origen de la ciudad antigua, va a suponer una reformulación importante: la progresiva definición e imposición de lo público, de la ciuda-

danía. En el paso –no excluyente, por su puesto– de un colectivo que se estructura por referencia al «lar-hogar», a un agregado de gentes que se estructuran por referencia a la «acrópolis-ciudadela», se produce una nueva definición de lo colectivo, una conciencia de «populus» integrador, que institucionaliza la radical diferencia con el extranjero. Las propias pautas ancestrales de la hospitalidad doméstica quedan alteradas ante la nueva dimensión –«política»– que representan las relaciones entre ciudadano y extranjero⁴. Los límites de este nuevo universo –la «polis» o la «urbs»– y su estructuración no pueden basarse ya en la identificación de un padre, origen físico del grupo (un «genitor», origen de linaje); para este nuevo orden se precisa un dios o diosa, un templo, una ciudadela, una población o ciudadanía, que explicitan progresivamente su preeminencia sobre las familias, las casa y los cultos domésticos. Ello supone el desarrollo de instituciones, en cuanto normas (leyes escritas) y en cuanto grupos (los políticos).

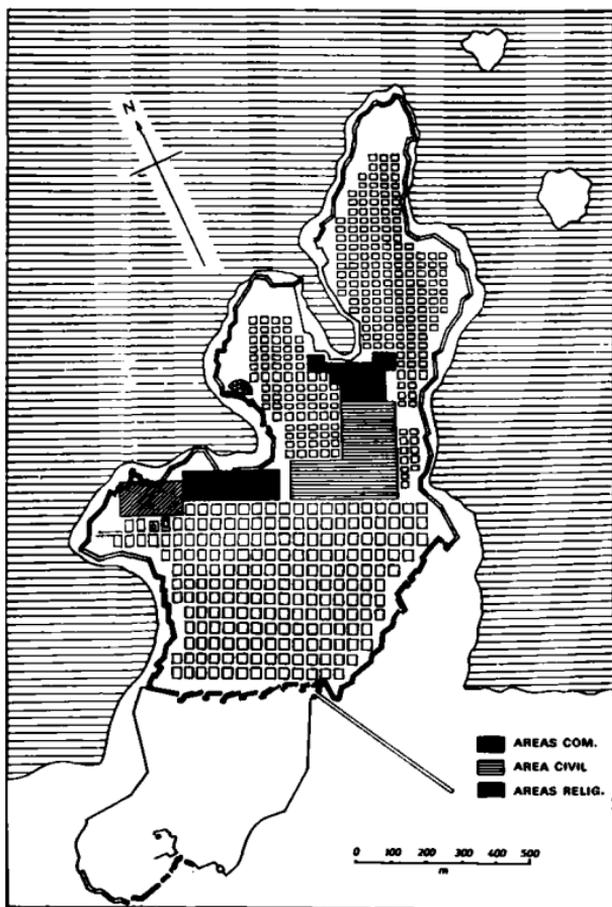
El proceso de urbanización –de «civilización»–, sin perder las legitimaciones sacrales, supone un reconocimiento de lo colectivo, un nuevo entendimiento de qué es el individuo y qué la sociedad, que se plasmará en la ciudad como Estado y en el hombre como ciudadano («animal urbano/político»).

Las propias partes de la ciudad, en progresiva diferenciación, van marcando jerárquicamente la distribución del colectivo: del templo al palacio, de la «acrópolis» o ciudadela al «astu» o zona de intercambios, del recinto urbano a las aldeas o suburbios. Las soluciones a la línea de contacto entre la localidad urbana y el resto del espacio expresan de forma singular la dominación de la ciudad: la disposición y mantenimiento del recinto, las normas sobre accesos y residencia desarrollan una física de la dominación **urbana** sobre el territorio circundante, como la inserción de la ciudadela en el espacio urbano señala la estructura

del poder. Sea la Ciudad-Estado o la Ciudad-cabeza del imperio.

El proceso espacial de la ciudad, al diferenciar y especializar ámbitos y lugares, señalará el propio proceso de racionalización «con arreglo a fines» de la dominación⁵. De los lugares totémicos o animísticos, a los lugares del poder formalizado, de las distinciones entre sujetos y objetos, de la instauración de la Norma. La estructuración del colectivo, la disposición del espacio urbano pasará por la progresiva separación de las actividades y de los grupos sociales que las desarrollan. La normalización máxima de este universo, el ordenamiento según normas racionales del colectivo, la implantación de la Razón como norma, supondrá la «polis». Sólo la evidencia física de la diferenciación progresiva de la vida experimentada en la ciudad produce la diferenciación específica de la razón como razón política, el desarrollo de un sistema de decisiones y participación en ella de acuerdo con objetivos urbanos (políticos).

El urbanismo de Hipodamo de Mileto será la aplicación definitiva de las conclusiones de la razón política del apogeo de la polis (lo que paradójicamente supone la crisis y la superación del modelo ateniense clásico): el espacio racionalmente regulado supone la regulación política de la población, la normativización del «demos». La estructura geométrica de sus ciudades hará de la propia red ortogonal la expresión de la propia estructura de la colectividad, del orden objetivado, de la imposición de la razón política. La planta de la ciudad ha logrado subsumir las casas y las gentes; la ciudad es un todo racionalmente desarrollado (planificado); sólo las funciones marcarán el espacio y las unidades funcionales cada vez más patentes en las grandes ciudades helenísticas serán las «ínsulas» (manzanas rectangulares que son los módulos básicos de habitación o de inserción urbana) rigurosamente encuadradas en el damero de calles y plazas. La prioridad clásica de estas



Mileto. Segunda mitad siglo V a. C. Plan de Hipodamo.

últimas sobre las viviendas denotan la prioridad de la vida pública, la afirmación de las instituciones ciudadanas, políticas. La red de calles y plazas, las esquinas simétricas, la geométrica simetría del plano, producen la máxima transparencia del agregado poblacional, su reducción a razón. Razón practicable que posibilita el desarrollo de la ciudad

y de los ciudadanos, el progreso de los hombres en su dominio de la naturaleza; en la ciudad así dispuesta se logra el higienismo y la belleza física. Dos consecuciones fundamentales de la razón griega: de Hipócrates a Policleto. Así ve Oribase, autor helenístico del siglo IV, la ciudad Hipodámica: «en una ciudad, cuando las calles son paralelas las unas a lo largo, las otras a lo ancho, las unas alineadas en línea recta de levante a poniente, las otras de norte a sur (...) sin que ninguna de ellas encuentre el menor edificio erigido a través de su recorrido (...) eso hace una ciudad bien aireada, saneada por una feliz exposición al sol y a los vientos»⁶.

La instauración de la Filosofía que viene a ser la de la razón occidental –en términos hegelianos–, se produce en la «polis», que viene a ser el dominio racional del espacio en Occidente: el mundo tenebroso se está convirtiendo en «ecumene» que puede ser cartografiable. La razón filosófica (¿científica?) afronta la dialéctica de los cuerpos y los espíritus, de la materia y la forma, de la naturaleza y la idea, de las diferencias y su jerarquía. En la implosión y el desarrollo urbanos se resuelven los clanes y sus totens en las clases y sus intereses; la tierra como seducción, en suelo como producción. La estructuración elemental del colectivo (los sexos y las edades) adquiere en la *polis* griega su definición cívica, de razón colectiva. Como quería el Timeo platónico para su ciudad de razón, el orden de la «polis» debería descansar en una regulación de los lazos entre hombre y mujer en función de criterios sociales, regulación que, sin embargo debería ser ignorada por los directamente interesados. En la ciudad, la interrelación del hombre con la naturaleza se hace inteligible, dominable por la razón; se convierte en física, en geografía, en economía. «La Polis no es sino el momento político, humano, de un cosmos que, reconociéndose en su momento universal reconoce su diferencia y su contradicción como el físico imponerse de su propia identidad universal (...). Ese es

precisamente el discurso de la razón, en tanto Logos físico-político: reconocimiento de la imposición de la unidad de la ciudad sobre la totalidad de diferencias y contradicciones que amenazan separar a sus habitantes». «En la Polis griega, coincidiendo con su expansión colonial-mercantilista sobre el universo mediterráneo, la religión mitológica en su propia crisis religiocultural, engendra la razón» (...). «Frente a la omnipresencia magicoreligiosa de la naturaleza en la existencia campesina, la ciudad ha construido sus poderosas murallas como recinto en el que se hace posible el artificio todopoderoso del Logos Político; la discusión pública en la ciudad deviene razón y medida de todas las cosas, de las que son y de las que no son (...). Por esto es por lo que el ciudadano debe dominar el artificio del Logos, la técnica retórica que asegura la victoria pública de su lenguaje»¹⁰.

En la Atenas matriz, la de Pericles, con sus cuarenta mil habitantes, hay una clara conciencia de la síntesis que representa la propia ciudad. Aristóteles querrá fijarla como modelo en su «Política»: «la ciudad debe ser a la vez continental y marítima y en relación tanto como sea posible, con todos los puntos del territorio». Por una parte se ha conseguido la clara identidad individual y colectiva del «ser ateniense», de lo que significa su propio resultado urbanístico: la ciudad alta en donde el reducto sacral originario ha devenido en sacralización de la Polis, en donde el templo es templo de la diosa-razón; en donde la ciudad se reconoce encumbrada en sus orígenes míticos; a su pie, la ciudad baja progresivamente ampliada en sus murallas, donde los habitantes se aglomeran, pero que se ordena claramente: en sus puertas, por donde entra y sale la actividad (la construcción de los muros largos que enlazan el recinto de Atenas con el Pireo resaltarán el eje de actividad más sustantivo); en su ágora donde la asamblea de los ciudadanos y los consejeros administradores de la ciudad se confunden originariamente con el espacio del mercado.

Cuando en 556 a. c. se instituyen las «panateneas» y se determina la vía sacra que, partiendo de la puerta del Dipilon atraviesa diagonalmente el Ágora y desemboca en la Acrópolis, se ha establecido la celebración colectiva cuya ritual procesión integrará máximamente la síntesis de la ciudad; la identidad ateniense.

Pero también se produce en la ciudad griega del siglo V, la conciencia de la importancia de controlar la dimensión urbana –de delimitar la dimensión política–. Su jurisdicción sobre el Ática, su inserción en la pendiente de las montañas al mar, su población intramuros, la relativa uniformidad urbanística de la población englobada en la masa de habitaciones pero sintetizada políticamente en su Acrópolis o en su Ágora, son la clave del orden democrático construido y devienen el modelo espacial urbano. «Dan a la idea de la convivencia una fisonomía humana y precisa que se caracteriza por la unidad, la articulación, el equilibrio con la naturaleza y el límite de crecimiento»⁸. La definición de la Atlántida, que tiene algo de país ignoto y tenebroso, es concebida por Platón como un país «sin sentido de los límites», como lo desmedido o indefinido; de ahí que pueda instaurar, en ella, un orden abstracto.

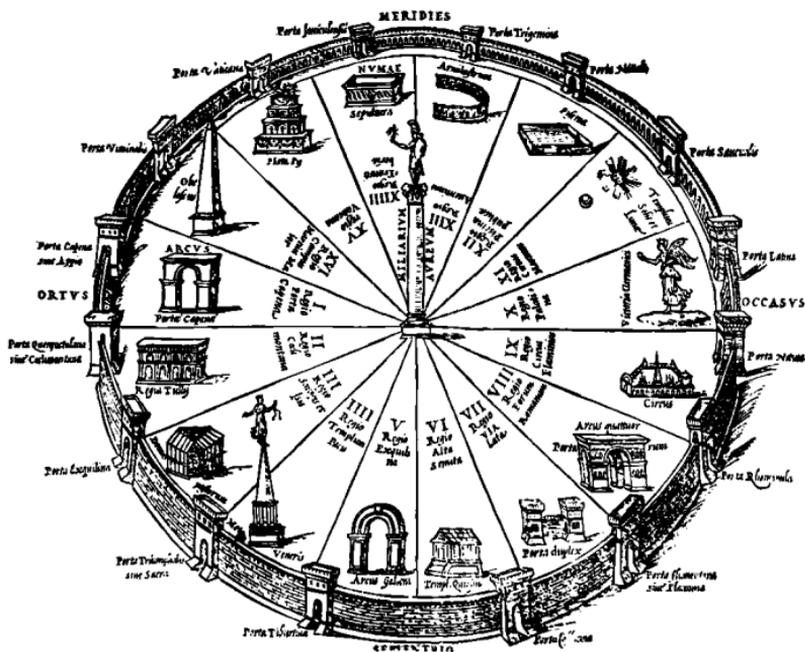
La clásica dificultad de los griegos para desbordar los límites de la ciudad, para que el Estado superase la Polis descansaba en el propio carácter de síntesis modélica de la Atenas del siglo V y la fuerte sacralización de este modelo. Las crisis sociales, políticas y religiosas después de Pericles marcan las dificultades para desarrollar la dominación urbana, la razón política hasta sus mismas consecuencias. El propio Imperio Macedónico (con sus recuperaciones del «pathos» político oriental) hará que la ciudad modelo (la metrópoli originaria.) adquiera el colosalismo urbano-político que arquitectónica y urbanísticamente se plasma en Alejandría, región urbanizada con más de medio millón de habitantes, de grandiosas calles y que en su faro plasmará su dominación mercantil, y en su bibliote-

ca, su dominio de la razón escrita. Constantinopla y, sobre todo, Roma darán la dimensión acabada de la nueva concepción de Metrópoli: en un amplio espacio articulado centralmente («los caminos que llevan a Roma»), progresivamente ensanchado, articulado (los límites, las provincias, la ciudadanía), el poder político pasa de los ciudadanos al Emperador; y la ciudad, la Metrópoli, a capital del Imperio.

El equilibrio lógico-político instaurado en Atenas, no puede detenerse en su punto matriz; deviene necesariamente, por la lógica de la Razón-Estado, civilización romana, occidental. El solar mediterráneo, encrucijada Oriente-Occidente y norte-sur, crisol de agricultores, nómadas, metalúrgicos, comerciantes será el espacio de una civilización que viene a soterrar o resolver en un cierto sincretismo las viejas culturas preurbanas. La razón de la Polis, gestada en un universo limitado, deviene razón universal capaz de ordenar el mundo que, en este momento se centra en el mundo mediterráneo. La difícil historia de reducir a un orden cívico el occidente, se valdrá del modelo de Polis griega pero extrapolando la norma: dando dimensión imperial a la ley y al Estado. El hombre «político» deviene «ciudadano del Imperio»; los extranjeros llegarán a ser socios, federados y finalmente ciudadanos. La civilización será Romana y los hombres del campo terminarán en paganos fuera de la catolicidad romana. Precisamente al final de la etapa dorada del Imperio —en época de Marco Aurelio— el griego Aristides hace el siguiente panegírico del Imperio: «Los vencidos no envidian ni odian a Roma como a la vencedora. Han olvidado ya que un día fueron independientes, pues disfrutaban de todos los beneficios de la paz y disfrutaban de todos los honores. Las ciudades del imperio irradian por doquier gracia y belleza y toda la tierra se halla adornada como un jardín. Los únicos hombres dignos de lástima son los que viven fuera de los dominios del Imperio Romano, suponiendo que tales hombres exis-

tan». Es ahora cuando adquirirá su realización definitiva el modelo de neopolis helenístico. Las colonias no serán simples terminales de la expansión mercantil de la ciudad; sino la implantación de plantas urbanas cuya estructuración interna, según un modelo fijado, y cuya articulación vial y administrativa de unas con otras y de todas ellas con la «Metrópoli-capital» (la «urbs» por excelencia) producirá la estructuración del universo ciudadano sobre el que se produce Roma como imperio de amplios límites.

La dedicatoria que Vitrubio hace de su clásico «De Architectura» a Augusto es doblemente significativa: por la identificación del «Imperium» en Roma y porque su autor va a ser el que se ocupará de establecer la preceptiva que la propia práctica constructiva de los Romanos requiere y que devendrá modelo occidental de urbanismo: «cuando yo me hacía –dice Vitrubio– reflexión sobre la magnanimidad de tu espíritu cuyos cuidados no se ceñían a lo que atiende a los asuntos más importantes del estado, sino que descendían hasta las menores utilidades que el público puede recibir de la buena manera de construir, y cuando yo reparaba en que, no contento de convertir a la ciudad en señora de tantas provincias que tú le sometes, tú la vuelves ahora admirable por la excelente estructura de las grandes construcciones y que tú querías que su magnificencia igualase la majestad de tu imperio, yo he creído que no debía tardar más tiempo en hacerte ver lo que yo he escrito sobre este tema, esperando que esta profesión que me ha puesto anteriormente en cierta consideración por parte de tu padre, me obtendrían de tí un parecido favor». La construcción de la ciudad es la construcción del imperio; y ello resulta claro para el profesional y para el emperador; tanto como estructuración jerarquizada de las tierras conquistadas cuyo ordenamiento final descansa en Roma, como en la correlación que existe entre majestad del mando y magnificencia de la sede. La propia planta de Roma, tal como será vista en el Renacimiento, que reasume la



época imperial (Augusto)

historia de Roma como recuperación máxima de la universalidad que lleva a sus más puros límites la catolicidad romana, queda sintéticamente resumida en su ordenación interna que representaba físicamente esta identificación entre orden de la ciudad y orden del espacio. En una serie de grabados de 1.527, Roma que en principio se esquematiza en el rectángulo de su recinto, que encierra simplemente algunas colonias y algunos edificios significativos dispersos, se presenta ya en la instauración de la monarquía con una planta octogonal que entre las colonias y los edificios marca un espacio central gigantesco dominado por una columna conmemorativa identificada como «umbilicus urbis»; en el grabado correspondiente a la época de Augusto se presenta ya como un círculo dividido en

sectores por radios que acaban en simétricas puertas del recinto circular. En el centro, el gigantesco «miliarium aureum» y en cada uno de los 16 sectores equivalentes y numerados el nombre de un distrito –«regio»– al que acompaña un monumento significativo. El arqueologismo renacentista lleva a sus máximas consecuencias la síntesis universal que Roma significa.

La podredumbre de la urbe, su deterioro, su caída, resumirán míticamente la caída del Imperio. La centralización y acumulación del consumo, de la cultura, del poder en la Roma imperial, se harán incompatibles con la desarticulación del Imperio, con la ruptura de la unidad del Mediterráneo. Sin embargo lo que Roma supone, con alteraciones bizantinas y redefiniciones de la Iglesia Católica, marca la Historia de Occidente durante siglos.

En la Historia se alternan y suceden las ciudades cada vez más afectas a las transformaciones y diferenciaciones sociales y culturales producidas. El Lejano Oriente conocerá el particular desarrollo de China, imperio urbano y protoburocrático; Bizancio dará nuevas fuerzas a la tradición urbana helenística; el Islam se insertará desde muy temprano entre ésta y la experiencia milenaria del Próximo Oriente; en territorios islámicos se mantendrán algunas de las permanencias urbanas más significativas: Arbelá, ciudad mesopotámica, en el actual Irak, ha mantenido en su emplazamiento una consistente población urbana durante 5.000 años; la calle Recta de Damasco puede recorrerse igual hoy que cuando la transitaban las legiones romanas; el privilegiado emplazamiento de Alejandría hace que por encima de las vicisitudes históricas sea en la actualidad una populosa urbe de más de dos millones de habitantes. Sin embargo, no se trata de historiar el proceso urbano, sino de asomarse a la aparición en la historia de determinados tipos de ciudades, especialmente atentos a lo que han significado para esa específica mundialización

de la ciudad, que se ha matizado, sobre todo, en Occidente, y que actualmente conocemos como sociedad urbana.

La *ciudad medieval* se resume por excelencia en las «villas» extendidas desde los albores de la Baja Edad Media por todo Occidente. Atendiendo a los factores poblacionales originarios, que de alguna manera dan carácter diferencial al movimiento urbano medieval, Ennen estableció tres grandes áreas: Alemania Septentrional e Inglaterra, sin tradición ciudadana, pero con localizaciones del comercio ambulante que prefiguran lo urbano; la zona media de la Europa Noroccidental, con permanencias romanas y lugares de defensa y de comercio; la zona del Mediterráneo en donde la *civitas* parece mantener su vigencia. La segunda, ha permitido sobre todo la tipificación de este fenómeno urbano que disiente de la tradición grecorromana en el carácter cerrado, autárquico, que no incorpora formalmente un territorio; que niega la extensión de la ciudadanía más allá de la estricta localidad urbana, frecuentemente un exiguo reducto amurallado. De todas formas, en el estudio del origen y desarrollo de las villas medievales está presente, de modo muy explícito la estrecha correlación entre estructura espacial y social: en la aparición de las villas se ha buscado la matriz originaria de la estructura social típica de Occidente Moderno. Ya se trate del carácter artesano y mercantil de las villas; de la producción para el mercado y lo que su clara localización y ordenamiento supone; de la estilización del habitante de las villas, o de la importancia de sus estatutos legales en el desarrollo político de Occidente¹⁰.

Sin embargo no ha de olvidarse la repetida legitimación grecorromana (por referencia a Roma o a Bizancio) del nuevo orden que se está produciendo en Occidente. No sólo en las demostradas permanencias sociales y culturales, sino en las legitimaciones romanistas de las instituciones fundamentales del poder: la Iglesia y la Monarquía.

La filosofía más o menos reinstaurada como Teología Occidental tendrá parte importante en esta recuperación del orden de razón que posibilita la ordenación del universo por encima de las particularidades y crisis. Si tempranamente este nuevo orden pudo ser afirmado como «Ciudad de Dios», en contraposición con la ciudad no cristiana, en un momento de afirmación eclesial ante el hundimiento del orden político romano, la Edad Media (los siglos XII y XIII) elaborarán la noción de «universitas». Se trata de un cuerpo perfectamente jerarquizado (con su cabeza) que en principio son los cristianos que pueden resumirse en el propio cuerpo de Cristo. Pero en tanto este cuerpo va definiéndose como género humano específico (el animal social, con la recepción del aristotelismo), prefigura la noción de sociedad civil; que tendrá una larga vigencia en la «monarchia christiana universalis», pero que terminará cristalizando en la comunidad internacional (el Derecho de gentes) y el Estado-Nación en el siglo XVI. Esta noción de «universitas», moral y jurídica está en la base legitimadora de la Iglesia como asociación y de la villa como cuerpo unitario. Su identificación con un territorio (el conquistado por el cristianismo y la monarquía) le dará su máxima consistencia: en las villas se dará una de las primarias realizaciones de esta comunidad como netamente civil; su desarrollo final será el Estado-Nación¹¹. La ciudad medieval se presenta con una tipología espacial muy expresiva y con una documentación muy explícita de su concepción. La fundación de una villa, el otorgamiento de sus privilegios, subraya ese carácter primigenio de un nuevo orden. No se trata de historiar, ni siquiera mínimamente, el proceso evolutivo de la ciudad en Occidente, sino de extraer de la ciudad medieval algunos de los rasgos que contribuyen más típicamente a una caracterización de la significatividad de la ciudad en Occidente, y de manera muy concreta a su significatividad sociológica.

La ciudad medieval en su forma más típica –la villa–se

presenta como un modelo de organicidad. Su inserción sobre el medio rural va a producir una neta diferenciación –lo extramuros, los no vecinos– sobre la que descansa su poder y su vitalidad. Lo que puede aparecer en principio como refugio de ciertos tipos de población y de ciertas formas de actividad, como reducto defensivo frente a los señores feudales o a las correrías de las invasiones periódicas que amenazan el Occidente, se define tempranamente como una forma de subordinar físicamente el campo de dar una nueva dirección a las fuerzas productivas campesinas; de defender el territorio. En este sentido se produce la neta diferenciación de la villa que supone un universo diferenciado y netamente localizado. Tanto en sus muros y puertas, con toda la normativa y ritual que reproducen la clara separación entre la nitidez de la ciudad y la incertidumbre de lo rural, como en la definición jurídico-política claramente privativa –privilegiada– del vecino de la ciudad, como en la especialización de las actividades productivas –la manufactura incipiente, del mercado– y de los estilos de vida –el burgués–. Pero es sobre todo en su neta estructuración espacial, en donde se fija más típicamente la villa. El mundo rural de la feudalidad parece ordenarse según ejes «naturales» –las comunicaciones y las diferenciaciones económicas sometidas al relieve y la climatología– o sobre los residuos –transmutados en este nuevo modo productivo– de la ordenación tardorromana (las viejas sedes episcopales, la influencia bizantina, los fundos y su progresiva reducción guerrera). Lo rural aparece como incertidumbre en la que se reinsertan dimensiones gentilicias, clánico-parentales, de la estructura socioespacial en las que se yerguen virilmente las «torres-fuertes» o las fortalezas cabeza de las banderías y del poder señorial como única organización política –única dimensión físicamente implantada– del universo. La neta distinción entre lo rural y lo urbano no debe llevarnos, sin embargo, a olvidar que se trata de un único orden (o modo de

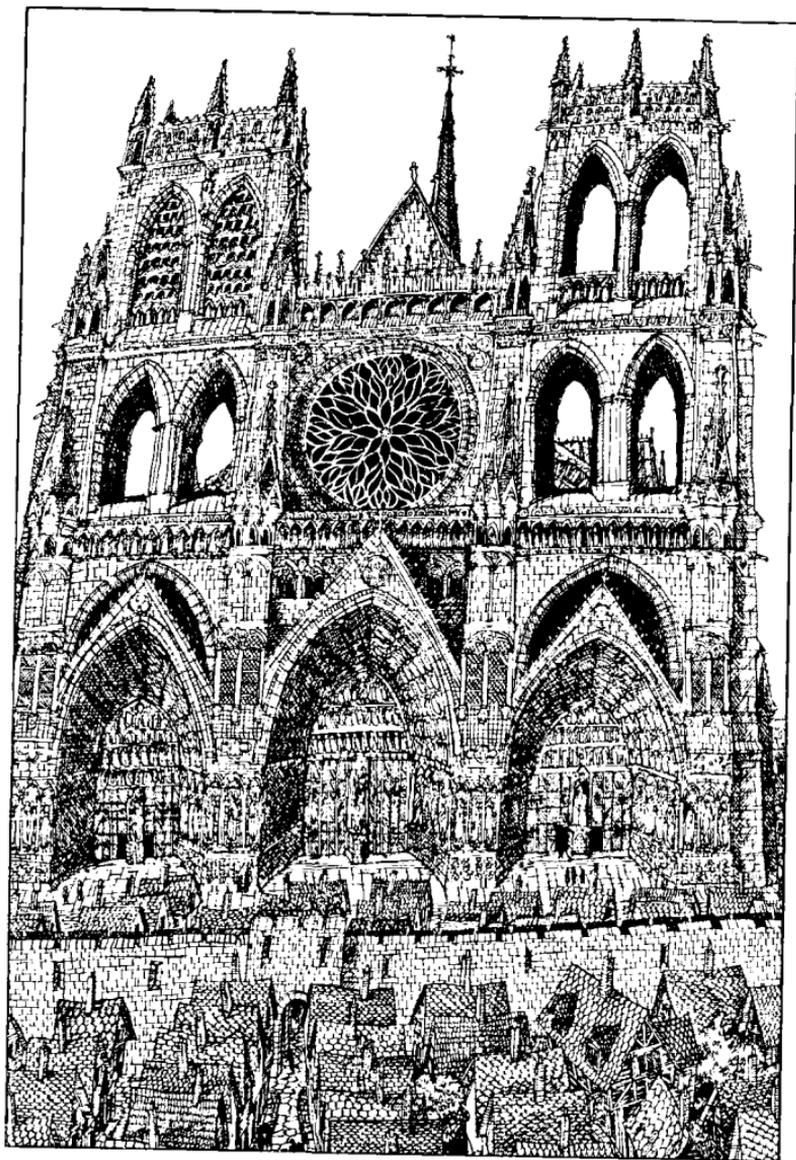
producción), el feudal; y que en sus estructuras básicas la villa responde a este modelo de sociedad. Muy especialmente, si se tiene en cuenta la importancia de las estructuras de parentesco en esta sociedad, ya resaltada por Marc Bloch. En las casas se marcan los signos de linaje, en la subdivisión de la villa están presentes los bandos clánicos. Las reseñorializaciones de la sociedad a fines de la Edad Media (y aún en la Edad Moderna) se denotarán físicamente en las villas¹².

Frente a ello, la villa cuya reducción a sus muros, su delimitación se presenta en principio como total. Incluso encerrará con una nueva especificidad, un elemento de lo rural en su interior –las casas con huertas– y asolará frecuentemente el espacio inmediato: la noche o el «rebató» reducirán la vida a sus muros; las cargas comunitarias más típicas serán las de mantenimiento y consolidación de sus muros y fosos; el desarrollo político –tipificación de su ámbito y organización de la administración– se particularizará en su reducto. El carácter oblongo de la villa adaptada a las curvas de nivel, a los reductos naturales –islas, elevaciones del terreno– muy característico de las villas guerreras (de repoblación, fronterizas, etc), se completará con la incorporación de un reducto-síntesis, la Iglesia-castillo, que frecuentemente constituirá la parte más noble de la muralla. Pero el desarrollo de las actividades mercantiles y artesanales, la fundación de villas-nuevas, alentadas por reyes y señores, como nuevo sistema de ordenación político-económico, desarrollará nuevas plantas ortogonales, una nueva centralidad –la del mercado– una ampliación de los cascos urbanos y una clarificación interna– estructuración espacial y jurídica –de las distintas funciones de la ciudad. En su prototipo, la autoridad real progresivamente legitimada en términos normativos de «imperium» impulsará la explicitación de este orden –cartas pueblas, fueros de villa– y la introducción del diseño ortogonal y de la progresiva integración jurídico-

espacial de las distintas pueblas o burgos. «Las partidas» de Alfonso X, en pleno siglo XIII, marcarían claramente la significación del nuevo orden político –la monarquía feudal autoritaria–. La Iglesia «romana» dará el patrón de legitimidad simbólico-práctica y señalará notoriamente su sede como centro arquetípico de este universo. La villa, entonces, es ordenada por referencia a estos centros en progresiva definición: la iglesia y fortaleza, ampliada, se va quedando progresivamente en el centro de la villa y se erige jurídicamente en iglesia mayor sobre las otras pueblas o burgos que se integran cada vez más como barrios o «quadrillas» que jerarquizan comunitariamente el espacio total; el espacio del mercado, progresivamente englobado en las ampliaciones de la cerca, deviene plaza pública como espacio resumen de la administración y su celebración. La villa se presenta como la comunidad local por excelencia: precisamente por su máxima localización (concrección y señalización espacial) de las actividades y estructura de la comunidad. En la villa se desarrolla el paradigma del orden estamental; aunque su propia condensación o síntesis máxima conlleva la dinámica de superación –la burguesía, el mercado– que llevará en su propio desarrollo factorial a la ruptura del modo feudal; la particularización de los grupos y de sus actividades como comunidades diferenciadas –gremios, parroquias, burgos– y su identificación espacial, se resuelven sintéticamente –en conflicto y en consenso– en la villa cuya vertebración descansa precisamente en su insularidad, en su emergencia sobre el campo, en su necesaria reducción a universo particular dentro del particularismo del orden feudal. Esta diferencialidad, de comunidad completa, que dialécticamente tiene que producirse por referencia a lo no urbano, a la economía y vida rural, esta necesidad de presentarse como orgánicamente acabada con límites claros, pero al mismo tiempo inserta en un universo general, se resuelve de forma particularmente expresiva en la propia iglesia, en el suelo sagrado.

La planta románica avanzada –el modelo de peregrinación– y más claramente la planta gótica, con su vigencia secular, ha venido a fijarse como prototipo de la iglesia urbanamente concebida. Además de la contribución colectiva que supone normalmente la erección o renovación de una iglesia –en donde se marca ya la jerarquización estamental– la iglesia, como espacio delimitado en todas sus dimensiones, tiene una precisa simbología en sus propias soluciones constructivas que se conciben como universo jerárquico; desde la bóveda a los pilares que la sustentan, desde la cabecera a los pies pasando por el crucero, se producen coetáneamente a su construcción toda una serie de exégesis y rituales que tendrán una de sus plasmaciones evidentes en las portadas, además del desarrollo interior de «historias» en relieves y retablos. La disposición de los fieles en un gran cuerpo central no quita su rígida jerarquización –el coro, espacio reservado en la gran unidad de la nave central; el presbiterio elevándose como escenario principal, la prelación del lado del evangelio sobre el de la epístola etc.– al mismo tiempo que una cierta promiscuidad –vitalidad urbana– en los deambulatorios y en la serie de dependencias anejas que hacen que con frecuencia en la iglesia –como en la villa– se una la clara distinción y jerarquización de los espacios a su uso y abuso más allá de los rituales ordenadores.

De la gran cabecera –universo radial– al cuerpo del edificio, de la gran linterna del crucero en la nave mayor a las naves laterales y a las capillas propiamente dichas se plasma una mole, cuya grandiosidad empequeñece el caserío, emerge sobre el techado tan englobante de la villa. E internamente marca la inserción-apropiación del espacio sagrado, que, en espacios particulares, producirá la constelación orgánica de pequeños universos en donde se fijará simbólicamente la articulación estructural de la comunidad: los linajes dominantes, como prolongación de su posición social desde el más allá hasta el presente, en las ca-



La catedral gótica en la villa medieval

pillas particulares que son enterramientos y sacralización del patrocinio; los gremios, como ordenación de las relaciones de producción, en capillas que significan la protección de sus miembros y en cofradías en las que ritualizan sacralmente las actividades comunitarias. Las devociones fijadas en retablos y en portadas en donde se organizan todos los planos de la vida y de la muerte, la tierra y el cielo; en donde el universo se organiza monárquicamente en la figura del pantócrator o de la majestad divina.

Pero la iglesia, plasmación sacral de la estructura básica de la comunidad (la reproducción de sus miembros y su estratificación), es así mismo la dimensión clara y operativa de la comunidad en cuanto cuerpo diferenciado: la parroquia es una jurisdicción que señala quiénes son miembros de la comunidad y cuál es su lugar en ella, en la vida y en la muerte; que define en diezmos y primicias los ciclos económicos; que señala en su campanil cuál es el ámbito jurídico, fiscal y convivencial, el espacio que domina la comunidad. En tanto se produzca la integración de esta iglesia en un orden eclesiástico —la jerarquía episcopal y el papado— la comunidad se irá articulando en orden universal estamental.

Este organicismo integrador que se expresa, sobre todo, espacialmente se presenta de forma peculiarmente sugestiva en España: el particular ordenamiento del territorio durante la Edad Media (las «reconquistas») y el contacto de culturas (cristianos, musulmanes y judíos) se proyectan en las villas: sean cabeceras patrimoniales de un reino (Pamplona, León), sean localidades activadas en las rutas del comercio y la peregrinación, o fundaciones para la repoblación y defensa. En ellas se podrán integrar una «cívitas» con unos «burgos»; una población cristiana, con unas juderías o morerías. A pesar de las frecuentes tensiones entre estas comunidades y su diferenciación espacial y jurídica, el orden medieval resistirá a la sedición —la gran amenaza y el gran delito de la «universitas»—¹³

El lugar del intercambio y de la producción, la calle, y la plaza experimentarán así mismo una clara y neta evolución: según el modelo de las villas más florecientes, junto a la iglesia y su espacio orgánico que llega a recubrir toda la ciudad (a través de diversos escalones sacrales) se produce la diferenciación del espacio cívico, la plaza pública, en donde el ayuntamiento, la comuna llega a rivalizar con la iglesia en notoriedad arquitectónica; y en donde se organiza la vida colectiva que en las sesiones del concejo, en el mercado –en su espacio diferenciado– en el orden urbano (la calle y su policía), tendrá su propia estructuración de la actividad colectiva, que necesariamente lleva a una articulación del espacio inmediato; en la generalización del movimiento urbano se producirá un ordenamiento de las contiguas jurisdicciones e intereses: ligas y familias de fueros, una estructura dominante del territorio que se sintetizará en la progresiva implantación de la unidad monárquica de la norma –del fuero general– o de la unidad territorial –el reino o la provincia–.

El desarrollo de la actividad y su progresiva jerarquización se centrará en un doble plano: el *desarrollo del Estado* –de la monarquía– como trasunto de la diferenciación terrena de la colectividad que tendrá su concreción espacial en el reino, dentro de la relativa constitución de ese orden inter-comunidades en la sociedad de estamentos. Su identificación en la persona del rey y en la casa del rey, lleva correlativamente a su fijación como cabeza de la monarquía y del reino, a la fijación de la corte. La eventual síntesis de ciudad y poder encarnado en la persona y casa real –de villa y corte– producirá la jerarquización urbana que se inicia tímidamente con la corte permanente y finalizará en el establecimiento de una capital. En otro plano, la acentuación de la importancia del mercado, su intensificación, llevará también a una jerarquía de las plazas de mercado que se concentrarán en el monopolio administrativo-económico de toda una actividad productiva. En el

Sociedad y espacio

«Pensar en plural una parte del espacio localizada es un absurdo; y, justamente, esto hace posible que puedan existir al mismo tiempo un número plural de «otros» objetos, en ejemplares completamente idénticos, pues sólo el hecho de que cada uno de ellos ocupe una parte del espacio, en la cual no puede coincidir con el otro hace que sean varios, a pesar de ser indiferenciables por su estructura. Este carácter único del espacio se traslada a los objetos en cuanto nos los representamos como llenando un espacio; y esto es importante para la práctica en aquellos casos en que solemos acentuar y utilizar el factor espacio. Así sucede sobre todo en la tierra, que es la condición para aprovechar en pro de nuestros fines, las tres dimensiones del espacio. *Cuando un organismo social se confunde con una determinada extensión territorial o se hace solidario de ella, adquiere un carácter único y exclusivo, difícil de alcanzar de otro modo.*»

Georg. SIMMEL
«Sociología»

caso de la Península Ibérica de Burgos a Sevilla habrá un significativo salto: Sevilla en el siglo XVII, puede llegar a ser la «capital real» de España en cuanto concentración de la población, del mercado, de la administración de Indias; en tanto que de Toledo a Valladolid y Madrid se está fijando una corte que marcará la característica dualidad de capitales en la España de los Austrias: su propia conformación urbanística marcará su especificidad. Pero la concreción en cabeceras jerárquicas se ha puesto en marcha de acuerdo con la definición más neta del territorio de la monarquía que se perfila con su propia extroversión como imperio. La «*monarchia christiana universalis*», las míticas restauraciones del Imperio Romano, en las que las villas emergían como islotes más o menos articulados entre sí en medio de territorios-comunidades que la figura del monarca aglutinaba patrimonialmente, todo ese orden estamental irá cediendo a la implantación del estado moderno que en su propia condensación requiere la integración-unificación del territorio, la abolición de los privilegios, la conformación del espacio de una comunidad global, la nación que va a ir incorporando su denominación –su reconocimiento singular –y su centro único– la capital–. Ese será el largo proceso iniciado con la dinastía borbónica: la localización estricta –la máxima concreción– de todo el poder supondrá la articulación central de todos los espacios, su localización en la capital que urbanísticamente devendrá el espacio de la representación del poder del estado: la Corte.

El siglo XVI que marcará la prepotencia de las ciudades mercantiles italianas, Venecia, Nápoles, Milán (en torno a 200.000 habitantes), ve iniciarse un desarrollo cortesano, inseparable de reconocidas actuaciones arquitectónico-urbanísticas, que tendrán su paradigma en la dualidad Florencia-Roma. Pero será en el siglo XVII, y en el marco de crisis poblacionales, en donde se producirá la plena instauración de «*capitales*» modernas: Madrid, Viena,

Roma, Amsterdam, París, ...; Londres llegará a superar el medio millón de habitantes. Esta configuración de las capitales europeas inseparable de la emergencia del capitalismo va a estar determinado en gran parte por su carácter de corte, de sede del poder político, correlativo al desarrollo de su capacidad de consumo —de consumo de lujo en la conocida tesis de Sombart.

El urbanismo cortesano llevará a una especialización: la construcción de residencias reales (permanentes o temporales) en donde la monarquía tenga el marco adecuado a su autoridad absoluta; el modelo versallesco, auténtica pieza de laboratorio urbanístico, se difundirá con los Borbones; desde Viena hasta Madrid se compite en magnificencia y suntuosidad de ciudades fabricadas «de una vez», al servicio de un objetivo específico: la residencia del poder y sus servicios, netamente separado del pueblo (los «reales sitios»).

Ahora bien, en tanto la dominación del Estado no se ejerza ya como pura fuerza coactiva, militar, como actuación personal del rey, el monopolio legítimo de la violencia no sólo tendrá esta localización carismática en la corte —el reducto del totem renovado—, sino en el espacio abstracto y concreto de las instituciones, de las formas y organizaciones de la capital burocrática. La ciudad ya no sintetizará tanto su aspecto en la plaza o en el edificio singular, en su carácter de núcleo orgánico por sí mismo, de comunidad local efectiva; sino en la estructura organizativa, que señala progresivamente la nueva dimensión del poder. Las calles mayores irán cediendo a las grandes vías, las plazas mayores a los centros urbanos. Habrá que plantearse la apertura del reducto originario, su ensanchamiento a una sociedad integral. En los emporios mercantiles, la confirmación de una nueva racionalidad —el «espíritu del capitalismo»— traerá un nuevo orden. En las riberas del Mar del Norte se producirá una nueva sociedad civil: El Estado Moderno (la revolución de Cromwell) y el nuevo

orden internacional (el derecho positivo de gentes).

El ensanchamiento del universo que se realiza fácticamente con el descubrimiento de América, no supone simplemente más tierras para recorrer y explotar (como la penetración por las costas africanas a la busca del oro o de las islas de las especies), sino que supone el descubrimiento de un nuevo continente: con sus minerales, su flora, su fauna y sus hombres. Este hecho y las noticias que llegan de las condiciones naturales y de la organización social y cultural de sus habitantes van a influir en la inmediata recuperación de la Atlántida anticipada por Platón. Pero la propia superación del mundo conocido –del cosmos– suscita también urgencias en la necesidad de plantearse nuevos mundos o nuevas maneras de concebir el mundo. La sugestión de la América recién descubierta es inmediata en la primera «Utopía» –la de Moro–, pero también está presente en la de Bacon– «la Nueva Atlántida». Las ciudades ideales se plantean, sin embargo, de manera central otra novedad: la del Nuevo Estado y su razón –definido por Maquiavelo–; la «Ciudad del Sol» de Campanella responderá directamente a este estímulo, intentando encontrar la nueva moral política –antimaquiavélica, en principio– que debe corresponder a la nueva dimensión del hombre –el humanismo–, que amenaza con romper el universo espiritual –la herejía– y político– las naciones en pugna por su supremacía.

La nueva racionalidad también planteaba otro ensanchamiento crítico: las posibilidades de dominio del universo que el establecimiento de la ciencia moderna permitía; es decir «la destrucción del cosmos» al sustituir «la concepción del mundo como un todo finito y bien ordenado, en el que la estructura espacial incorporaba una jerarquía de perfección y valor, por la de un universo indefinido o aun infinito que ya no estaba unido por subordinación natural, sino que se unificaba tan sólo mediante la identidad de sus leyes y componentes últimos y básicos»¹⁴.

La búsqueda de un nuevo orden, que arquitectónica y urbanísticamente se manifiesta en las actuaciones en las grandes ciudades europeas (muy significativamente en intervenciones públicas, institucionales), va a encontrar una de sus manifestaciones prácticas en la necesidad de ordenar el nuevo mundo: de poblar y colonizar América. Al actuar sobre una tierra virgen (o considerada como tal) se pueden proyectar nuevas ciudades con una integridad superior a lo que permitían las renovaciones urbanas en las viejas ciudades europeas o las específicas nuevas residencias cortesanas. El urbanismo promovido por la colonización española en América pone de manifiesto el desarrollo que pueden alcanzar en estas ciudades nuevas, temas tan significativos como el de las plazas mayores o plazas de armas: las colonias de Jesuitas entre los guaraníes, en su cuidado dirigismo –con claras resonancias platónicas– serán un prototipo de urbanismo integral.

Desde el siglo XVII, otra parte de América, la costa este del Norte verá la aplicación de modelos recionalistas promovidos por la metrópoli, Inglaterra, o asimilados por la nueva nación. Cuando en 1.789 Washington, Jefferson y el comandante L'Enfant planean la nueva capital federal se configura una difícil síntesis de gran expresividad ideológica: Pierre Ch. L'Enfant un militar francés con conocimientos de arquitectura e ingeniería que –como Lafayette– se enrola en la causa americana; su formación en el clasicismo galo se aunaba con la admiración de Jefferson por París; especialmente en lo que la capital suponía de magnificencia y el neoclasicismo de arquitectura emblemática de un nuevo orden político. La ciudad será concebida centrada en el Capitolio como vértice de un triángulo de avenidas, con arquitectura monumentalista, en las que se enlaza la Residencia del Presidente y el Potomac. El resto, era un espectacular desarrollo radial, de ciudad absolutamente dibujada, que tendría su desarrollo extremo en un posterior plan del propio L'Enfant para Detroit. En

este urbanismo hay resonancias evidentes del modelo estético, que afirmará la Revolución Francesa, con una magnificación de la nueva sede de la soberanía democrática; pero también están latentes los desarrollos despersonalizados, sin «historias»; que acechan –entre el racionalismo institucionalizado, la voluntad general y el énfasis en edificar desde cero la nueva sociedad– a la naciente democracia en América, analizada por Tocqueville. Junto a ellos el espíritu del capitalismo, que se concreta en la especulación con el suelo y al que el propio Washington prestaría particular atención.

Es esta nueva racionalidad político-económica, de organizar el poder para lo económico, la que da nuevas formas y significaciones a las relaciones entre urbanismo y nuevos espacios, a la vieja conexión entre fundaciones urbanas y colonización. El gobierno –como racionalidad del poder, como «recta disposición de las cosas y su cuidado para conducir las a un fin conveniente» (La Perrière)– se va a centrar en la segunda mitad del siglo XVIII en la población y sus necesidades. Frente a la vieja afirmación de la soberanía abstracta del Estado que descansaba en la articulación de familias jerarquizadas patriarcalmente, entre las que la familia real era su apoteosis y la trasposición de la patriarcalidad divina, el gobierno –la economía– se va diferenciando en ocuparse de la población, de sus desarrollos, que son correlativos al desarrollo de la riqueza; la legitimación del poder se fundará en alcanzar la felicidad de las naciones, el bienestar de la población. En la formulación –que hemos seguido– de Foucault: «la población será el objeto que el gobierno deberá tener en cuenta en sus observaciones, en su saber para llegar efectivamente a gobernar de un modo racional e inteligente (...). Será captando la red de las relaciones continuas y múltiples existentes entre la población, el territorio, la riqueza, etc., como se constituirá una ciencia que se ha denominado economía política; se produce entonces un tipo de intervención ca-

Cuatro problemas fundamentales

Podría escribirse toda una «historia de los espacios» –que sería al mismo tiempo una «historia de los poderes» –que comprendería desde las grandes estrategias de la geopolítica hasta las pequeñas tácticas de hábitat, de la arquitectura institucional, de la sala de clase o de la organización hospitalaria, pasando por las implantaciones económico-políticas.

En el momento en que comenzaba a desarrollarse una política reflexiva de los espacios (finales del siglo XVIII), las nuevas adquisiciones de la física teórica y experimental desalojaron a la filosofía de su viejo derecho de hablar del mundo, del *cosmos*, del espacio finito o infinito.

Los médicos eran entonces en cierta medida especialistas del espacio. Planteaban cuatro problemas fundamentales: *el de los emplazamientos* (climas regionales, naturaleza de los suelos, humedad y sequedad: bajo el nombre de «constitución», estudiaban la combinación de los determinantes locales y de las variaciones de estación que favorecen en un momento dado un determinado tipo de enfermedad); *el de las coexistencias* (ya sea de los hombres entre sí: densidad y proximidad; ya sea de los hombres y las cosas: aguas, alcantarillado, ventilación; ya sea de los hombres y los animales: mataderos, establos; ya sea de los hombres y los muertos: cementerios); *el de las residencias* (hábitat, urbanismo); *el de los desplazamientos* (emigración de los hombres, propagación de las enfermedades). Los médicos han sido *con los militares*, los *primeros gestores del espacio colectivo*. Pero los militares pensaban sobre todo el espacio de las «campañas» (y por lo tanto el de los «pasos») y el de las fortalezas. Los médicos han pensado sobre todo el espacio de las residencias y el de las ciudades.

Michel FOUCAULT
«El ojo del poder»

racterístico de gobierno que incidirá en el campo de la economía y de la población»¹⁵. La política de nuevas poblaciones iniciada en las expansiones de los Estados colonizando nuevas tierras (imperios coloniales de portugueses y españoles,...) se torna en política interior y exterior de gobierno; las nuevas poblaciones son el arma avanzada de la generación de riqueza en la España de los Borbones: sea el Nuevo Baztán promovido por Goyeneche –un caso ilustrativo de la nueva racionalidad económica que tendrá una llamativa floración entre linajes vascos –o el plan gubernamental de Olavide repoblando Sierra Morena. Tanto la fundación «colbertiana» para estimular la fabricación de pañería, sin olvidar la agricultura, en la provincia de Madrid, como las fundaciones agrícolas de Olavide en la Carolina y la Carlota han dejado visibles resultados urbanísticos de un distinto racionalismo.

En esta satisfacción de las necesidades de la población, la casa, la habitación adquirirá nuevas funciones; tanto en su reducción a unidad de habitación, que se articulará en manzanas y calles, como en su consideración como espacio de las distintas necesidades –y su satisfacción– que la propia vida urbana –y burguesa– plantea. Como ha subrayado Philippe Ariés, el desarrollo de una iconografía de escenas de interior o de familia arranca de la Edad Moderna en Occidente (del s. XVII más claramente y sobre todo de los Estados mercantiles). El desarrollo de una habitación con piezas diferenciadas (y su ordenamiento en líneas de plantas y de fachadas) se inicia de forma significativa en el siglo XVIII y, sobre todo, se extiende a fines de siglo a la generalidad de los ciudadanos; lo que supone la progresiva diferenciación entre el hogar –el espacio, privado, íntimo y cómodo de la familia– y los espacios de reunión pública; ya se trate de reuniones para el trabajo, para la actividad política, social, o simplemente ciudadana –las «public house» y los paseos, los «salones» públicos¹⁶–.

La *industrialización* va a suponer la más radical alteración de las condiciones materiales de la vida del hombre desde la llamada revolución neolítica. La tecnología se va a presentar como la gran mediación entre el hombre y la naturaleza, pero también en las relaciones entre los hombres, en la estructuración del colectivo. Desde finales del siglo XVIII está claro que la sociedad occidental deviene un nuevo modelo de colectividad (la sociedad industrial) en donde el espíritu se va a realizar objetivamente como supremo imperio de la razón occidental, de su posibilidad científico-técnica, adquiriendo su máxima objetivación (Saint-Simon). El poder colectivo, la voluntad de la nación va a desarrollarse como nuevo reconocimiento de la totalidad —como autoconciencia democrática— (Tocqueville). La acción colectiva sobre la naturaleza se hará transparente a la razón que podrá asumir en leyes científicamente contrastadas su propia producción y crecimiento (Smith, Ricardo, Malthus). En este universo iluminado positivamente por la razón se está a las puertas de «la felicidad de las naciones»; la ciudad ideal va a tener ahora su definitiva implantación en la tierra; la sabiduría va a situarse en el centro de la historia.

Ahora bien, la industrialización como alteración esencial de las relaciones sociales se produce históricamente como industrialización capitalista. La burguesía, motor del proceso, impone la industrialización como explotación sin precedentes de la naturaleza pero también como explotación sin precedentes de la fuerza de trabajo; la capacidad de mutación de las cosas y los seres va a darles su valor: la mercancía, como consagración de intercambiabilidad, como valor absoluto. El nuevo orden no descansa en las proyecciones directas del hombre sobre la naturaleza, sino en la propia capacidad de interrelación, de circulación. La experiencia burguesa-prototípicamente urbana ha convertido la artificialidad del universo urbano, la raíz artificial de la localización de la comunidad, en prototipo

La falsa solución de Haussmann

En realidad, la burguesía tiene un solo método para resolver los problemas de la vivienda a *su* manera, lo cual quiere decir resolverlo de tal manera que la solución engendre siempre otra vez el problema. Este método lleva el nombre de «Haussmann».

Entiendo aquí por «Haussmann» no sólo la manera específicamente bonapartista del Haussmann parisino de trazar largas arterias anchas y rectas a través de los barrios obreros, de calles estrechas, y de bordearlas a cada lado de grandes y lujosos edificios; el objeto buscado —aparte de su utilidad estratégica, al dificultar las luchas de barricadas— era la formación de un proletariado de la construcción, específicamente bonapartista, dependiente del gobierno, y la transformación de la ciudad en una villa de lujo. Entiendo aquí por «Haussman» la práctica, ya generalizada, de abrir brechas en los distritos obreros, especialmente en los situados en el centro de nuestras grandes ciudades, ya responda esto a una preocupación por la sanidad, a un deseo de embellecimiento, a la demanda de grandes locales comerciales en el centro o a las exigencias de la circulación, como instalación de vías férreas, calles, etc. Sea cual fuere el motivo, el resultado es en todas partes el mismo: las callejuelas y callejones más escandalosos desaparecen, y la burguesía se jacta ruidosamente de este gran éxito... pero pronto callejuelas y callejones reaparecen en otro lugar, a menudo en la inmediata vecindad.

F. ENGELS

«El problema de la vivienda»

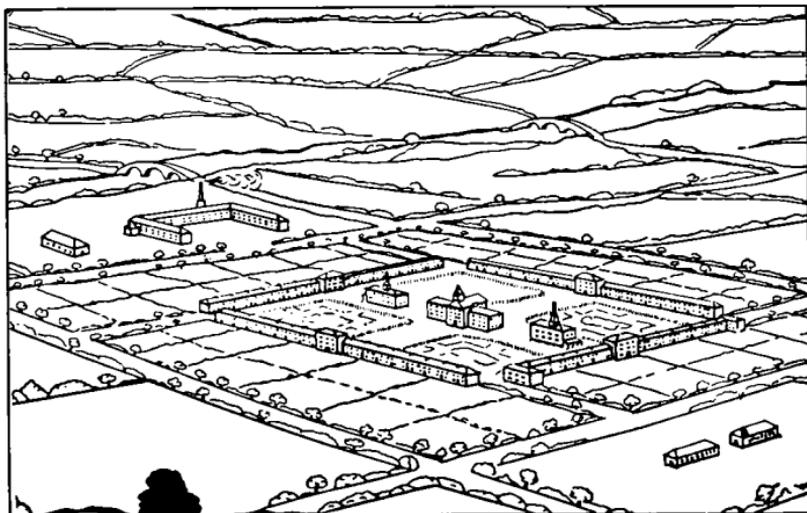
y razón de la vida colectiva. El mercado y su ordenación ya no es un reducto, ni una localización concreta, con unas instituciones reguladoras de su específica espacialidad; el mercado es orden universal y su espacio deviene abstractamente el universo. Las leyes del mercado son leyes científicas por los principios científicos de la producción de bienes y su distribución. En definitiva la ciudad tiene que garantizar que la naturaleza es materia o energía disponible, que la razón es técnica productiva, que la población es factor de producción y, cada vez más necesariamente de consumo. Si la ciudad consigue resolver esta instrumentalización –y su artificialidad parece capacitarle para ello– se convertirá definitivamente en el modelo y modo de vida colectiva; llegará a ser el universo: «la ciudad del capital» (Folin). La producción de espacio urbano será la clave de la reproducción del sistema industrial (H. Lefebvre) tanto en su dimensión final de instauración de la racionalidad realizadora del progreso definitivo de la humanidad (la urbanidad universal), como en las servidumbres impuestas por los modos específicos adoptados –el capitalismo, el Estado interventor, el extrañamiento social– en el proceso. Los ahogos de las sucesivas concentraciones no impedirán –?– el paso a la desconcentración final. El problema es que, entonces, el espacio ya no será concreto, se habrá dispersado en la propia eclosión.

Las primeras actuaciones urbanísticas que se plantean la necesidad de operar en este cuerpo tumultuoso –con evidentes peligros para el orden social– tendrán bastante de la concepción higienista y política, de zanjar y abrir la condensación producida; será el «sventramento» de los cascos urbanos tradicionales; llevar la dimensión monumental –de escenario, de salón, de las urbanizaciones especializadas de corte– al propio corazón de la ciudad, al mismo tiempo que se garantiza el orden; la separación. Haussmann y su intervención en París sería un prototipo con múltiples seguimientos en todo el mundo occidental.

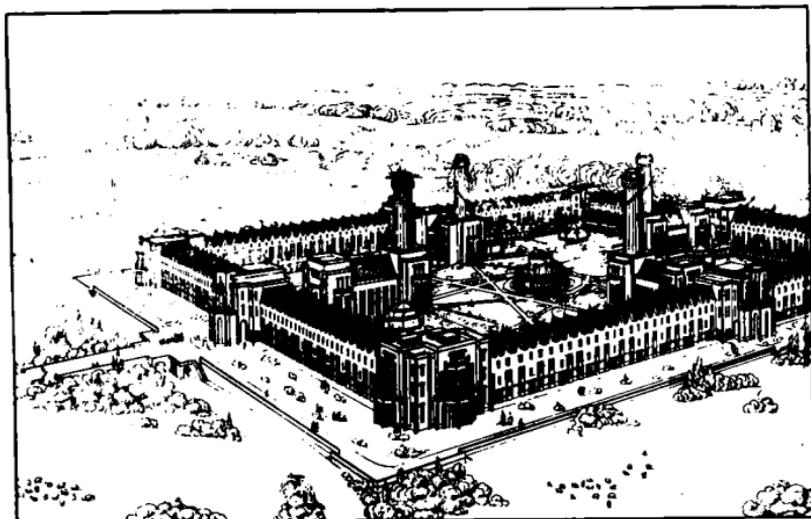
Ahora bien, el crecimiento urbano como crecimiento de la población y de la habitación plantea la ampliación de la ciudad que se concibe como «ensanche». Pero, de facto, los ensanches no suelen ser un crecimiento del espacio urbanizado, sino que plantean nuevos principios de habitación y circulación, con los que la dinámica colectiva deviene supuestamente transparente.

Esta explosión precisa de un punto de tensión máxima, de una alta concentración que permita la nueva síntesis: la acumulación originaria. La ciudad ya no será el centro de ciertas actividades y el centro de control e impulsión de otras: la ciudad sistema de dominación de un territorio rural; la ciudad tenderá a la realización perfecta de la dominación centrandó todas las actividades, haciendo pasar por ella todas las poblaciones. La ciudad se planteará, en un proceso acelerado, no ya como un universo sino como «el» universo; lo que fue corpúsculo, en la propia liberación de sus energías, en la propia explosión, deviene principio de mutación del tejido global.

En esta primera concentración y acumulación, en esa primera «explosión» de las localidades urbanas, no es extraño que se produzca la emergencia de todo lo que de artificialidad, de actividad sospechosa, de promiscuidad, llevaba la ciudad en su seno. El hacinamiento, el aumento de la mortalidad, la miserabilidad son patrimonio de las primeras ciudades industriales: es el tributo inicial a la puesta en marcha de las nuevas relaciones productivas. El fenómeno provocará la crítica científica y utópica del modelo de relaciones sociales (de la explotación del hombre por el hombre, condensada de forma excepcional), la propuesta de ciudades alternativas que den la auténtica realización de «la ciudad ideal». Las denuncias de higienistas y políticos, unidas a actitudes filantrópicas, van a plantear muy tempranamente en Inglaterra la necesidad de intervenciones correctoras de la miseria. Al mismo tiempo la confianza en la sociabilidad «natural» del hombre y en la organi-



*La "Comunidad de Armonía y Cooperación" Dibujo de OWEN
en 1817*



Proyecto de "Comunidad" para Harmony, en Indiana. 1825

zación racional de la vida colectiva –que, a veces se une a la confianza en la tecnología y el cientifismo– producen todo tipo de manifestaciones. Los nuevos ordenamientos ideales, que con frecuencia producen experiencias de laboratorio, tendrán en muchos casos un acusado reglamentismo de la vida urbana, a efectos de lograr un productivismo industrial o una regeneración o reinserción social de los indigentes. Este «preurbanismo progresista» revelará sus fallas en las experiencias norteamericanas de los seguidores de Owen, de Fourier o de Cabet. No falta así mismo la reacción antiindustrialista con evocaciones de la sociedad preindustrial de tono más o menos historicista (Ruskin y Morris). En cualquier caso tuvieron efectos parciales pero no despreciables, sobre la necesidad de modelar la ciudad y la vivienda, como una remodelación de la sociedad y del hombre¹⁷. Pero también se produce la ciencia de la sociedad y del espacio socialmente conformado, como nueva forma de puesta en valor, de ampliación de las relaciones colectivas y de los hombres con el espacio: sólo el control racional del proceso puede garantizar la reproducción ampliada del sistema incipiente. La ciudad deberá ensancharse para albergar la nueva masa de actividad, pero, sobre todo, deberá estructurarse para posibilitar la creciente acumulación que se ordena cada vez más como clases (capitalistas y proletarios); la creciente actividad que se ordena como producción y consumo, como producción técnica de mercancías, en la que materia prima, energía, fuerza de trabajo, tecnología tienen que estructurarse según principios espaciales que urbanísticamente se centran en la ordenación de la ciudad; históricamente los «ensanches» se realizan como asentamiento de la creciente burguesía urbana y de sus actividades. Se trata de una nueva racionalidad y una nueva práctica, con posibles desviaciones: en España, el modelo innovador de Cerdá se corresponderá más o menos estrictamente con la Ley de Ensanches y con la práctica urbanística de los Ensanches

La utopía de Owen

Ha llegado el momento en que debe producirse un cambio; debe comenzar una nueva era. El espíritu humano que, hasta ahora, ha estado envuelto en las tinieblas de la más grosera ignorancia debe al fin iluminarse. Ha llegado el momento en que todas las naciones del mundo, en que los hombres de todas las razas y todos los climas, deben ser conducidos a este género de conocimiento. No habrá más que un idioma y una nación.

Los grandes inventos modernos, las mejoras progresivas y el progreso continuo de las ciencias y de las artes técnicas y mecánicas (que, bajo el régimen del individualismo, han aumentado la miseria y la inmoralidad de los productores industriales), están destinados, tras haber causado bastantes sufrimientos, a destruir la pobreza, la inmoralidad y la miseria. Las máquinas y las ciencias están llamadas a hacer todos los trabajos fatigosos e insanos.

Para realizar los principios que integran la ciencia social, sería deseable que el gobierno estableciese varios núcleos o asociaciones modelo, que contuvieran de 500 a 2.000 habitantes albergados en edificios apropiados para producir y conservar una variedad de productos, y para dar a los niños una educación adecuada.

Cada una de esas pequeñas ciudades nuevas sería un modelo en la medida en que se sostendría, se gobernaría a sí misma, educaría y ocuparía todos sus miembros.

Robert OWEN
(1771-1858)

construidos en la propia Barcelona, Madrid, Bilbao... Los planes de Ensanche suponen la nueva dimensión de la ciudad.

Esta especialización de clase, que el Ensanche lleva implícita, aunque se presente como totalidad (en correspondencia con la apropiación de la imagen global de la sociedad en progreso que la propia condición de clase dominante exige) se completa con el necesario reconocimiento de la realidad, de la especificidad urbana, del proletario industrial. Desde supuestos morales o higienistas, o desde preocupaciones de orden político o de productividad, los hacinamientos de la fuerza de trabajo empiezan a ordenarse en «barriadas» obreras, que significativamente no suelen concebirse como totalidad más que a instancias de los modelos «socialistas» o de la propia comunidad producida por la segregación social.

La densificación de la ciudad occidental en un solo reducto, su organicidad mediaval, habían articulado compactamente su caserío y las diferencias sociales sólo se manifestaban en la singularidad-monumentalidad del edificio, cuya fachada, sobre todo, dará idea de su nobleza o del esplendor de una comunidad en los edificios de los gremios. El encumbramiento social se manifestaba sobre todo en las residencias extraurbanas, con lo que tienen de pervivencias de un orden estamental asentado en el dominio de la tierra.

En los procesos finales de la sociedad de estamentos, el capitalismo proto-industrial, el apogeo mercantil y el ascenso de la burguesía producirán las densificaciones a ultranza de los cascos, su utilización en altura que permitirá la típica estratificación por plantas dentro de cada edificio, propiedad de una familia, en una expresiva trasposición del orden social, desde la planta noble o principal a los áticos; desde el almacén o la oficina a las trastiendas.

En el último tercio del siglo XIX –período central para la industrialización de Occidente tras la prioridad de In-

glaterra— se produce la remodelación geoeconómica y política que se puede denominar como «nuevo imperialismo». Muy marcado por la revolución de los transportes —el ferrocarril y la nueva operatividad de la navegación a vapor—, por la demanda de nuevas materias primas —y fuentes de energía—, por la apertura de nuevos mercados, supone una ampliación del mapa —y sobre todo del mapa del poder— con el nuevo protagonismo de EE. UU. y aun del Lejano Oriente, además del interés renovado en el exopolio de África. Los emporios de esta riqueza tendrán su plasmación en las metrópolis coloniales, pero la condensación del poder financiero también tendrá su expresión en el desarrollo de la «City», de la específica conformación de centros urbanos neurálgicos en las grandes ciudades. Por otra parte la remoción de la población —no sólo por el espectacular crecimiento demográfico— se plasmará en la intensa emigración hacia los países nuevos especialmente de Europa a América— y en las migraciones interiores hacia los grandes centros urbanos, industriales y mercantiles. Esta situación va a presidir la entrada en el siglo XX.

Son las plasmaciones urbanas tradicionales de la estructura social las que ahora se rompen; el gigantismo de la ciudad y, sobre todo, la propia lógica de la división social del trabajo conducen a la división espacial de la ciudad, a la jerarquización funcional y social del espacio más allá de los cascos tradicionales. Los distintos ensanchamientos o captaciones del suelo, —residencia burguesa, factorías industriales, residencia obrera— suponen paralelamente la remodelación del viejo casco, que rotas las inoperantes murallas sigue diferenciándose en un proceso típico que le lleva a definirse como City, como representación máxima del sistema, como lugar del poder, como realización física del Capital. Incluso en los vertiginosos desarrollos urbanos en el «nuevo» continente, en América, en donde el legado urbano histórico es poco significativo,



Edificio de 1853. La estratificación social por "pisos".

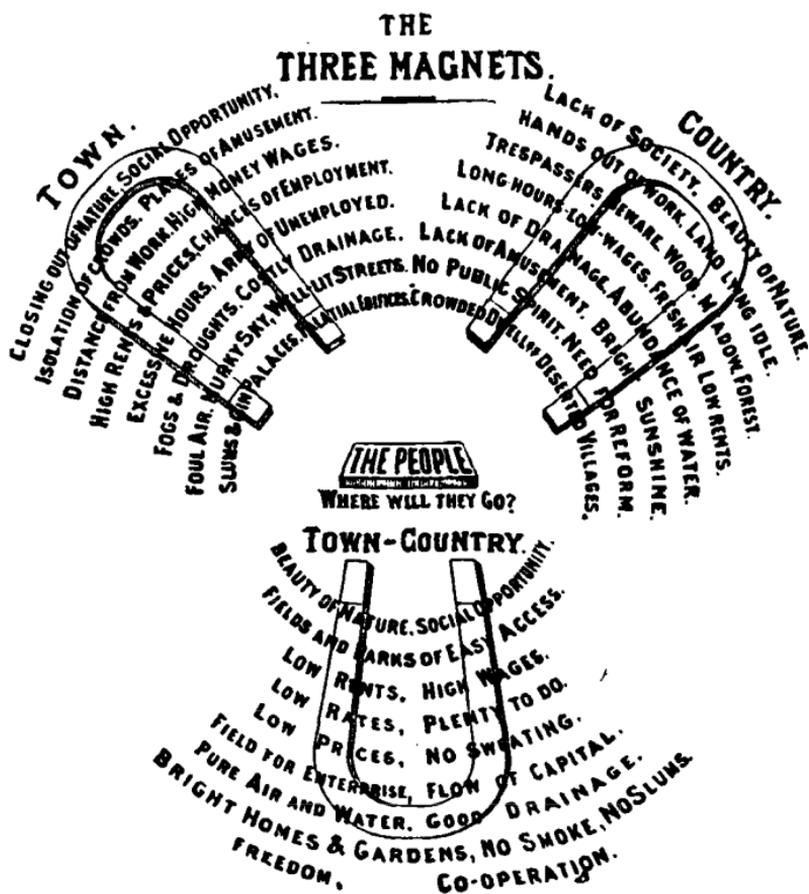
se produce esa específica concepción del centro, esa redefinición del núcleo original. En EE. UU., donde la segunda mitad del siglo XIX experimentará el nacimiento completo de las grandes ciudades (la megápolis), la propia racionalidad industrial-urbana producirá no sólo la práctica de las «Citys», (en las que los Buildings ya no son densificación de la población, sino concreción de las grandes empresas), producirá también la primera teoría que propone la asunción racional del fenómeno: la sociología urbana con el modelo de anillos circulares en torno a CBD (de la ecología de Park al modelo de Burgess) se produce precisamente en Chicago. La evidencia del crecimiento en todas sus dimensiones plantea en seguida la necesidad de su control: un control que se define como la única forma de sostener el crecimiento, un cambio cualitativo, un cambio de estructura que corresponde a las nuevas dimensiones de lo social. Frente a la simple acumulación, que muy tempranamente evidencia sus límites, y que tiene por otra parte una crítica consistente como filosofía alternativa desde los primeros momentos, hay que dar una nueva dimensión a la técnica; frente a la paleotécnica, la neotécnica que muchas veces se define, sobre todo tras la crisis del 29, como autolimitación, dimensión humana del proceso.

La ciudad-jardín de Ebenezer Howard había sido concebida como práctica del utopismo comunitario y de la crítica socializante nacida en la propia Inglaterra de la primera industrialización y del crecimiento urbano localizado. De ahí su carácter reduccionista; entre los dos imanes ciudad-campo el punto de difícil equilibrio, de neutralidad: la ciudad-jardín. El pragmatismo del propio Howard, con sus cuidadosas previsiones organizativas y financieras llevó a la primera realización en Letchworth. La recuperación de la dimensión humano-natural del asentamiento humano, pasa en primer lugar por la limitación de la aglomeración urbana, por la reducción a pareja armoniosa de la ciudad y el campo; la concepción central, la armoniosa

circunferencia ordenada en anillos, el equilibrio entre naturaleza-jardín y artificio-ciudad no niega el progreso industrial urbano: «La Sociedad humana y la belleza de la naturaleza son compatibles y pueden ser disfrutadas juntas (...). La ciudad es el símbolo de la sociedad –de la ayuda mútua y la colaboración amistosa (...) el símbolo de emociones comunes expansivas y abiertas– de la ciencia, del arte, de la cultura, de la religión. Y el campo es el símbolo del amor divino y de su cuidado por el hombre (...) es la fuente de toda salud, de toda riqueza, de todo conocimiento (...) el campo y la ciudad deben *estar casados*; de esa unión dichosa nacerá una nueva esperanza, una nueva vida, una nueva civilización»¹⁸. Bajo las referencias explícitas a Ruskin, Morris, Hugo atraídos por la comunidad medieval o los socialismos utópicos o pragmatistas (de Blake a H. George), E. Howard plantea una síntesis comunitaria, que por su pragmatismo organizativo daría durante el primer tercio del siglo XX un modelo de urbanismo de difusión amplia, pero localizada, reducido progresivamente a polígonos residenciales, a complementos que dieran habitabilidad a la gran ciudad industrial.

La aparición del movimiento «De Stijl» en 1917 marca una voluntad plástico-espacial de naturaleza plenamente metropolitana. El final de la Gran Guerra va a plantear la necesidad física y moral de una reconstrucción del espacio, de una nueva orientación de la historia. En Rusia, la revolución de Octubre instaurará a los pioneros de la vanguardia artística en el centro de la construcción de la nueva sociedad y del Nuevo Estado; tanto el diseño y la concepción, como la planificación (del constructivismo al Gosplan), se orientarán progresivamente a las demandas socioeconómicas (la vivienda obrera y el desarrollo técnico-industrial). La Bauhaus alemana (del expresionismo originario al racionalismo de los elementos, los módulos y las series) estará en la avanzada de lo que podría denominarse la internacionalización del «movimiento moderno».

Sus consecuencias, teóricas y prácticas, en el desarrollo urbano del período de entreguerras son evidentes en todo Occidente. Se trata del afrontamiento a nivel estético y científico de la mundialización de la gran ciudad. No hay que olvidar que de Alemania pasaría en 1.913 a la Universidad de Chicago. Robert E. Park, quien instauraría en ella



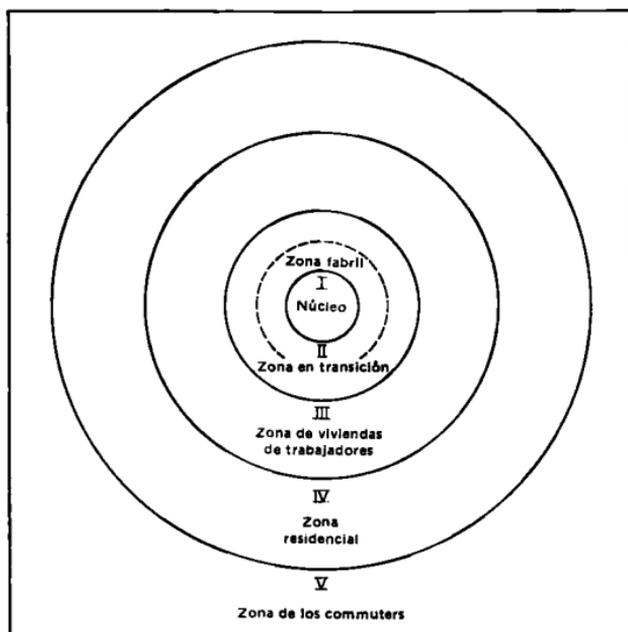
"Los tres imanes" Ebenezer Howard 1892.

la propuesta de una sociología que asumiese integralmente –y de manera operativa– el fenómeno urbano: la ecología humana.

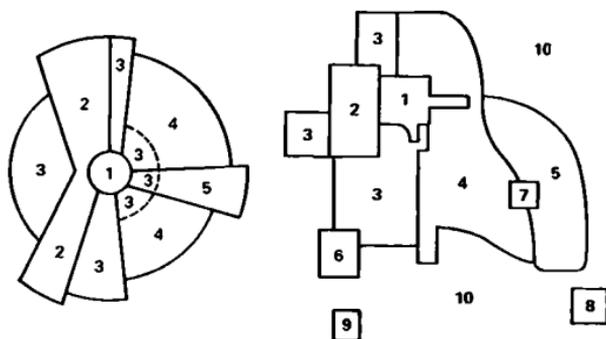
El gigantismo de las grandes ciudades, evidenciado muy tempranamente en EE. UU., en el acelerado desarrollo industrial, produjo ya, a principios de siglo, la búsqueda de un módulo no reduccionista ni utópico. La «ciudad industrial» de Tony Garnier afronta en términos técnico-urbanísticos la delimitación de un modelo operativo: la ciudad planificable, la ciudad promovida para ser organizable, con claras referencias a un respeto de ciertas referencias humano-naturales. «Al buscar las disposiciones que satisfagan mejor las necesidades materiales y morales de los individuos hemos visto la necesidad de crear reglamentos concernientes a las disposiciones, a la vialidad, la salubridad (...) donde cada individuo toma conciencia de que el trabajo (y no el suelo) es la ley humana y de que hay un ideal suficiente en el culto de la belleza y de la bondad para hacer la vida espléndida»¹⁹.

El reconocimiento de las nuevas dimensiones del proceso produjo así mismo, desde principios del siglo XX, la búsqueda de los factores, de los parámetros determinantes, como solución de futuro a los problemas planteados por el crecimiento cuantitativo-cualitativo de la ciudad. Desde la «ciudad-lineal» de Arturo Soria, que afronta el problema de la comunicación intra e inter-urbana (con limitaciones de la dimensión arquitectónica que no encorseten la movilidad lineal sin límite de lo urbano) hasta la asunción del gigantismo con las primeras propuestas de Le Corbusier, teórico de la nueva racionalidad arquitectónica: su verticalidad significativa –modular– tendrá su expresión radical en las propuestas de su discípulo Xenakis que plantearán el extremo de la liberación del suelo a través de la ciudad que circula verticalmente: el máximo desafío a la dimensión plana del espacio.

En estas propuestas, se había llegado a una solución



El modelo de Burgess de crecimiento metropolitano (1923).



Modelo sectorial de Hoyt. Modelo de núcleos múltiples de Harris y Ullmann.

Rectificaciones al modelo de Burgess: 1) Distrito central de negocios (CBD); 2) Fabricación ligera; 3) Zona residencial popular; 4 y 5) Zonas residenciales de clase media y alta; 6) Fabricación pesada; 7) Distrito comercial exterior; 8) Suburbio residencial; 9) Suburbio industrial; 10) Areas suburbanas con transporte rápido ("commuters").

extrema de la habitabilidad de la ciudad: las propias dimensiones espaciales como estructuración racional única del espacio social. La opción contrastaría con el individualismo rousseauiano –inspirado en el pragmatismo norteamericano del relevo del siglo– de F. Lloyd Wright que proponía la «arquitectura orgánica» como libertad individual, defensa de la variedad, de la ligereza material, y la adaptación al paisaje, aprovechando los dos nuevos recursos más notorios: la electrificación y los transportes mecánicos. El pragmatismo americano que producía el funcionalismo ordenado de los espacios y flujos, producía desde el mismo Chicago, el individualismo, libre y democrático, de lo disperso y lo comunicado.

El modelo jerarquizado y funcional de la escuela de Chicago aceptará y desarrollará la expansión urbana (de la conurbación a la comarca urbana) como anillos o sectores funcionalmente determinados, cuya interrelación jerarquizada, plantea con toda su crudeza el problema de las comunicaciones y el problema de la identificación integral del espacio urbano por el hombre: la asunción de los «suburbia» especializados llevará posteriormente a las «ciudades satélite» y al intento de reproducción sin fin –sin límites– de la jerarquía funcional urbana. La recepción del racionalismo de la «Bauhaus», en la postguerra de la segunda guerra mundial, ordenará prototípicamente las actuaciones de «descentramiento», a escala local y regional, del progresivo aglomerado urbano correspondiente a la nueva configuración de la sociedad industrial: los planes de Hilberseinner para Chicago serán un modelo.

La descentralización como búsqueda de la descongestión, de la interrelación, de lo sociológicamente controlable –que tendrá su meta en la reducción a sistema y en la definición de los marcos de la acción– se mueve, entre el modelo irrenunciable de comunicación humana– de estructura social– producido por la densificación humana, y la necesaria apertura de la localidad para llegar a ser razón

universal, modelo de relaciones a escala mundial. Desde una perspectiva crítica, se empieza a plantear no tanto la imposibilidad de un «modelo –síntesis», sino los efectos sociales de esta densificación– urbanización (la «masificación») y su extensión incontrolada. En definitiva, se asume la paradoja de que la condensación urbana productora de la diferenciación máximamente productiva (la racionalidad instrumental) se presenta en términos difícilmente instrumentables por la razón humana.

La ciudad ha desarrollado una de sus potencialidades originarias: el desarrollo del discurso, la capacidad de representación. En la legislación, en el planeamiento, en la ordenación (en los «planes» y en los «planos» urbanísticos) la vida urbana queda atrapada en la propia dinámica de la nueva racionalidad (el mercado burocráticamente establecido); en el desarrollo de los análisis científico-positivos de la ciudad, la ciudad amenaza con ser sustituida por el discurso sobre ella; la ciudad puede presentarse como gran mediación entre los hombres y entre éstos y la naturaleza; el problema es que esta mediación pueda tornarse ininteligible.

2. El modo de vida urbano

La moderna ciudad, la metrópoli, se presenta, sobre todo, como tráfago, como tráfico. Uno de los contrastes más evidentes entre la gran ciudad y la pequeña –y más aún, la aldea– es la cantidad y el ritmo de los desplazamientos; los peatones en la calle, los habitantes en ascensores y corredores; los transeúntes en los distintos medios de locomoción; los propios automóviles, las luces (los reclamos luminosos), las mercancías en definitiva. La gran ciudad se presenta como termitero agitado por el incesante movimiento de sus ocupantes. La urbanización moderna se presenta íntimamente relacionada con el desarrollo de los modernos medios de locomoción. Son estos los que facilitan la aglomeración urbana: la llegada del ferrocarril, del barco, del avión es uno de los tópicos más expresivos de los modernos sistemas de vida; la ubicación de las estaciones de ferrocarril marcó la nueva orientación de las ciudades a fines del siglo XIX: generalmente los modernos ensanches coincidían con el emplazamiento de las terminales del ferrocarril; la «impresión» de esta nueva dimensión urbana quedó frecuentemente plasmada en las artes de la imagen. Los muelles del puerto y –el movimiento de pasajeros y mercancías– con el carácter variopinto de lo que en ellos se mueve, viene a constituir una de las imágenes del entendimiento de la mercancía, y de la gran metrópoli, como algo por encima de las distancias, de los continentes. El aeropuerto –el gran aeropuerto internacional–

constituye un escaparate excepcional de los modernos estilos de vida; la movilidad y ligereza de los negocios de punta, la nueva alta sociedad («jet»), los ciudadanos del mundo, el «ritmo» de nuestro tiempo, tienen una de sus iconografías más implantadas en torno a avión y al aeropuerto.

Esta significatividad del vehículo moderno –de líneas aerodinámicas y orientado obsesivamente a la velocidad– ha adquirido rasgos claramente fetichistas: tanto en la consideración del automóvil como la burbuja a través de la cual uno puede insertarse en el tráfico de la vida, como en su conversión en cápsula agresiva; en ambas vertientes, las proyecciones compulsivas del ciudadano se fijan en multitud de pequeños fetiches que la industria (muy especialmente, el «marketing») del automóvil se encargan de promocionar. La actual moda de la motocicleta– la «moto»– en la que el individuo (o la pareja) se «monta» y desarrolla grandes velocidades con gran maniobrabilidad –la movilidad recuperada en medio del tráfico atascado o en los terrenos difíciles (los «jinetes» del «cross»)–; esa «macchina», en la que el cuerpo se adapta o se impone como si fuera una simple extensión mecánica –el «motor-man»–, no sólo ha sido el símbolo de una actitud social de grupo, sino que es una demostración de la capacidad de la industria del motor para dar nuevas salidas de mercado al compulsivo consumo de espacio–tiempo, la velocidad. En la moto se vuela sobre el asfalto o los terrenos de «trial» y el motorista se transmuta en un «superman» disfrazado de astronauta.

El problema de todas estas potenciaciones físicas de la movilidad (la velocidad a escala individual), nacidas en, para y por la ciudad es que no resuelven las limitaciones del espacio urbano (confirmadas por las apropiaciones del suelo de los propietarios, usuarios, urbanistas), que acaban atrapando al tiempo; ni mucho menos resuelven los problemas de comunicación –de interacción simbólica–

La destrucción como alternativa fundamental a la producción

«¡Rompa su coche, el seguro se ocupará de ello!» El coche es, por otra parte, uno de los focos privilegiados del derroche cotidiano y a largo plazo, privado y colectivo. No lo es sólo por su valor utilitario sistemáticamente reducido, por su coeficiente de prestigio y de moda sistemáticamente reforzado y por las sumas desmedidas que en él se invierten, sino, en un sentido más profundo, por el espectacular sacrificio colectivo de chapa, de mecánica y de *vidas humanas* que representa el Accidente, gigantesco *happening*, el más bello de la sociedad de consumo, a través del cual ésta se da a sí misma, en la destrucción ritual de materia y vida, la prueba de su superabundancia (prueba contraria, pero mucho más eficaz, para la imaginación profunda, que la prueba directa a través de la acumulación).

La sociedad de consumo necesita de sus objetos para ser, y, de un modo más concreto, necesita *destruirlos*. El uso de los objetos no lleva más que a su *pérdida lenta*. En la *pérdida violenta* se crea un valor mucho más intenso. Éste es el motivo por el que la destrucción sigue siendo la alternativa fundamental a la producción; el consumo no es más que un intermediario entre ambas. Hay en el consumo una tendencia profunda a superarse, a transfigurarse en la destrucción; es en ella donde adquiere su sentido. En la vida cotidiana actual, sigue estando la mayor parte del tiempo subordinado, como capacidad de consumo dirigida, al orden de productividad. A eso se debe el que la mayor parte de las veces los objetos estén aquí *por defecto*, como también el que su abundancia signifique paradójicamente penuria. Los *stocks* constituyen una redundancia de la escasez y un signo de angustia. Tan sólo en la destrucción, los objetos están aquí *por exceso*, y, a través de su desaparición, son testimonio de riqueza. En cualquier caso, resulta evidente que la destrucción, bien sea en forma violenta y simbólica (*happening, potlach, acting out* destructivo, individual o colectivo), o en su forma de destructividad sistemática e institucional, está destinada a convertirse en una de las funciones preponderantes de la sociedad posindustrial.

Jean BAUDRILLARD.
«La sociedad de consumo»

que más bien son reducidos a circulación supuestamente acelerada. El relato corto de J. Cortazár sobre «el gran atasco» —el «embotellamiento»—, fenómeno convertido en prácticamente habitual en la gran ciudad, y la irónica extrapolación de situaciones socio-afectivas por las que se fundaban unas relaciones sociales en esos instantes, días, años del «parón», expresa lúcidamente el atrapamiento del ciudadano y su búsqueda de comunicación humanizada.

Pero la gran concentración de movimiento en la ciudad (resulta muy significativa la distinta ubicación de sus terminales en el tejido urbano), el enorme flujo de importaciones—exportaciones que precisamente caracteriza a los modernos centros urbanos, necesita una estructuración no sólo externa, sino también interna (interurbana e intraurbana), de tal manera que los sucesivos escalonamientos y conexiones de ese tráfico se han convertido en el paradigma de la moderna metrópoli, e incluso de las sociedades urbanas: la organización de las relaciones centro-periferia. En este sentido el problema ya no es de transportes, sino de comunicaciones y precisamente la revolución de las comunicaciones —el desarrollo espectacular de las tecnologías— está en estrecha correlación no sólo con la expansión de la gran ciudad, sino con lo que suele denominarse sociedad urbana. El hombre de hoy, que vive —más o menos protagonísticamente— en una sociedad urbana se define como un hombre centrado en problemas de comunicación y sujeto objeto de sus «media».

Esta temprana identificación entre la ciudad y el tráfico, que ha alcanzado en el actual desarrollo urbano el aspecto de movimiento sin fin, sin límites, ha conllevado otra identificación no menos significativa: la ciudad como universo de la movilidad social. Frente a la aldea o a la sociedad tradicional con sus «status» adscritos, con la limitación de expectativas, con su universo cerrado, la ciudad moderna es la experiencia vital colectiva en la que se rom-

pen las comunidades cerradas, los estamentos, de la misma forma que en ellas se rompe el recinto –físico y jurídico– que separaba las distintas comunidades que integraban la ciudad desde su desarrollo medieval en Occidente. La ciudad es la instauración de la sociedad de clases; sociedad de clases, cuya progresiva división social del trabajo y el poder –y el continuo ensanchamiento de su universo– planteará la atomística multiplicación de las divisiones sociales y la universalidad de su sistema de vida. El desarrollo de clases medias y subestratos o fracciones de clase, el acceso al consumo –a la «ciudad-mercado»– de los trabajadores industriales (y agrícolas) que antes estaban confinados en la «ciudad-producción», parecen borrar las diferencias. En la moderna ciudad, la posición social parece depender ya sólo de la propia capacidad del individuo; el ascenso o descenso está relacionado con el éxito personal y éste –aunque con factores azarosos– está abierto a todos.

Las migraciones espectaculares de la sociedad industrial, tendentes al crecimiento y proliferación de la gran ciudad, suponen la propia ampliación de las expectativas de ascenso social, en tanto que todos míticamente van a contribuir a aumentar las fuerzas de producción y consumo sobre las que descansa el desarrollo. Del campo a la ciudad y de la ciudad a la gran ciudad se ha venido produciendo la gran movilización que dinamizará el propio sistema; del sector primario a la industria, y de éstos a los servicios, se producía el trasvase de la fuerza de trabajo que así cumplía la persecución del moderno desarrollo según el modelo perfilado por Colin Clark. Incluso el cambio de residencia o de vivienda se presenta como un cambio en el modo de vida cotidiana, como una distinta manera de ubicarse –de insertarse– en la colectividad; en tanto esta vivienda conseguida –y todo el entorno que supone– se define como más específicamente urbana, más promete la consecución de la sociedad abierta: la sociedad de

consumo generalizado que lleva a la promesa de la sociedad sin límites, de la sociedad sin barreras. «El espacio urbano –con sus miles de «*affiches*» publicitarios y de anuncios luminosos, sus innumerables locales comerciales, con su industria del espectáculo y sus inagotables restaurantes, cafeterías y bares –con sus calles entronizando el automóvil privado– se convierte en lenguaje fundamental para el discurso de la Sociedad de consumo, bombardeando sin descanso la conciencia de sus muchedumbres solitarias. Sólo en el marco de ese discurso urbano, la mercancía adquiere esa cargazón simbólica, a partir de la cual el mercado se transfigura en un «*sistema de objetos que se interpone como solución imaginaria a las contradicciones de todo orden*», reconciliando así el sistema de las necesidades individuales con el de la organización tecnoburocrática de esa sociedad (Baudrillard)»²⁰.

La vivienda se presenta, en primera instancia, como el medio de inserción en la ciudad más «vivid» por el hombre. Si en el Antiguo Oriente el individuo quedaba abismado ante la concentración del poder religioso-civil que se le imponía inexcusablemente o, en el modelo helénico, era la colectividad asumida en las prácticas rituales y políticas la que hacía al hombre ciudadano, en la metrópoli moderna, el hombre se urbaniza progresivamente en cuanto partícipe del consumo de la máxima codificación de lo urbano que es la vivienda. La propia estructura habitacional resume estructuras elementales (grupales) de lo colectivo; pero la utilización concreta y cambiante que se hace de la vivienda no sólo define estilos de vida (estratificaciones), sino que plantea uno de los momentos más significativos de cómo el hombre pretende utilizar lo colectivo (apropiarse de la ciudad) y de cómo la ciudad utiliza al hombre (lo hace «objeto» urbano). Las propias alternativas –y sus ideologizaciones polémicas– entre vivienda unifamiliar y casa de vecindad; entre la habitación como reducción a la privacidad –intimidad– y los espacios pú-

blicos como áreas de convivencia, revelan la importancia que se da en el actual sistema urbano a las formas de vivienda; aunque sólo sea como signos del propio sistema. Los polígonos y los distintos tipos de «bloques» de viviendas no sólo han sido respuestas a los costes del suelo y de su urbanización, al crecimiento disparado de la demanda –por crecimiento de la población, elevación del nivel de vida o deterioro de los viejos equipamientos–; las diferentes formas arquitectónico-urbanísticas de afrontar la colectivización –intensiva y extensiva– de viviendas se han presentado como nuevas formas de concebir las interrelaciones socioespaciales, como nuevas concepciones del vecindario. En todas ellas está presente un supuesto: la vivienda es inseparable de su ubicación; se define y se utiliza por referencia a otras y a esa totalidad que es la ciudad. Incluso en las «urbanizaciones residenciales» con viviendas más o menos unifamiliares, desde la promoción hasta la utilización se plantean tal como su nombre indica: unidades urbanas, bloques socioespaciales. Un segundo supuesto, más o menos explícito, se plantea así mismo: la necesidad de una nueva «unidad de vida» operativa en la nueva estructuración de la colectividad; de una redefinición de la comunidad de base –la familia–, de su sistema de «hábitat» –el hogar–. La crisis de la familia correlacionada repetidamente con el desarrollo del fenómeno urbano –sea vista como perdición o liberación– se ha convertido en tópico reiterativo; pero las relaciones entre estructuración del hábitat y desviación social no sólo tienen manifestaciones dramáticas desde antiguo, sino que se han convertido en un moderno centro de interés de la investigación y la intervención psico-sociológica.

El intervencionismo urbanístico como apoteosis de la capacidad normativa –o coactiva– del Estado y el Mercado en la sociedad industrial (de la producción y el intercambio burocráticamente dirigidos) se da tanto en la promoción de viviendas sociales –subvencionadas o de renta

«La Carta de Atenas»

88. El núcleo inicial del urbanismo es una célula de habitación (una vivienda) y su inserción en un grupo que forma una unidad de habitación de dimensiones eficaces.

Si la célula es el elemento biológico primordial, el hogar, es decir, el albergue de una familia, constituye la célula social. La construcción de ese hogar, sometida desde hace más de un siglo a la acción brutal de la especulación, debe convertirse en una empresa humana. El hogar es el núcleo inicial del urbanismo. Protege el crecimiento del hombre, alberga las alegrías y dolores de la vida cotidiana. Si debe conocer en su interior el sol y el aire puro, también debe prolongarse hacia el exterior mediante diversas instalaciones comunitarias. Para que sea más fácil dotar a las viviendas de los servicios comunes destinados a realizar con comodidad el aprovisionamiento, la educación, la asistencia médica y la utilización de las diversiones, será necesario agruparlas en «unidades de habitación» de dimensiones eficaces.

89. A partir de esta unidad-vivienda se establecerán en el espacio urbano las relaciones entre la habitación, los lugares de trabajo y las instalaciones destinadas a las horas libres.

LE CORBUSIER

limitada— como en la cualificación de los usos residenciales del suelo (superficie edificable, zonas verdes, equipamientos). La integración —o desintegración— de los ciudadanos se ve favorecida tanto por la reglamentación y modelización de la estructura de las habitaciones, como por las orientaciones del mercado sobre el «gusto» y el «comfort» —la moda— en el equipamiento de la vivienda. El producto arquitectónico—urbanístico centrado en la vivienda (en el problema de habitar en la colectividad moderna) se presenta entonces como auténtico «icono» (y quizás «ídolo») de la sociedad actual; y su utilización —su experiencia vital— como definición prototípica del hombre moderno. Desde el «rascacielos» que libera el suelo haciéndolo disponible para usos alternativos y circulación —movilidad en definitiva—, hasta el «apartamento» en donde en la intimidad, en la autosuficiencia, el hombre moderno puede, gracias a la tecnología, satisfacer las amplias necesidades que la ciudad promueve y resuelve: sea la alimentación (desde la cocina-comedor, resuelta electrónica e informáticamente, al bar en el salón que recupera los ritos manuales de la celebración); sea el descanso (en las habitaciones y el mobiliario, en la ambientación audiovisual); sea el abrigo o refugio (con los microclimas del aire acondicionado, los ventanales protegidos o el fetichismo de los sistemas de seguridad); o sea la necesidad de interacción o comunicación con los otros (que se resuelve mágicamente en la televisión y el teléfono —siempre sistemas «tele» o mediados por la tecnología de la distancia— y el «party» o todos los contactos eróticos que una escenografía de la intimidad puede posibilitar).

La necesaria y compulsiva evidencia de que ser uno mismo es ser como los otros y por referencia a otros se plantea y se resuelve en términos urbanos de manera total. Uno es habitante (inquilino o propietario) en su habitación (superficie construida según valores y normas urbanas) y tiene su lugar en un vecindario (su casa, su barrio o

Ciudad y consumo

Es de notar también que la utilidad del consumo como medio de conseguir reputación, así como la insistencia en aquél como elemento de decoro, se manifiesta con mayor plenitud en aquellas partes de la comunidad donde es mayor el contacto humano del individuo y más amplia la movilidad de la población. En relación con la población rural, la urbana emplea una parte relativamente mayor de sus ingresos en el consumo ostensible, y la necesidad de hacerlo así es más imperativa. El resultado es que, para mantener una apariencia decorosa, la población urbana vive al día en una proporción mucho mayor que la rural. Así ocurre, por ejemplo, que el granjero norteamericano y su mujer e hijas visten mucho menos a la moda y son menos urbanos en sus modales que la familia del artesano de la ciudad que tiene iguales ingresos. Ello no significa que la población urbana sea mucho más aficionada al placer especial que deriva del consumo ostensible ni que la población rural dé menos importancia al decoro pecuniario. Pero en la ciudad son más fuertes el atractivo de esta línea publicitaria y su eficacia transitoria. Por tanto, se recurre con más facilidad a este método y en la lucha para superarse unos a otros la población urbana lleva su patrón normal de consumo ostensible a un punto más elevado, con el resultado de que se requiere un gasto relativamente mayor en esta dirección para indicar un grado determinado de decoro pecuniario en la vida urbana. La exigencia de conformidad a este patrón convencional superior se convierte en imperativa. La pauta del decoro es más elevada, clase por clase, y hay que hacer frente a esta exigencia de una apariencia decorosa so pena de perder casta. El consumo es un elemento más importante en el patrón de vida de la ciudad que en el del campo.

Thorstein VEBLEN
«Teoría de la clase ociosa»

su ciudad); todo ello en el sobreentendido que esos son los ámbitos de lo más personal, de la vida privada o de la apropiación de lo colectivo; apropiación con fuertes cargas ideológicas, pero todavía actuante en la moderna ciudad necesariamente reproducida en la crisis de la ciudad). Como señalaban Vidich y Bensman al establecer una «reflexión metodológica» tras sus estudios de comunidad –el debatido caso «Springdale», prototipo de la pequeña población estadounidense en la sociedad de masas de los años cincuenta–²¹: «los habitantes de Springdale creen en una sociedad democrática que da igual representación a todos, igual oportunidad a la movilidad en base al esfuerzo y a la habilidad individuales y en la amistad, la buena vecindad y la ayuda mutua. Sin embargo, descubrimos que todos estos valores se contraponen a las realidades institucionales de la comunidad (...). Los dilemas y contradicciones que son resultado de estas diferencias entre la realidad y las creencias traían como consecuencia patrones complicados de autoengaño social y personal que permitía a los habitantes de Springdale retener su sistema de creencias, mientras que al mismo tiempo les permitía actuar dentro del marco de aquellas realidades sociales que negaban la sostenibilidad de sus creencias (...), un sistema de defensas elaborado, pero aceptado rutinariamente». Como veían los citados sociólogos, este sistema colectivo de inserción en el tiempo y en el espacio estaba siendo puesto en tensión, sobre todo en los años sesenta, por la capacidad, cada vez más englobante, de la gran ciudad, por un fenómeno de metropolitanización generalizada en EE.UU. Pero también por la emergencia y difusión de una «nueva clase media» que planteaba nuevos estilos de vida, una distinta forma de afrontar esa inserción; y el fenómeno en su doble vertiente, afloraba más visiblemente en otras formas de localidad limitada: el suburbio. Lo que no se percibía quizá con tanta nitidez en esta publicación de 1.968, es que esa progresiva dependencia del universo

metropolitano y ese protagonismo de las clases medias (típico producto urbano), planteaba ya la elaboración de un nuevo sistema para salvar las contradicciones entre un control cada vez más extraño a los individuos o a la localidad concreta y los deseos de «autorrealización en esta tierra». Como afrontamiento de esta disociación, podía plantearse con más o menos «autoengaño» y «rutinización» un «ajuste de la tensión»: o transfiriendo dicho autocontrol a los ámbitos más directamente referidos a lo personal y cotidiano (construirse su vida, construyéndose su refugio: el apartamento super o preter-urbano), o sublimando la ciudad –sus desagregaciones o sus limitaciones– y reduciéndola a la calle (o a la «marcha», en el lenguaje «popular»); o, sobre todo, identificándola en ciertos signos relativamente «para-institucionales» (espacios colectivos): sean el equipo deportivo –y su estadio– o los emblemas más convencionales– los «sitios de moda».

Junto a estas codificaciones culturales de la gran ciudad, percibidas como signos de identidad, se plantea la peculiar utilización de los espacios de la misma, que se presentan como práctica cultural significativa para los propios ciudadanos. La particular forma de utilizar la calle y la casa, de desplazarse, de subdividir los ámbitos (el del trabajo, el del reposo, el del negocio y el del ocio), se pueden resumir en la estratégica distinción entre lo público y lo privado. Como la distinción entre lo céntrico (central) y periférico (marginal) sufre continuas redefiniciones (lo que se lleva y lo que no se lleva), que producen significativas captaciones o realimentaciones. Esta continua reformulación, replanteamiento de la localidad hasta su aparente disolución (o plena relativización), está en la base del protagonismo socio-cultural de la gran ciudad (de los estilos de vida urbanos-mundanos). La especialización funcional del espacio urbano (centros de negocios, áreas residenciales, áreas industriales, anillos y ejes de circulación) en su intento de ordenar la mancha urbana con la

consiguiente jerarquización de funciones, especializa así mismo al ciudadano: los tiempos del hombre se diferencian y jerarquizan más o menos funcionalmente; los costes –e incluso las deseconomías– de esta diferenciación que muchas veces necesita implantarse rígidamente por la concurrencia de lógicas e intereses en la ciudad (producir, habitar, consumir), hacen que cada vez adquieran más relieve –y más atención e inversiones– los pasos de un espacio –y de un tiempo– a otro. La residencia distanciada de la aglomeración central, la salida al campo –o a los espacios del ocio–, los desplazamientos al trabajo, la salida «de compras», se plasman de tal forma que la vida urbana se convierte en un característico ir y venir entre ámbitos, ensayando continuamente un «puzzle» en el que continuamente hay que reponer piezas, de tal manera que llega a diluirse su composición final, que llega a perderse la imagen de referencia. El «stress» y las patologías diferenciadamente urbanas (entre las que adquieren significativa relevancia las derivadas del propio tráfico) se presentan cada vez más como costes de la vida urbana necesariamente asumibles por el individuo, que deviene en neurótico normalizado, en gran parte, gracias al consumo acelerado y a la creciente organización burocrática que lo asiste generalizando y diversificando el consumo. Espiral en desarrollo que lleva al creciente consumo de productos de las «organizaciones» de la salud física, mental y social– una avanzada especialización del sector servicios– que, paradójicamente fueron concebidas en sus orígenes como ciudades separadas –casas de salud, ciudades sanitarias, ciudades de «los muchachos», ciudades penitenciarias– y que ahora se replantean como insertas en la propia vida urbana que es la que genera los «cuadros» patológicos y la que ofrece las terapias²².

No se trata tanto de insistir fácilmente en las viejas imágenes sobre la insalubridad y en la insolidaridad de la vida urbana (ni en establecer fáciles correlaciones entre

Concentración urbana y producción ilimitada de bienes de consumo.

En un grupo restringido, las necesidades, así como la competencia, pueden indudablemente estabilizarse. La escalada de los valores de *status* y del material distintivo es aquí menos fuerte. Esto podemos verlo en las sociedades tradicionales o los microgrupos. Pero en una sociedad de concentración industrial y urbana, de densidad y promiscuidad mucho mayores, como la nuestra, la exigencia de diferenciación crece más de prisa todavía que la productividad material. Cuando todo el universo social se urbaniza, cuando la comunicación se hace total, las «necesidades» crecen según una asíntota vertical, no por *apetito*, sino por *concurrentia*.

De esta escalada, de esta «reacción en cadena» diferencial, que sanciona la dictadura total de la *moda*, la ciudad es el centro geométrico. (Ahora bien, el proceso refuerza en consecuencia la concentración urbana, por culturización rápida de las zonas rurales o marginales. Así pues, es irreversible. Toda pretensión de atajarlo es ingenua.) La densidad humana, en sí, es fascinante, pero, por encima de todo, *el discurso de la ciudad* es la competencia misma: móviles, deseos, encuentros, estímulos, veredicto incesante de los demás, erotización permanente, información, sollicitación publicitaria: todo esto constituye una especie de destino abstracto de participación colectiva, sobre un fondo real de competencia generalizada.

Del mismo modo que la concentración industrial se traduce en una producción cada vez más acrecentada de bienes, así, la concentración urbana lo hace en una aparición ilimitada de necesidades. Ahora bien, aunque los dos tipos de concentración son contemporáneos, tiene, sin embargo, tal como hemos visto, su dinámica propia, y no coinciden en sus resultados. La concentración urbana (y por tanto la diferenciación) va más de prisa que la productividad. Ése es el fundamento de la alienación urbana. Un equilibrio neurótico acaba, sin embargo, por establecerse, en beneficio del orden más coherente de la producción, viniendo a refluir la proliferación de las necesidades sobre el orden de los productos para integrarse en él, mal que bien.

Jean BAUDRILLARD
«La Sociedad de consumo»

suicidio, delincuencia, crimen y otros indicadores de violencia y vida urbana). La violencia originaria, presente en la aldea y en el clan, plantea renovados problemas de socialización y de aculturación. El «malestar», que esta transferencia y sublimación de lo libidinal produce, es al fin y al cabo inseparable del hombre, de su innegable capacidad de producir cultura. En lo que sí ha de insistirse es en la investigación de esta específica forma de cultura, que es la cultura urbana, y en aquellas formas de transferencia y sublimación que reducen radicalmente al hombre y su cultura (el hombre unidimensional?).

La humanización de la ciudad –un «desideratum» innegable– tiene frecuentemente la inconsistencia de partir de concepciones de lo humano que olvidan la indiscutible realidad histórica del «homo urbanus», de un hombre cuya inserción en el mundo es urbana, cuya cultura es urbana (cuando no pasan por alto las condiciones materiales de la urbanización actual). La urbanización del hombre, así mismo, es obvio que se presta a toda una serie de mediaciones y manipulaciones so pretexto de una simple intervención en el medio físico. Las utopías –más claramente en lo que tienen de ideologías de la ciudad– se han movido repetidamente y con notoria ambigüedad en esta doble vertiente: desde el reformador de las costumbres, al planificador urbano late el supuesto de conseguir un nuevo hombre, si hacemos un nuevo espacio. Lo que no queda patente son las específicas relaciones del hombre y el espacio, su comprensión y análisis, para que la propia práctica urbana devenga inteligible para el hombre.

La construcción social de la personalidad humana (de la razón y del carácter, de la realidad y de la moral) se ha convertido en uno de los supuestos básicos de las ciencias sociales y humanas. El hombre pauta y modela su comportamiento por referencia a otros, toma conciencia y construye su personalidad –se conoce a sí mismo y se realiza– en la relación con lo otro, en la experimentación de lo

que los otros son. En estas concepciones de la específica forma de funcionar la racionalidad humana, –de ser el hombre– las referencias al espacio (y el tiempo) se presentan de manera repetida y significativa: basta señalar la importancia de las nociones de proximidad y lejanía, de distancia física, de ubicación en el espacio en la mayoría de las teorías del comportamiento y del grupo (desde las organizaciones topológicas de la mente o de las interacciones de grupo a las experiencias de Piaget o el test de Rorschach); la importancia de los tabúes en la cultura humana se manifiesta especialmente como limitaciones de claro referente espacial: el tabú del incesto tanto en su formulación originaria como en el desarrollo estructuralista es el tabú de los límites en el espacio, de los cuerpos y los territorios. Las modernas teorías de la comunicación se expresan conceptual y prácticamente con signos y connotaciones frecuentemente espaciales.

En la formulación psicopsicologista de Simmel, el espacio interesa primordialmente al investigador, porque:

- es «la manera que tienen los hombres de reunir en intuiciones unitarias, los efectos sensoriales que en sí no poseen lazo alguno».
- «La relación en que se halla el grupo con su territorio, la proximidad o alejamiento, la exclusividad es la razón y símbolo de su estructuración».
- «Siendo el concepto de límite (...) extraordinariamente importante en todas las relaciones de los hombres entre sí (...)» resulta obvia «la incomparable firmeza y transparencia que adquieren los procesos sociales de limitación, al convertirse en espaciales»²³.

Las artes de la imagen –la construcción del ritmo cinematográfico por la articulación de planos (encuadres) y secuencias– utilizan de manera ejemplar todas las experiencias y codificaciones –los sobreentendidos culturales– que el espacio supone para el hombre.

Esa específica forma de organización del espacio por el

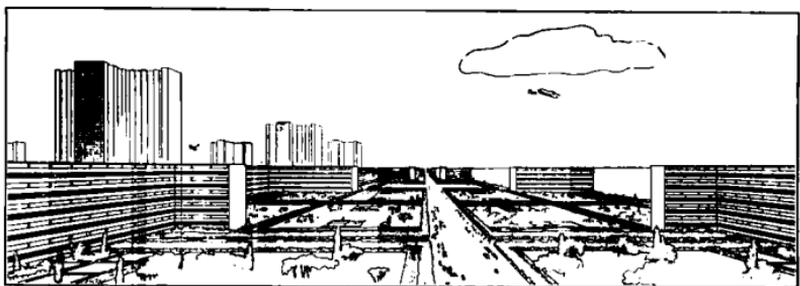
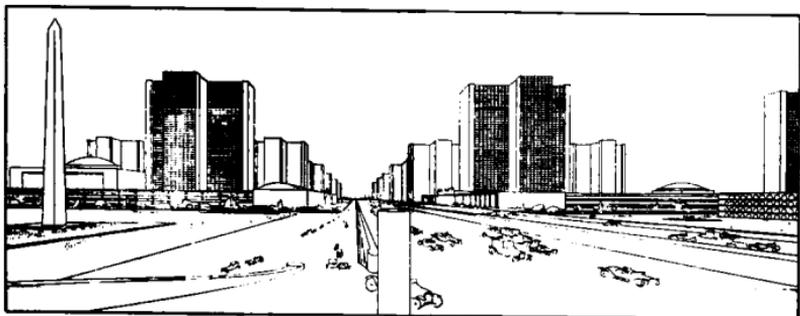
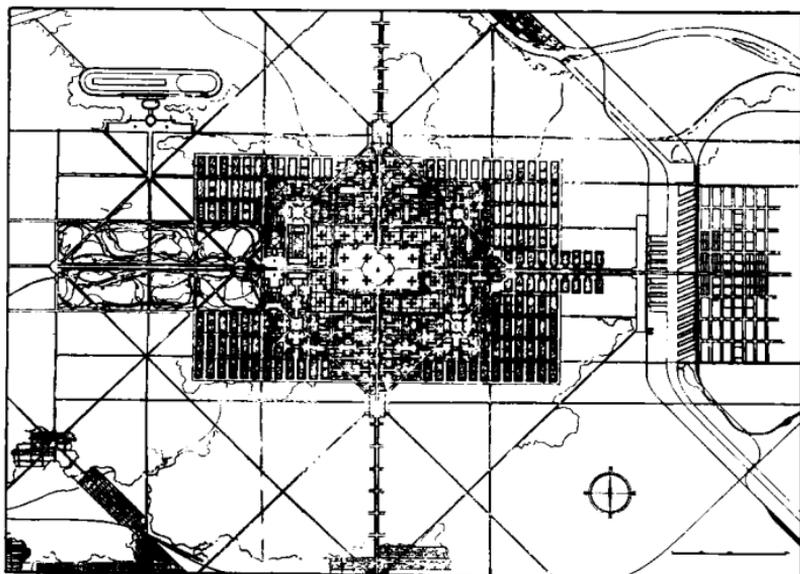
hombre, de experimentación de lo que es vivir en el espacio (y en el tiempo) que denominamos la ciudad; ese particular modo de interactuar los hombres y el espacio en la propia interacción entre los individuos, que se ha producido históricamente como vida urbana, se presenta entonces como una específica forma de comportamiento, de personalidad; un modo de vida, un «biotopo» en la expresión cara a Mitscherlich; sus alteraciones, serán alteraciones del hombre social, de la sociedad; sus insuficiencias serán incapacitaciones o reducciones del colectivo humano. Pero no se trata sólo del espacio, como marco o límite, como más o menos determinante de las acciones humanas según sus insuficiencias, del dato físico preexistente; se trata de que ese espacio puede ser construido –o alterado– por el hombre en tanto sepa darle significaciones, y relacionar esos espacios con sus significaciones, con lo que suponen para las necesidades materiales y espirituales del hombre.

En la expresión de Mitscherlich, se trata de hacer de los espacios o los territorios –hoy urbanizados– «patrias» (o «matrias»?), es decir una específica integración de las relaciones de los hombres con los objetos; «una eficaz coordinación, tanto de las relaciones interhumanas y las del hombre con los objetos materiales, como en las relaciones con sus propias necesidades instintivas»²⁴. Por eso, el colectivo modo de vida urbano no puede cifrarse en el consumo generalizado (el «confort», los objetos-fetichismo de satisfacción de los instintos), ni en las «relaciones humanas» (la organización asistencial de la vida de comunidad), ni en la separación de los espacios (en los diseños arquitectónicos y urbanísticos).

Sin embargo, y a pesar de las propuestas de una ciudad definitiva (la ciudad científicamente dispuesta), la urbanización sigue siendo un proceso que descansa en la diversificación, en la diferenciación, aunque ésta se produzca con manifestaciones y costes contradictorios. Podría de-

cirse que la interrelación entre viviendas y entre poblaciones se materializa en la calle y en la carretera; lo que en principio puede verse como una simple textura entre viviendas o asentamientos humanos, como espacio que «separa-une» (el límite y el sendero) se convierte en un universo en sí mismo (el tejido urbano o interurbano) que se impone parece que amenazadoramente sobre la función de habitar. En una aproximación esquemática: si ya la formulación griega clásica suponía la plasmación espacial e institucional de lo público (el espacio político) aunque formulando sistemas de interrelación con lo privado (la significación de la casa y de los «demoi» o la «gens», el desarrollo democrático del poder, la integración del individuo como político y como ciudadano), es la moderna civilización urbana –del Renacimiento a la Industrialización– la que va a producir la definitiva transmutación de la plebe y el populacho en «el hombre de la calle». La moderna sociedad industrial va a sacralizar esta imagen (el ciudadano medio) hasta instaurar la religión de la opinión pública. Porque la calle es la intersección ordenada de las viviendas (alineadas y numeradas), cada vez más ancha y larga y mejor urbanizada; es decir, sintetizando cada vez más cantidad de población en un espacio progresivamente definido como moderna vida ordenada, como interacción e intercambio. Por eso en el hombre de la calle está ese símbolo del ajuste y del equilibrio (también claro es, de la despersonalización); lo que antes se reducía penosamente a un espacio privilegiado (el templo o el mercado medieval) se ha generalizado en las calles de la moderna ciudad, crisol de orden en su propio ordenamiento espacial: el objeto de la calle ha devenido el orden de la circulación y el orden público; su internalización por el individuo –las relaciones en público, el saber andar por la calle– se ha convertido en la matriz definitoria de un modo de vida: el hombre definitivamente *civilizado*.

Para Le Corbusier, temprano teorizador sobre la ciu-



Le Corbusier "La ville contemporaine". 1921-22. 1) planta general; 2) el eje central; 3) zona residencial.

dad y la habitación, la tendencia estaba ya muy clara, en su manifiesto de 1924²⁵, lleno de racionalismo científico y anticipaciones de futuro: el hombre se diferencia de los asnos, porque sabe a dónde va; «camina derecho porque tiene un objetivo», a diferencia del burro que no piensa más que en dar vueltas; la ciudad será entonces la facilitación de este progreso del hombre en su sentido más físico e inmediato: «la ciudad que dispone de la velocidad dispone del éxito»; para ello hay que «fijar el espacio con un rigor perfecto», implantar un orden racional que descansa en el ángulo recto. Este modelo, que está en la propia determinación genético-estructural del urbanismo como ciencia –y como intervención del hombre en la naturaleza y en la historia–, reformula la función de habitar: la moderna ciudad es circulación en orden a un objetivo, es un «vivir para» o un «vivir hacia»; el «vivir en» –la habitación– se hace en departamentos: «el departamento es un conjunto de elementos mecánicos y arquitectónicos que *aseguran nuestra seguridad y nuestro confort*»; aunque Le Corbusier los considere células básicas está claro que es más bien como elementos de una agrupación y que lo que le interesa es la trabazón, el tejido. En el desorden vegetativo de estas tramas (en su sinuosidad y recurrencia) es donde se debe intervenir produciendo orden geométrico –transparencia de las funciones y los fines–; ese es el objeto del urbanismo. Hay que separar la casa, la calle y la ciudad, hay que diferenciarlas; y en tanto la ciudad es función de la circulación directa, de los ejes viarios, se está proclamando –más o menos intencionalmente– la sustitución de la calle por la autovía, la separación radical de los viales y las viviendas, la consagración de esta última como espacio de reposo, reducto del consumo; las viviendas son enormes silos poblacionales ubicados en los intersticios, en las reservas (o «playas») entre carreteras. Se rompe la dialéctica relación entre la casa y la calle, se pretende superar la significativa distinción entre lo viejo –condensado en un

centro o un casco— y lo nuevo —desarrollado periféricamente—. La propuesta de este tejido geoméricamente ordenado es la superación de la historia a través de una apropiación racional del espacio: el dominio del tiempo —ordenando la circulación hacia el objetivo— dando la vuelta a la historia; cerrando la ciudad del pasado (e incluso sajiéndola quirúrgicamente) y abriendo la ciudad del futuro. En tanto la ciudad se había producido dialécticamente como casa y calle y había llevado a la imposición de esta última, este hábitat nuevo —ciudad del futuro—, sin la calle como síntesis, ya no es ciudad. En tanto el modo de vida moderno se había ido formulando como el del «hombre de la calle», como el —*público*, su opinión y su orden—, la sociedad dibujada geoméricamente por Le Corbusier planteaba una radical alteración del modo de vida: no sólo en su práctica cotidiana, sino en la propia inteligibilidad —conciencia— para el hombre. La opinión, el orden, ya no están físicamente identificables en la calle como superación o integración del individuo o de la opinión de las familias (de las comunidades domésticas); ni el poder ni la imaginación pueden ya saltar a la calle. El espacio no es el depósito de los tanteos milenarios del hombre —no tiene permanencias— y no tiene lectura histórica; el comportamiento colectivo pierde referencia. En definitiva, el fenómeno resumido en Le Corbusier —cuya actuación ha tenido cincuenta años de repercusiones— se ha convertido en indisociable de la sociedad de «la muchedumbre solitaria»; no sólo porque la práctica cotidiana de este modelo de colectividad compulsiona neuróticamente y lleva a disociaciones esquizoides entre la acción y el reposo; entre la abstracta colectividad sin límites y la concreta individualidad del departamento. Sino porque al alterar la dialéctica público-privado (y del pasado y del presente) disuelve los referentes colectivos del individuo y el componente humano (personalizado) de la colectividad.

La posibilidad de ilimitada cantidad y diversidad de in-

teracciones que la ciudad ofrece se produce predominantemente de tal forma que puede alterar el sistema de socialización. En primer lugar, por lo que desde principios de siglo fue formulado como disminución de las interacciones «cara a cara», como pérdida de las cargas afectivas en la comunicación, como proceso de despersonalización. La «frialdad» de las relaciones dentro de la gran ciudad parece convertirla en el escenario de las insolidaridades. Por otra parte, esta ampliación de las interacciones se produce con un aumento de las mediaciones que pueden acabar desplazando a los auténticos objetos de la interacción: los hombres y la naturaleza. Toda una serie de tópicos psicosociales insisten en la extensión del anonimato, en el descentramiento o pérdida de claras referencias. No habría que olvidar de todas formas la vieja definición del problema en Simmel: «Hay en cada hombre, por así decirlo, una relación proporcional invariable entre lo individual y lo social, que sólo cambia respecto de la forma; cuanto más pequeño es el círculo al cual nos damos tanto menor es nuestra libertad individual; y sin embargo, el círculo mismo es entonces algo individual, que se distingue con claridad de todos los otros, precisamente porque es pequeño. Y a la inversa cuando el círculo en el que actuamos y al cual se refieren nuestros intereses es más amplio, crece en él el ámbito ofrecido para el desarrollo de nuestra individualidad; pero como partes de este todo tenemos menos peculiaridad»²⁶.

Los centros urbanos propuestos por Le Corbusier no tienen—ni son— «centros»; únicamente son centros de referencia en tanto siguen siendo actuaciones aisladas —a veces deliberadamente disruptoras. La vida se centra en el bloque de viviendas (unité d'habitation)— en la utilización colectivamente organizada de sus servicios o en el polígono de bloques, cuya multiplicación perfectamente seriada —independientemente de que se trate de usos residenciales o de servicios— asegura la reproducción sin fin, según ejes

ilimitados, del espacio. La ciudad –como delimitación– es algo viejo y gastado; la casa –como hogar– tiene que ser replanteada al compás de una nueva forma de vida, de una nueva juventud, muy potenciada en esos años veinte en el desafío americano y en la recuperación de Europa. El urbanismo confía arriesgadamente en su capacidad de producir estructuras y que éstas –al evidenciarse, al hacerse físicamente perceptibles– provoquen el hombre estructurado: el hombre racionalmente inteligible. La nueva dimensión de lo urbano cambiaría su sustancia. Y eso es lo que no está claro, como ha replanteado Aldo Rossi en «La arquitectura de la ciudad». Los cambios en la construcción de viviendas (los replanteamientos de la política de la construcción y su ejecución) no suponen de inmediato un nuevo modo de vida; ni la nueva dimensión de las actuaciones urbanísticas un cambio de sociedad²⁷.

Las experiencias acumuladas en los más de cincuenta años transcurridos desde el plan Voisin de París y los textos citados de «Urbanisme» de Le Corbusier, y especialmente las tendencias observables en los años subsiguientes (por encima de las reafirmaciones de Le Corbusier en la carta de Atenas) no dejan ver la realización de tales proyecciones; como su proyecto de Chandigarh, la nueva capital del Estado de Punjab, en los años cincuenta se quedó reducido a algunos edificios y actuaciones, que flotan todavía incómodamente sobre el contexto cultural y económico de la India actual. Le Corbusier vuelve a ser estudiado como arquitecto –especialmente en ciertas creativiidades monumentales– y se intentan atajar los efectos producidos por los desarrollos –interesados política y económicamente– de sus modulaciones de lo lleno y lo vacío, de la construcción de ejes, de la modulación y serialización de la vida de comunidad.

En frase de Henri Lefebvre: «Es más fácil construir ciudades que vida urbana» .

3. El sistema de ciudades

El crecimiento parece caracterizar a la ciudad, sobre todo, a la moderna ciudad. Las tendencias observables en el desarrollo del fenómeno urbano –especialmente en coincidencia histórica con el proceso de industrialización– llevan a plantear el crecimiento como un factor estructural o al menos como un elemento básico de la estructura de las ciudades. «En este sentido, ‘urbano’ es lo que crece (...). La masa de crecimiento poblacional, y no tanto el tamaño absoluto, es lo que condicionaría el hipotético ‘modo de vida urbano’ de un grupo ciudadano»²⁸. De todas formas, el moderno crecimiento de la población, que se presenta a escala total como distinto de cualquier época anterior, («por su dimensión, su continuidad y su duración») parece incontestablemente relacionado con la reducción de la mortalidad, a causa –sobre todo– de la disminución del impacto de las enfermedades infecciosas. Y como apunta Mckeown²⁵, la acumulación de población que, en principio, facilita la transmisión –el contagio– de enfermedades infecciosas, sólo puede producir crecimientos demográficos significativos, si compensa el aumento de posibles portadores-transmisores de la morbilidad infecciosa con un fortalecimiento de las defensas de esta población; fundamentalmente una mejor nutrición; secundariamente mejoras higiénicas en los vehículos de transmisión (el agua, la leche...). En otros términos, el crecimiento poblacional sólo se produce cuando este potencial

—el crecimiento vegetativo— se dinamiza por reducción de la mortalidad; pero esta última sólo se consigue con una mejora de la alimentación que requiere cambios técnicos y sociales (extensión e intensificación de la producción de alimentos, ampliación de su distribución). La ciudad, que para ser considerada como tal precisa de una característica forma —tasa creciente— de crecimiento de la población, está atrapada ante la doble posibilidad que su acumulación de habitantes plantea: un aumento del potencial de morbilidad infecciosa (y por tanto de la mortalidad) o un aumento del potencial de producción y distribución de alimentos (y la consiguiente mejora de la nutrición). La primera, es la densidad en su concepto físico más elemental; la segunda es la densificación social (la división del trabajo). Si en la «revolución neolítica» se planteó un sustancial avance en la producción garantizada de alimentos, también se planteó el correlativo fenómeno de densificación (el nacimiento de las ciudades). Probablemente el propio aumento de la población y su concentración o mayor interacción (en la ciudad) disparó el efecto letal de las enfermedades infecciosas que encontraron un nuevo potencial de transmisión, lo que produjo la compensación del crecimiento, la estabilización del crecimiento vegetativo durante siglos. Sólo la moderna revolución agrícola y el aumento de la producción alimenticia vuelve a descompensar el tradicional estancamiento de la población mundial y plantea un nuevo crecimiento que se acompaña con un nuevo desarrollo de la ciudad —el moderno crecimiento de las ciudades. El que éste sea ilimitado, o con límites no previsibles, no parece tan claro en la perspectiva inicial de los años setenta que en la de los ochenta. Si de verdad las enfermedades infecciosas están definitivamente neutralizadas (y con las garantías tecnológicas del antibiótico así parece confirmarse, aunque a veces se reactiven epidemias supuestamente superadas, cuya mortalidad, por otra parte, suele ser ciertamente menor), se puede abrir un capítu-

lo de recrudescimiento de la mortalidad, según las expectativas que se pongan en la contaminación, la guerra nuclear, los distintos siniestros modernos o las nuevas enfermedades. Por otra parte, si se está entrando en un nuevo modelo de sociedad ¿puede alterarse la vieja estructura del crecimiento que descansaba en la disminución de la mortalidad? La tecnología de la salud o la limitación sistemática de la natalidad (es decir, nuevos supuestos culturales) pueden –para algunos, casi de inmediato– alterar esa estructura.

El problema, de alguna manera, es doble: ¿cuál es la relación entre crecimiento de la población y crecimiento urbano?; y puesto que éste es un fenómeno relacionable con aquél (¿en relación de interdependencia?), pero suficientemente distinto o específico, ¿qué entendemos por crecimiento urbano? Supuesta la especificidad de los urbano, este crecimiento puede definirse –como lo hace Ledrut– limitándolo al «proceso por el cual se produce una serie de cambios que afectan tanto al tamaño como a las variaciones entre ciertas relaciones, propias de lo que provisionalmente se ha designado como «objeto urbano»³⁰.

Está claro que al hablar de fenómeno específicamente urbano –y posiblemente al hablar desde ciencias especialmente orientadas– se pone un cierto énfasis en una variación no sólo de tamaño, sino de composición; lo cual se presenta con frecuencia, como interrelacionado. Cuáles sean estas relaciones entre el aumento de población de una ciudad, el incremento de la población que vive en ciudades y la forma de estructura adoptada por éstas es un tema –o un haz de temas– especialmente dificultoso de tratar en términos científicos. En primer lugar, porque el ámbito en que analizar el fenómeno urbano excede, por definición, las ciudades. El propio A. de Miguel, al plantear una síntesis de en qué debe centrarse el investigador de la ciudad, y después de exponer que lo urbano hay que verlo como crecimiento (¿como tasa?), recoge la coinci-

dencia de los analistas de la ciudad en el siguiente enunciado: «la probabilidad de que una ciudad crezca será mayor cuanto más alta sea en ella la concentración de las actividades económicas, favorecidas por la relación real de intercambio con el exterior». Lo cual viene a suponer un doble desbordamiento de la ciudad –tal como se percibe su actual dinamismo–: que actividades (como las económicas) que exceden a lo urbano (y a una ciencia específica de lo urbano) son el fundamento, al acumularse, del potencial de crecimiento de una ciudad; en segundo lugar, que estas actividades sólo producen realmente crecimiento de la ciudad cuando suponen una exportación-importación, una interdependencia con lo exterior a la ciudad. Si sustituimos el término económicas por culturales, comunicación o información, sociales, etc., no hace más que confirmarse que la moderna ciudad es el paradigma de lo relativo. Tanto que una ciudad ya no es concebible más que por lo que demanda u oferta fuera de ella; que una ciudad sólo es analizable por referencia a otras; que la relevancia de una ciudad –con relación a otras– descansa en su capacidad de acumular –de atraer hacia sí– aquellas acumulaciones realizadas por otras ciudades, que son la esencia de la ciudad; es decir, la metrópoli moderna es la ciudad que se diferencia por su capacidad de acumular en ella –culminar– lo específico de las ciudades con las que se relaciona. En la definición de Ledrut, la «super-ciudad» sería aquélla en donde más específicamente se producen las relaciones entre lo que tiene la ciudad de «lugar en donde se vive» –de «antropológico»– y de «sistema de acción social» –de sistemático». La moderna metrópoli estaría redefiniendo las relaciones entre «vida» y «normas»; en ella, se estarían experimentando nuevas conexiones –ajustes y desajustes–entre «libertades» y «necesidades». Esa sería su más específica –y problemática– forma de crecimiento; no olvidando que este crecimiento se produce como poblaciones –colectivos humanos delimitados– y

–actividades– limitadas a aquéllas que son significativas para la reproducción de esos límites histórico–espaciales de los colectivos.

No es de extrañar por tanto que el actual análisis de la ciudad plantee toda una serie de demandas relativas a una mejor conceptualización, precisamente por la relatividad del fenómeno. Pero estas conceptualizaciones o refinamientos teóricos se producen dentro de una serie de urgencias de las que participa el propio analista y el teórico: que el crecimiento, además de posibles inadaptaciones al hombre y al medio (que provocan el deterioro o el crecimiento cero), nos plantea una continua recodificación de las relaciones entre el vivir y las razones de vivir lo cual nos compulsiona intelectual y vitalmente. Es decir, que precisamente como ciudadanos nos sentimos urgidos y urgimos a intervenir sobre el crecimiento urbano; a establecer controles sobre él, ya sean teóricos o prácticos; ya sean para saber dónde estamos o para estar en la ciudad con el suficiente discernimiento. Pero este conocimiento –eventualmente diferenciable como teórico y práctico– precisamente en lo que tiene de querer intervenir en el proceso –o, al menos, de situarse ante él– es típicamente urbano. La razón puede devenir el gran soporte e instrumento del destino colectivo de la humanidad en la ciudad porque en ella se experimenta físicamente el modelo acabado de intervención de los hombres sobre la naturaleza y de los hombres en los otros hombres. La razón política –la toma de decisiones sobre el mayor espectro posible de informaciones– se produce precisamente en lo urbano.

Por ello se requiere la adopción de estrategias de razón (epistemológicas y metodológicas), desde esas urgencias, pero también desde esta cuasi imposibilidad de dominar el fenómeno (de analizarlo, comprenderlo o criticarlo). En unos casos, y ante las reconocidas frustraciones de la intervención en el crecimiento urbano, planteando formalizaciones científicas que pueden permitir la aprehensión del

La ciudad como hábitat de cambios históricos

En este sentido hay que destacar una actividad muy específica de los habitantes de las ciudades. Históricamente fueron sus moradores los que en repetidas ocasiones lucharon por la libertad, lo que demuestra la mejor educación del pensamiento racional en las ciudades, en las que florecían las técnicas artesanas de todo tipo, entre ellas también la técnica del pensamiento. Las ciudades constituyeron la simiente de la inquietud del cambio histórico, al menos en la época moderna. Aquí nació el concepto del hombre como individuo en el sentido moderno, como individuo que niega la esclavitud; aquí se luchó por el poder del pueblo, pero también se dirigió desde aquí la explotación de los pueblos extranjeros. Y lo mismo que a las razas de color, se alienó también a las masas proletarias de la propia sociedad sin percibir ningún sentimiento de culpabilidad, abandonándolas así al afán explotador de los privilegiados. A esta situación se han enfrentado con éxito los movimientos sociales de la época moderna. Así es como una dialéctica domina también en la actualidad los problemas del crecimiento urbano, pues aquí es donde simultáneamente se organizan las fuerzas progresivas, así como las conservadoras de los patricios. Aquí se decide la historia moderna. Aquí es donde, por primera vez, surgieron aquellas ideas sin las que la democracia resultaría incomprensible. Aunque, naturalmente, en nuestras elucubraciones nos preocupe la cuestión de si las grandes metrópolis y las ciudades masivas de la actualidad y del futuro próximo habrán de conservar esa cualidad de palenque dialéctico del progreso, concretamente del progreso interno de la humanidad. Pero esto ya lo pusimos en duda al comienzo.

Alexander MITSCHERLICH
«Tesis sobre la ciudad del futuro»

escurridizo fenómeno (la teoría de sistemas). Tal como expone L. Racionero, el urbanismo como intervención racional en el proceso –«ordenación del espacio externo»– necesita, además, «ordenar las ciudades en el espacio (...)». El urbanismo como la propia ciudad ha roto los límites tradicionales del casco urbano; la ciudad que antes era el nivel límite de planeamiento ha pasado a ser elemento de un conjunto más amplio a planear, el sistema regional o nacional de ciudades»³¹. La solución –«economicista» en este caso– puede ser la «teoría de sistemas»: porque es la consecución de transparencia –de inteligibilidad cuasigráfica– de «un conjunto de objetos más las relaciones entre esos objetos y entre los atributos de los objetos»; es decir, las ciudades y su conjunción, en relación con su tamaño, forma, tipología según actividades económicas; la propia interrelación de las ciudades dentro del conjunto, su ubicación en el espacio, su número según tipologías, su coincidencia, discrepancia y complementariedad en las actividades; los flujos entre unas y otras, etc., Así mismo la teoría de sistemas permite relativizar el sistema por referencia al entorno y a lo interno –los subsistemas–.

La verificación de las regularidades en la estructuración de los sistemas permite la elaboración de modelos generalizables capaces de abordar la propia mutabilidad y variabilidad del fenómeno urbano; y sobre todo permite detectar los centros neurálgicos –las regularidades más comprobadas y las irregularidades más típicas– del proceso y por lo tanto la intervención en él. Aunque, a fuer de sinceros, estas estrategias no siempre permiten el control operativo: «Los problemas de una ciudad no se originan solamente en esta ciudad y tampoco pueden ser resueltos desde dentro de la ciudad», y de ahí ese planteamiento relacional de las ciudades y el espacio –el sistema de ciudades–. Pero extendiendo un poco dicha confesión –y la posible frustración de ella derivada– se podría decir: «Los problemas del urbanismo –como ciencia de la planifica-

ción urbana— no se originan solamente en dicha ciencia y tampoco pueden resolverse desde dentro de ella». E incluso —en cierta reflexión epistemológica— la ciudad (las relaciones entre estructuras urbanas y estructuras sociales) no puede reducirse a «una» ciencia —aunque puede ser «objeto» de conocimiento científico— precisamente porque se mueve contradictoriamente— se produce dialécticamente—entre su «función de lugar para la vida» y «su abstracción» creciente como «sistema». En este sentido, ni siquiera la interdisciplinariedad —deseable por el momento— resulta suficiente³².

En el comienzo de la década de los setenta, hay una conciencia generalizada de que España ha experimentado un proceso de transformación tan profundo y definido que las investigaciones se plantean de manera coincidente la necesidad de analizar la estructura social, la estructura y la política económicas, los nuevos valores e ideologías. En resumen, no se trata tanto de detectar factores de cambio, sino de observar la construcción de un nuevo orden, de una nueva sociedad. A lo largo de los años sesenta (del Plan de Estabilización de 1.959 a los dos primeros planes de Desarrollo, 1.964-1.967 y 1.968-1.971) los cambios sobreenvidados en diversos factores estructurales (especialmente de la fuerza de trabajo y de la distribución sectorial de las actividades productivas) planteaban una recomposición global de los supuestos y las prácticas sobre las que se articulaban el Estado y la Sociedad española.

Esta instauración de una nueva sociedad, de un nuevo orden adquiriría una significatividad especial: España caracterizada repetidamente como «invertebrada», cuando no como «dos Es; años», parecía entrar definitivamente por vía de la industrialización en el capitalismo industrial moderno. Según el testimonio del profesor L. A. Rojo en 1.969, «... El período 1.960/1.968 ha significado el primer ciclo industrial de España (...) y ha significado la consolidación de una estructura industrial, muy deficiente, crea-

da entre los años 39 y 59. Para conseguir, hoy, la transformación deseable, será preciso que existan unas instituciones socio-políticas que sean algo más que una supervivencia del «citado pequeño capitalismo de la fase económica anterior»³³. Con una estructuración moderna de las actividades económicas, con un ajuste de las instituciones y las mentalidades al crecimiento y variaciones planteadas en ese decenio se puede alcanzar el auténtico desarrollo: la España moderna. La escalonada publicación de los volúmenes de «La España de los 70» (1.971, 72, 73) sobre Economía, Sociedad y Política marcarían el momento académico-político de la explicitación científica de dicha estructura y ordenación.

Lo que latía en todos estos productos (más o menos atemperados por los frenos del desarrollo desde 1.967 y por las dificultades de una evolución política dentro del franquismo) era la superación o la síntesis (el despegue o la ruptura) de la vieja dualidad del Estado español, característica de las sociedades de fuerte componente tradicional (subdesarrolladas o atrasadas) en medio de la dominancia generalizada de la sociedad industrial moderna. En definitiva ese era el objeto común, desde distintas ideologías y teorías: la respuesta o acomodo a esa dominante que resolvería de una vez la dualidad, la dificultad de construcción de un orden. El problema era el fuerte entañamiento de esa dualidad: el peso del tradicionalismo, del ruralismo, que frenaba o distorsionaba la modernización. El propio López Rodó, protagonista consciente de esa necesaria modernización —y de ahí, propugnador de los planes de desarrollo— tenía que presentar todavía el III Plan (1.972), ante las Cortes, con la siguiente explicación: «La Política de desarrollo —que pretende servir el III Plan— funde así tradición y modernidad al mismo tiempo. Tradición: puesto que su contenido se inspira en los principios de nuestro sistema político. Modernidad: porque la aplicación de esos principios a la planificación nos lleva justa-

mente hacia donde la técnica y la teoría del desarrollo han colocado las metas a las que debe aspirar el hombre de nuestro tiempo». El problema, a nivel ideológico, ha tenido distintas expresiones en la propia década de los setenta confirmando el desajuste indicado por L. A. Rojo. Pero lo que nos interesa subrayar aquí –por debajo de las críticas a las políticas de desarrollo seguidas en los sesenta y setenta– es que esta dualidad tenía una expresión socioespacial, una realidad estructural, tan físicamente implantada, con unos desarrollos «infra» y «estructurales», con unas permanencias, que lógicamente promocionaban discursos ideológicos –de evidente disparidad– y que venía a convertirse en banco de pruebas de esta modernización. Esta dicotomía era la de lo rural-urbano, la del campo frente a la ciudad. Dualidad que no habría que formular ahistóricamente, sino que precisamente se había definido, en sus perfiles significativos para este proceso, desde los propios inicios de la ruptura de la sociedad tradicional o desde el comienzo de la industrialización; ya fuese porque la industrialización necesitaba una nueva conformación de lo rural como base de «despegue» (la fuerza de trabajo disponible, el ahorro, la productividad agraria, la estructura de la propiedad...); ya fuese porque el nuevo orden político (el liberalismo) precisaba de una ruptura del ordenamiento estamental –del comunitarismo tardofeudal– para la propia «liberación de las fuerzas productivas» (con fórmulas de «oligarquía y caciquismo», de desamortización, de municipalización y provincialización). Es decir, la propia generación de un nuevo tipo de diferencia jerárquica –de desigualdad– requisito lógico del desarrollo –del intercambio desigual– con todas las contradicciones de una industrialización –de una modernización– no claramente implantada en la España del siglo XIX, resulta fuertemente matrizadora de lo que a nivel estructural e ideológico ha venido funcionando en el siglo XX, como campo-ciudad, como sociedad tradicional –sociedad moderna.

En el coloquio producido en 1.969, en la Autónoma de Madrid, sobre «Las ideologías en la España de hoy» muy centrado en los intentos de clarificación de este proceso de cambio, se reservó una ponencia –presentada por A. de Miguel– a las «Ideologías sobre el campo y la ciudad de España». Básicamente la propuesta era: «Si algún cambio en la realidad española de estos años (de los 40 a los 70) llama verdaderamente la atención por su magnitud es el trasvase humano del campo a la ciudad, el descenso sistemático de la población campesina, el impresionante proceso de urbanización. Pues bien, pocas realidades han sido tan veladas, distorsionadas, mal interpretadas en función de unos intereses concretos, a los que naturalmente ese cambio objetivo afecta mucho»³⁴. El crecimiento de la urbanización supone movilidad social ascendente (extinción de los jornaleros agrarios, último escalón de la pirámide activa española), la ilustración (frente al oscurantismo), la elevación del nivel de vida, (el «confort»), el acceso a los servicios, la igualdad de oportunidades..., en definitiva la plena inclusión en el modelo dominante de sociedad (las democracias industriales). En las ilusionadas expectativas del momento: «Es probable que estemos a punto de llegar al 40 por 100 de la población residente en ciudades de 100.000 habitantes, un nivel al que ni siquiera llegan muchos países industrializados».

Pero esta condensación en el modo de vida urbano –en la moderna estructura socioespacial– de todo el proceso de desarrollo (hasta el punto de que la primera y básica crítica al Plan de López-Rodó es su defectuosa previsión del trasvase de población del campo a la ciudad), se une de manera relevante en el caso español a otra necesaria vía para superar el dualismo, para la expansión del mercado y del Estado moderno: se trata de los «desequilibrios espaciales de la economía» –renovados precisamente en los años de este proceso de cambio–; como señala Tamames: «Desde hace por lo menos siglo y medio hay conciencia en

La influencia del éxodo sobre la evolución de la ciudad y el campo

Evidentemente, este «éxodo rural» encuentra su explicación en el desarrollo industrial que de una forma más o menos desorganizada ha tenido lugar en el país durante este período; pero tampoco ha sido indiferente a las dificultades cada vez mayores que ha tenido el sistema tradicional de la agricultura para funcionar correctamente. De la misma manera, parece evidente que sobre el éxodo han debido influir las expectativas de una vida urbana más rica en posibilidades de bienestar, y tal vez de libertad; pero también ha debido influir sobre él el deterioro progresivo de las formas de vida rurales. El éxodo representa, en efecto, el resultado de millones de proyectos de movilidad personal, que se deciden en función de una comparación entre la situación del campo (que se tiene y se conoce), y la de la ciudad (que se espera y se imagina). En este sentido, cabe considerar el éxodo también como un resultado de las evoluciones respectivas del campo y la ciudad, que han sido, aquí, de signo distinto: de progreso para la segunda, de estancamiento para el primero. Pero a su vez el éxodo ha influido poderosamente sobre la evolución de ciudad y campo. Por lo pronto ha hecho posible la constitución de una clase obrera urbana, y, por tanto, el propio desarrollo industrial clave del desarrollo urbano. Por otra parte, ha vaciado los campos.

Victor PÉREZ DÍAZ

«Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla»

España de las diferencias de nivel de vida del país»; desequilibrio que medido en renta per cápita sigue apartándonos tanto en los años cincuenta como en los sesenta del modelo europeo; precisamente las deficiencias de los Planes de Desarrollo en este terreno serán notorias, tanto en el modelo propugnado de «polos» –localizaciones espaciales en ciudades– como en su decisión –ubicación– y sus resultados. Ni siquiera en el III Plan se contemplaba a la vista de los fracasos en la corrección de desequilibrios– «una verdadera intención de dar vida a las regiones a base de una auténtica descentralización»³⁵.

El problema político profundo de este desequilibrio, que pudo originar elementales flujos centro–periferia, es que dificulta la integración dinámica de ese «mercado–territorio», abierto y delimitado, organizado como sistema, que es el Estado moderno.

En definitiva, el crecimiento de la población, el crecimiento de la producción y de los intercambios se presentaba desde las ciencias sociales y desde gran parte de las expectativas como el «crecimiento de una estructura», «difícil de reducir a un conjunto claro y preciso de proposiciones» –en la opinión de Boulding³⁶. De todās formas, en cuanto este crecimiento se manifestaba como crecimiento de las ciudades (en lo que tienen de asentamiento de la población y de condicionante de la estructura demográfica; de lugar de la producción, del consumo y del mercado y de condicionante de la estructuración de las actividades económicas); es decir, como desarrollo de un específico modo de vida y de un sistema de relaciones, el análisis del fenómeno urbano –de su estructuración– permitía atender las distintas demandas proyectadas por los científicos y los políticos. Si urbanización creciente se planteaba como correlativo a desarrollo de sociedad industrial y moderna –bienestar económico, social y cultural–, el control atento de este proceso de desarrollo –de dominancia– de lo urbano, permitiría la consecución de ese «desideratum»: el de-

sarrollo integral del hombre en sociedad. El análisis del proceso y su estructura –la sistematización del proceso– permitiría el control o –al menos– el seguimiento, que facilitaría la decisión de las transformaciones necesarias, el ajuste de las instituciones y la adecuación de las mentalidades. Dos considerandos en esta movilización de la atención científica y política hacia lo urbano; el peligro de quedarse en la constatación del simple crecimiento (comprensible por la necesidad de construir la información, de describir, casi desde cero); pero, al mismo tiempo, la dudosa susceptibilidad de las formaciones urbanas para ser reducidas a observables –especialmente a indicadores– sin reducir drásticamente su carácter de sistema social (de complejo de interacciones y relaciones reducible a sistema).

El potencial de población disponible sería la primera preocupación, ya que su crecimiento parecía posibilitar de inmediato el crecimiento de la población activa (aunque en ésta concurren distintos factores), el crecimiento del consumo (también condicionado por la capacidad adquisitiva y otros condicionantes psicosociales) y, en definitiva, el crecimiento de la población urbana. Este último desde dos simples supuestos: la densidad creciente orienta a la forma moderna de densificación –la ciudad–; el exceso de población –por referencia a los recursos en un área– orienta a la redistribución –a la emigración– que lleva a los mayores contingentes de población a las áreas o sectores más capaces –con lo cual se aumenta la producción y su renta. Ahora bien, estas dos perspectivas elementales –y que de alguna manera se venían produciendo realmente en el crecimiento renovado de la población en los años cincuenta y sesenta– planteaban dos manifestaciones típicamente urbanas, pero capaces de interferir el proceso, de resultar disfuncionales para la consecución de un desarrollo económico, social y político: el *hacinamiento* –que imposibilita un crecimiento sistematizable, un desarrollo–

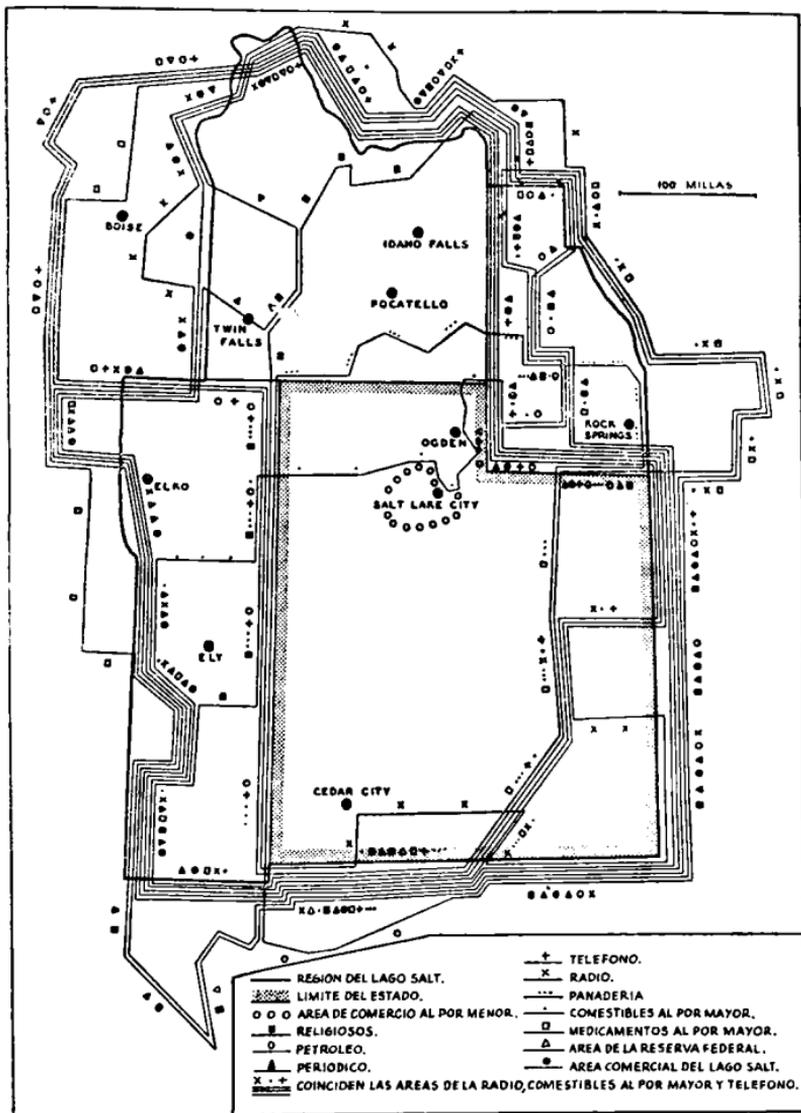
(la desertización parecía una contrapartida menos acuciante); es decir el desajuste entre la demanda de hábitat urbano y la capacidad de producir equipamientos urbanos. El deterioro del empleo (la falta de cualificación, de rendimiento, la depreciación de la fuerza de trabajo) por el desajuste entre la demanda de trabajo y la oferta de puestos. Ello suponía limitar doblemente el consumo, suponía interferir el desarrollo (por la depauperación, por el conflicto), significaba en definitiva no alcanzar el moderno orden industrial que se realiza como vida moderna, quedarse en el simple crecimiento de la población asentada en ciudades, pero no alcanzar un sistema urbano.

De ahí que por encima de los empecinamientos ideológicos antiurbanos y más allá de los análisis –e intervenciones– en los aspectos más simples del crecimiento se plantease –y muy especialmente a la vista de las imprevisiones y descontroles de la planificación, del acelerado crecimiento de factores aislados– la necesidad de elaborar un modelo analítico –y productivo– de las interdependencias y sus nucleaciones, de las relaciones y su jerarquización. Las publicaciones de la Comisaría del Plan se contrastaban con los análisis de situación que en su propia condición de sociológicos, ya resaltaban las insuficiencias –cuando no las manipulaciones– de la información oficial: los FOESSA exponían periódicamente el «decalage» entre el modelo de sociedad industrial occidental y la situación social; en el 1^{er} informe (1.966) además del amplio tratamiento de la población como parte del marco general condicionante de la estructura social y la atención a los movimientos de población (con referencia específica a la atracción urbana), se plantea un condicionante, que en el propio desarrollo del estudio, adquiriría caracteres centrales: las diferencias regionales codificadas en las «ocho Españas». Además de un capítulo dedicado a la vivienda (fundamentalmente a la demanda y oferta urbanas), se planteaba un análisis jerarquizado de las entidades de po-

blación (las «comunidades» agrarias, urbanas y metropolitanas). Y, por otra parte, como en los Informes de Cáritas, y con fuertes limitaciones de expresión, se presentaban prácticamente por primera vez (de manera sistemática para el total de la comunidad nacional y para todos los aspectos estructurales del informe) las expectativas, la *opinión del ciudadano*. La significatividad de una explicitación de este «objeto» sociológico para el modelo de sociedad (y sobre todo de orden político), queda refrendada por la polémica que todavía ha supuesto la publicación de la opinión del hombre de la calle, la definición «objetiva» de sus valores, en los posteriores informes³⁷. El objeto y el método eran plenamente de sociedad industrial (y de soberanía del indicador objetivo y de la opinión pública) y de ahí su significatividad política. La situación social también se manifestaba en sus aspectos más críticos, como deficiente desarrollo de la vida urbana o insuficiencia del sistema urbano para «integrar-ofrecer» todas sus potencialidades de bienestar a los ciudadanos. Diversos organismos en la periferia del aparato de la Administración Pública se planteaban la marginación social: El Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, Cáritas, insistían en las condiciones sociales y morales del emigrante o del habitante de los barrios.

El organizar, el hacer inteligibles los rasgos estructurantes del alterado colectivo sobre el que se producía la sociedad española, llevaba necesariamente a la confección de mapas, de puntos neurálgicos, de dominancias en las interacciones: Desde los mapas de densidades y sus tendencias –con aportaciones significativas desde el principio del proceso– a los mapas de flujos –el Atlas Comercial de España–; de las simples diferencias espaciales de la renta a los estudios regionales y los problemas de estructuración interna-externa de las regiones. Las ciudades –en casi todas las demandas– aparecían como los puntos máximos, las terminales o los polos –los centros neurálgicos– desde

los que organizar este fluctuante y complejo universo. En la definición de la Ecología Humana, nacida en Chicago como ecología urbana, se trata de determinar los organismos que ejercen «el máximo grado de control en el Colectivo» –los «dominantes–, aunque no se olviden otros grados de control –los «influyentes»³⁸. Si los pioneros de la Ecología urbana habían tenido que responder al fenómeno de la gran ciudad y habían formulado una teoría de la metrópoli que ordenaba racionalmente su continuo fluir –sus agregaciones y desagregaciones– la expansión del fenómeno metropolitano llevaba a una ampliación o redefinición de la teoría, que en parte se legitimaba epistemológicamente en el propio organicismo ecológico: la estructura del organismo completo. Si en la gran ciudad existía un centro –caracterizado por el control–, el CBD, también las sociedades urbanas estarían centradas en ese CBD ampliado que es la metrópoli. En la formulación de Bogue, en los Estados Unidos de los años cincuenta: «Las metrópolis dominan la organización social de las sociedades tecnológicamente avanzadas»³⁹. Esta propuesta para ser analíticamente válida precisa de una relativización, así como el propio supuesto «organicista» de núcleos progresivamente englobantes, necesita una cierta gradación o jerarquización. En definitiva, se plantea en qué aspectos diferenciales (funciones) se ejerce la dominación y en qué grado (de dominación a influencia); ello supone establecer a través de qué funciones se produce la dominación y/o qué funciones son las dominantes; en cualquier caso, el desarrollo metodológico de estas investigaciones (de notable sofisticación) tiene un objetivo claro: la reducción a sistema; pero también unos presupuestos –a veces, no tan desarrollados– sobre qué es dominación y sus formas y qué es la ciudad y cuáles son las funciones; este aspecto se ha atajado frecuentemente por una definición estrictamente económica (de «inputs-outputs» reducido a indicadores economicistas). La propia alteración de los factores y la es-



Un modelo de "influencia" urbana delimitada según indicadores. Salt Lake City, capital "regional" en 1940.

estructura productiva (en las sociedades tecnoestructuradas o industrial-avanzadas), la relevancia de la producción e intercambio de información (con la «revolución» de las comunicaciones), y sobre todo, las nuevas dimensiones que se plantean en la localización de las actividades económicas (desconcentración, descentralización, informatización) han planteado revisiones críticas, no sólo de los métodos sino de los modelos y aun de los supuestos. Especialmente de estos últimos: ya sea por las causas y consecuencias políticas de estas investigaciones; ya sea por que la propia crisis del modelo de sociedad replanteada por la actual crisis del crecimiento económico— no permite operar con un modelo tan idealista/mecanicista —tan ahistórico— de la ciudad.

Las propuestas radicales se han renovado y vivificado en un movimiento ciudadano, en las propias crisis del modelo de vida urbana, pero se han elaborado desde los nuevos centros de producción de investigación operativa, en los que la planificación —la intervención y control— ensaya nuevas estrategias: desde la «ingeniería social» a la «arquitectura guerrillera». Una propuesta como la de Robert Goodman —«Después de los urbanistas, que?»— sería representativa en este sentido. El radical inconformismo se produce en el «Laboratorio de Proyectos comunitarios» del Departamento de Arquitectura de M. I. T. de Massachusetts, templo de la nueva tecnología y de la alteración de los métodos.

Las propias ciencias de la planificación, en su relativa superación de los marcos teóricos y de los ámbitos de actuación, plantean la crítica del organicismo espacial más estricto —las simples localizaciones de las actividades— o del economicismo más elemental —la consideración de las actividades productivas y de sus leyes fuera del espacio. El análisis territorial en su propia terminología —aunque no podía evitar la centralidad de las acumulaciones urbanas en el proceso económico— abría perspectivas teóricas y

normativas –desde la ciencia económica– respondiendo, en parte, a la insuficiencia de la teoría en los aspectos espaciales, pero también «de la necesidad de solucionar situaciones de desequilibrio territorial y subdesarrollo; así como situaciones de congestión que tenían lugar, al mismo tiempo, en algunas regiones muy urbanizadas; y del consenso general con respecto a determinadas acciones políticas tendentes a paliar estas circunstancias y a mejorar las condiciones de habitabilidad y transporte en las grandes áreas urbanas»⁴⁰. Este cambio de perspectiva en los años sesenta, que contraponía a la tradición puramente espacial del urbanismo más operativo, (el de arquitectos e ingenieros), la renovada atención al espacio de la economía –como «disciplina empírica con fuertes motivaciones prácticas»–, se concretaría en una formalización de la «planificación regional» que en la definición norteamericana de Friedmann y Alonso se ocuparía «del proceso de formulación y clarificación de objetivos sociales en la ordenación de actividades para el espacio supraurbano», siendo su bagaje teórico y metodológico, la «organización espacial», la «urbanización» y la «teoría del crecimiento regional»⁴¹.

El espacio devenía así territorio, no sólo para poder captar mejor el desbordante fenómeno urbano y la ampliación del espectro de las actividades económicas, sino para recuperar la vieja tradición norteamericana en la que «Planificación territorial» suponía la búsqueda de una armonía entre naturaleza y técnica, un control de los desarrollos urbanos deshumanizadores, inspirándose en la filosofía pragmatista (Dewey) o el pensamiento económico de carácter sociológico y antropológico (Veblen). En la reciente recapitulación de Friedmann y Weaver: «La planificación del desarrollo funcional, o espacial, se supone que presenta una validez universal. En general, su formulación es matemática y su expresión espacial específica se modela como una red de nudos y uniones que se extiende

más allá de las fronteras regionales y nacionales para unirse, en el límite, con el mundo entero. La planificación espacial acentúa la localización de las actividades económicas. Cada localización se considera como un punto sobre una superficie topológica que representa variables funcionales tales como costes de producción o accesos a los mercados. Desde el punto de vista de una economía local, las decisiones de localización se determinan *exógenamente*, bien mediante compañías que buscan su localización óptima o bien por el Estado, que persigue sus propios intereses.

La planificación territorial, por el contrario (sea a escala de ciudades, regiones o naciones), hace referencia a poblaciones históricamente definidas habitando lugares específicos. Con frecuencia esas poblaciones gozan de una autonomía política sustancial. Por ello, la planificación territorial es una actividad endógena. Persigue continuidades históricas, busca una mejora general en la calidad de vida para toda la población de la zona, y exige el desarrollo completo de su potencial productivo. Su método es holístico, multidisciplinario y complejo»⁴².

Las implicaciones ideológicas, epistemológicas y de pura practicidad que se expresan en esta larga cita resultan evidentes. El espacio aparece como neutra infraestructura, casi «naturalmente» dada, que se ofrece casi como hoja en blanco a la decisión económica y a la actuación del planificador. Ese es indudablemente el ámbito más cómodo para actuar en términos técnicos y sobre él ha girado gran parte de la práctica científica al compás de las teorías de la inversión y del desarrollo. Pero, en cuanto este espacio relativamente abstracto, se presenta como universos delimitados (ciudades, regiones, naciones) con una definición histórica y una formulación política (es decir, como espacios «llenos» o «solidarizados» con un organismo social), la práctica científica de la planificación se hace menos nítida y formalizable porque como define el propio John Fried-

mann: «Las fuerzas territoriales derivan de nexos comunes de orden social forjados por la historia dentro de una localidad concreta».

En España, donde el crecimiento de lo urbano, se realiza con explosiva rapidez en los años del desarrollo, al mismo tiempo que las condensaciones metropolitanas y el desarrollo de extensiones urbanizadas, que en algunos casos darán imágenes de «conurbación» «continuum» o «comarca» urbana (En el País Vasco litoral, en Cataluña), se produce una atención al fenómeno urbano que viene marcada por un planeamiento y una intervención dominados por los aspectos físico-urbanos; no sólo por la menor tradición de ciencias sociales atentas al espacio urbano, sino por el particular papel jugado por el «suelo». Desde la legislación y la normativa urbanística hasta la promoción y el diseño, todo gira en torno al suelo, la estructuración de las ciudades, está muy marcada por el alto valor del suelo; la construcción de la ciudad se atiene a la estructura de la propiedad inmobiliaria; la vivienda urbana es producto de la especulación en el sector de la construcción. Si el fenómeno tiene una vieja trayectoria desde el inicio de la industrialización-urbanización, la peculiar intervención pública (limitada durante los decenios del crecimiento a la promoción de viviendas subvencionadas), la descoordinación o superficialidad de las agencias planificadoras, la falta de investigación o los condicionantes ideológicos favorecen un urbanismo salvaje o de emergencia que sólo las propias demandas económicas más inmediatas (por el crecimiento experimentado) o la congestión moderarán. El ímpetu avasallador del sector de la construcción (baja capitalización, mano de obra barata, alta demanda de viviendas en propiedad...), orientado por las facilidades para la especulación inmobiliaria, barrerá gran parte de las formas y estructuras urbanas tradicionales, provocando una improvisada sucesión de bloques y polígonos para la recepción del crecimiento (la inmigración descontrolada),

El coste del suelo y su influencia en la industria y la vivienda.

Como resultado de las estrategias seguidas por los propietarios del suelo se produce una elevación de los precios de éste. Según datos recogidos en un estudio de las Naciones Unidas y citados por Ernesto Lluch y Juan Gaspar, el índice nominal del precio de los terrenos en las ciudades españolas de crecimiento rápido ha pasado de un valor 100 en 1950 a 1.000 en 1963, mientras que el índice del coste de vida pasaba en el mismo periodo a un índice 193. Pero el crecimiento ha continuado con mayor fuerza en el decenio siguiente. Los datos elaborados por M. Gómez Morán muestran que los precios del suelo en Madrid han pasado de un índice 100 en 1961 a 497 en 1965 y a un índice 721 en 1969. En Bilbao los índices elaborados por el Ayuntamiento indican elevaciones de un 500 % en el casco, de 462 % en el ensanche y de más de 2.000 % en Basurto, Deusto y Erandio, mientras que en La Laguna, el valor del suelo aumentó entre 1941 y 1969 alrededor de un 1.000 % en diversos sectores con calles nuevas abiertas al tráfico y en más de 8.000 % en sectores alejados del centro pero con fuertes transformaciones en las infraestructuras.

De hecho, el coste del suelo ha pasado a representar una parte importante del coste total de la instalación de una industria, o de la construcción de viviendas.

Horacio CAPEL

«Capitalismo y morfología urbana en España»

pero también una incontrolada renovación urbana. Los efectos se harán sentir no sólo en las congestionadas localizaciones preferentes de la inmigración (Madrid, Cataluña, País Vasco) sino en las capitales de provincia de las áreas subdesarrolladas. La historia reciente del planeamiento urbano en España (y en relación a ella habría de tratarse la intervención en las áreas rurales a través de organismos muy marcados ideológicamente) es muy ilustrativa a este respecto: la transmutación de las iniciativas de los movimientos de arquitectos de vanguardia tras la guerra civil, supuso un relanzamiento de un dirigismo arquitectónico, plasmado en planes generales y planes provinciales, y en el sector de la vivienda, muy marcado en su formalismo y en su ejecución por sus condicionantes ideológicos y subordinación a la especulación del suelo y de la vivienda. La Ley del Suelo de 1.956, la reforma –tímida racionalización– de la Administración Pública necesaria para el planteamiento del desarrollo y que suponía la diversificación y ampliación de las agencias que intervenían en el proceso de urbanización, la sensibilización en diferentes sectores culturales y sociales sobre el evidente problema urbano y su complejidad; el reconocimiento de las entidades metropolitanas (Ley de Régimen Local de 1.975) y su planteamiento, la reforma de la Ley del Suelo (1.976); los distintos y contradictorios hitos que han presidido la política y el planeamiento urbanístico en la España de los cincuenta y de los sesenta –dentro de un proceso de cambio similar en Occidente– pueden resumirse para un arquitecto-urbanista en la siguiente consideración –muy al hilo del inicio de la etapa postfranquista–: «La virulencia y velocidad de nuestro proceso de urbanización y su asociación con una determinada opción política muy clara de instrumentación del desarrollo económico, (...) el panorama de inadecuación organizativa, (...) y sobre todo (...) el carácter –aislado, minoritario, impositivo, tecnocrático y acrítico de la respuesta dada por la política urbanística, o

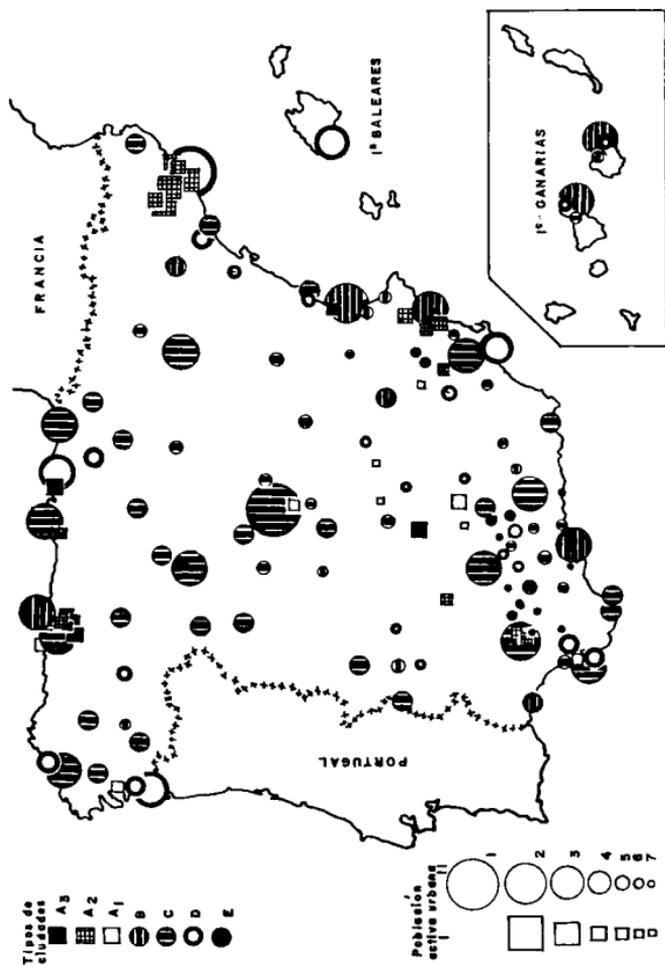
por la ausencia de ella, propiciando o permitiendo toda clase de abusos, desviaciones y corrupciones» (...) viene a explicar la situación particular española en esos años: «la espectacular disparidad entre los resultados de nuestro proceso de desarrollo urbano y transformación del territorio, y las ambiciosas metas y aspiraciones ordenadoras formuladas para dirigirlo». ⁴³

Sin embargo, la propia inmediatez de esta caos urbano ha atraído la atención de investigadores. Ya en la Introducción a la edición en castellano (1.962) de «Human Ecology» de A. H. Hawley, el profesor Murillo veía la conveniencia de difundir la ecología, como «teoría de realidades materiales», en «una sociedad que mira con recelo la Sociología, como oscura fuente de peligros, o lo que casi es peor, la confunde con planes de reforma social (...); en un país como España, donde coexisten: a) el crecimiento patológico de las grandes ciudades, b) el hecho de que el 62 por ciento de la población viva en núcleos de menos de 10.000 habitantes (censo de 1.950), o sea que considerablemente más de la mitad de la población lleve formas de vida rural y no urbana, y c) un constante entrecruzamiento de corrientes de migración interior»⁴⁴.

Lo cierto es que diez años después ya había estudios basados en la teoría y la metodología de la «Human Ecology» (como el citado de Díez-Nicolás); la indeseable coexistencia de los dos extremos de un proceso (caracterizable como país no desarrollado) se resolvía en la dominación urbana: el 56 % de la población vivía en municipios de más de 10.000 habitantes; y de esta población definida censalmente como urbana, la mitad vivía en ciudades de más de 100.000 habitantes⁴⁵. La demanda era ya distinta: dentro de la dominancia de lo urbano, establecer las interrelaciones entre los distintos tipos de ciudades, definidos según las distintas funciones de lo urbano, y de ellas deducir el rango –la posición jerárquica–, las dominantes del proceso, los centros del sistema. Pero todo ello a través de

indicadores menos elementales que la cantidad de población (el simple tamaño), puesto que lo urbano ya no era la concentración, masificación, (densificación) de un mundo rural, sino un universo, un sistema, en el que quedaba integrado lo rural⁴⁶.

Desde la perspectiva de la Economía, especialmente atenta a la teoría y al planeamiento del desarrollo, la investigación se centra en el fenómeno urbano. Si las «ciudades sirven de motor del crecimiento económico», también en el propio proceso de crecimiento puede producirse el efecto contrario: «el crecimiento urbano puede tener un efecto tanto estimulante como recesivo sobre el crecimiento económico nacional, pero este último no puede darse sin el crecimiento de las ciudades»⁴⁷. En la polémica entre los partidarios de las grandes ciudades y de las pequeñas, la «escuela» de José R. Lasuén –con investigaciones próximas a las demandas de la administración pública– analizaba la evolución de las ciudades españolas según las variaciones en el rango, establecido por referencia al tamaño, y su relación con el desarrollo –indicado por el nivel de renta–; los estudios de este catedrático de Teoría económica –y su equipo– muy implicado en las nuevas tendencias de la Economía regional y urbana, por encima de las aportaciones concretas, suponían –a principios de los setenta– la afirmación del crecimiento urbano como supuesto del desarrollo y cierta consistencia en la jerarquía de las ciudades y en los tramos en que se ordenan; esta consistencia dentro del crecimiento planteaba, de un lado, una madurez del sistema urbano español para estos años que permitía centrar la atención –para la impulsión y control del desarrollo– en las variables más específicamente económicas; por otra parte en su propia estabilidad, el sistema de ciudades español, producía una jeraquía suficientemente trabada a lo largo del tiempo, para que las diferencias planteadas, que sobre el mapa revelan diferencias regionales –subrayadas por las tendencias migrato-



Los tipos de ciudades españolas según Horacio Capel. Los círculos son proporcionales a la población urbana. 1) Más de 500.000 habitantes activos urbanos; 2) de 100.000 a 500.000; 3) de 30.000 a 100.000; 4) de 10.000 a 30.000; 5) de 5.000 a 10.000; 6) de 2.000 habitantes activos urbanos.. I) Centros mineros e industriales; II) otros tipos de ciudades. A3, centros industriales; A2, centros muy industriales con función secundaria; A1, centros muy industriales sin función secundaria; B, centros comerciales; C, centros de servicio; D, ciudades de funciones múltiples.

rias— se puedan tomar como estructura orgánica, como estructura del sistema, que si permite el crecimiento, no tiene por qué ser alterada. De alguna manera, se legitimaba en términos de sofisticada teoría económica la situación diferencial de las regiones en el Estado español. Todo ello visto desde la estructura urbana del país que se venía definiendo, cuando menos, desde principios de siglo en correlato con la Industrialización. En definitiva, se propugnaría «una opción de desarrollo económico descentralizado: por la aparición de deseconomías de tamaño, por el deseo de una mayor calidad de vida, y por el deseo de una mayor democracia o posibilidad individual de influir sobre circunstancias de la vida diaria».⁴⁸

No deja de ser significativo que la primera publicación especializada de Ordenación del territorio en España —la de G. Sáenz de Buruaga en 1.969—, y que se definía como ciencia emparentada con el urbanismo y el desarrollo regional, se refiriera expresamente al «caso del País Vasco» y su «zona de influencia», que se proponía como posible modelo de «región vertebrada». Si en la ordenación del territorio se plantea un marco superador —en visión o plazo— del puro desarrollo de las actividades productivas o del planeamiento urbano es porque «representa el modelo óptimo de aprovechamiento del espacio teniendo en cuenta las aspiraciones individuales y sociales del hombre, los factores naturales y las disponibilidades de recursos». Se puede suponer entonces que en el caso del País Vasco se producían unas «aspiraciones» (o mejor unos «espacios llenos» o «solidarizados con un organismo social», una definición histórica y una formulación política) que urgían su tratamiento en términos de planificación territorial u ordenación del territorio. Aunque poco después, el monumental estudio dirigido por el mismo Sáenz de Buruaga sobre el País Vasco-navarro y Rioja (Iberplan, 1.973), al desarrollar el sistema de ciudades, muy especialmente, redujese a un elemental modelo de especializa-

ción funcional y jerarquías el complejo socio-espacial del País Vasco⁴⁹.

La actual atención a la estructura urbana y a la regionalización (a la ecología, el sistema de ciudades, la ordenación del territorio y la planificación regional) –incluso en vertientes ideológicas contrastadas y explicitadas en la propia evolución política– tiene que intentar reducir a formalizaciones operativas factores de la estructura socio-espacial –de las formas cambiantes de los modernos asentamientos– que con demasiada frecuencia habían quedado relegados al carácter de «intangibles» –de no cuantificables– o de puramente ideológicos– interferencias no asimilables en los análisis estructurales⁵⁰. El reconocimiento de «la importancia de los fenómenos específicamente políticos, de los valores culturales y de los movimientos sociales en la producción y gestión de la ciudad» no sólo supone matices y correcciones a las lógicas del proceso de desarrollo de la ciudad (que se presenta además en situación de crisis), sino también una nueva concepción de los análisis y de sus marcos teórico-metodológicos –el urbanismo– y, sobre todo, un replanteamiento de la intervención en la ciudad– el planeamiento y la política urbana⁵¹.

La crisis de la ciudad, su inadecuación a las demandas sociales, se plantea repetidamente; pero si en una primera instancia pudo localizarse –dentro del moderno proceso industrial/urbano como una deficiente utilización de la tecnología; hoy, puede aparecer como una sobreutilización –o utilización excesiva– de las tecnologías. Diferente valoración de la capacidad tecnológica de la sociedad industrial, que encierra –al mismo tiempo– una diferencia sustantiva: si las técnicas mal utilizadas eran fundamentalmente a principios de siglo, las de la transformación de materias o de aplicación de la energía; ahora, al final del presente siglo lo que se pone en cuestión es la aplicación descontrolada de las tecnologías de la organización. En dos momentos distintos, y con diferente significación, se

plantea en la sociedad capitalista industrial, más allá de su lógica tecnoproductiva, una lógica humana devenida irreversiblemente política –urbana–.

Cuando la experiencia de las aglomeraciones urbanas inglesas que habían nacido tras la brutal alteración de los valles en la primera industrialización, había llevado al desarrollo de instituciones de planificación, Geddes proclamaba por el mundo occidental (y el oriental) la necesidad de una analítica del espacio, que aunque dirigida a la ciudad como fenómeno relevante, encontraba uno de sus paradigmas en el modelo «valle». «La sección del valle es la base del análisis», y en su recorrido desde la cabecera hasta su desembocadura, «desde la nieve hasta el mar» o «desde la meseta hasta las tierras bajas», encontramos unas tipologías físico-antropológicas que valen, en términos generales, para todo el mundo, ya que «el mundo está construido de este modo» (desde su diminuta Escocia natal a la gran América vertebrada en las Rocosas o en los Andes). En definitiva, este recorrido nos llevará a la afirmación de que «en las secciones del valle todas las ocupaciones tienen su lugar»; pero también concluiremos que en el territorio del valle se puede descubrir de manera privilegiada que «el tipo de lugar y el tipo de labor realizada determinan las costumbres e instituciones de su población»; todo ello en un análisis o lectura del espacio que precisamente en el valle plantea no tanto el proceso histórico-lineal, sino la coexistencia de modos y tipos en una síntesis espacio-temporal: «Tipos sociales (...) que se suceden en forma manifiesta, tanto a medida que descendemos de altura como a medida que trazamos el curso de la historia social», que sigue estando «al lado nuestro» y su significación «no es despreciable» en la actual etapa de «predominio del orden industrial y urbano»⁵².

Esta exposición de la analítica del valle de Sir Patrick Geddes está recogida de una conferencia suya en Nueva York en 1.923, momento en que estableció una significati-

va relación con Lewis Mumford. Era también en esos momentos cuando Mumford desarrollaba su voluminosa crítica al Plan Regional de Nueva York: la filosofía que Mumford representaba de aceptación y respeto de los límites de lo humano y natural, chocaba con la necesaria adaptación a la propia dinámica de la civilización industrial preconizada por los responsables del plan. La Asociación Americana de Planificación Regional iba a ser el órgano, en el marco de la «New Deal», de esta interdisciplinaria defensa del territorio en un país, de la comunidad, de lo abarcable naturalmente por el hombre; en definición del propio Mumford, uno de los animadores de la Asociación (RPAA), ésta se cimentaba sobre «las ideas cívicas de Geddes y Howard, los análisis económicos de Thorstein Veblen, la sociología de Charles H. Cooley y la filosofía educacional de John Dewey, por no citar las nuevas ideas sobre conservación, ecología y geotécnica, todas las cuales tuvieron su participación en la transformación de los excelentes procedimientos de los planificadores primitivos»⁵³.

Cuando un valle norteamericano, el de Tennessee, se planteó una producción de energía hidroeléctrica, al compás de la coyuntural industria de guerra de la 1ª Guerra Mundial, se desencadenó una atención que, en el marco de la «New Deal» de postguerra y del progresismo reformista tipo RPAA, produjo la conjunción entre intervención pública y defensa de una tecnología, que más allá de los intereses particulares, posibilitara «una gama más amplia de acciones públicas en el valle, incluyendo el control de las inundaciones, la navegación, la generación de energía eléctrica, el uso adecuado de tierras marginales, la repoblación forestal y, en general, el bienestar económico y social de la población». La Institucionalización legal en 1.933 de una corporación pública (la Tennessee Valley Authority) refrendaba un hito en la historia de la planificación espacial, entendida como planificación del territo-

rio, como potenciación de una población y de una naturaleza en su concreta simbiosis, como desarrollo integral y moderno de una comunidad. La repercusión de la iniciativa y de la doctrina suscitada fué notoria, aunque desde la propia constitución legal de la TVA el cambio en la política económica marcase rumbos distintos al organismo; el proyecto y la ejecución —en parte, también pervertida— de la Confederación Hidrográfica del Ebro animado por Lorenzo Pardo e iniciado en el marco de la Dictadura de Primo de Rivera en España, sería uno de sus ecos. Pero lo que importa destacar aquí es la dimensión significativa de que, en esta alternativa y en este momento fundante, fuera el modelo *valle* el que configurara la doctrina planificadora; y sobre todo, que esta expresión asumiera, de alguna manera, todos los referentes mítico-ideológicos de la comunidad por excelencia, en su máxima concepción físicoespacial; en la valoración coetánea del propio Mumford:

«El proyecto del valle de Tennessee, con su política fundamental de conservación de los recursos energéticos, tierras, bosques, suelo y cursos de agua por el interés público, es una indicación de una nueva solución a los problemas del desarrollo regional (...). El valle del río tiene la ventaja de traer a una estructura regional común una unidad diversificada; esto es esencial para una vida efectiva cívica y social, que ha sido descuidada en muchos esquemas de desarrollo regional (...). En el valle del Tennessee y zonas afines (...) puede establecerse una base no sólo para lograr una ordenación industrial eficiente, sino para conseguir un nuevo orden social y un nuevo tipo de desarrollo urbano, siempre que se aporten el coraje político y la imaginación necesarios. La zona de tierras altas del Tennessee: potencialmente el escenario de un asentamiento más intensivo, que conservará en lugar de destruir los fundamentos naturales para una vida social sana y duradera (...).»

Lo cierto es que el espíritu inicial de la «New Deal» de Roosevelt que en los años treinta desarrolló planes regio-

nales atendiendo a modelos culturales, se vio urgido a que sus bases naturalistas más típicas –las cuencas de los ríos– se orientaran a las demandas de la gran industria norteamericana, dentro del peculiar marco institucional norteamericano que limitaba la intervención pública. La «Tennessee Valley Authority» se fue decantando como un órgano para el crecimiento industrial-urbano, especialmente por su capacidad de producir energía barata para la gran industria. La TVA en los años setenta «ha sido uno de los organismos (...) que más ha apoyado la construcción de centrales nucleares». «La situación de la TVA (según un testimonio de esta década) es casi la contraria a la de hace cuatro décadas, cuando entre gritos de ‘Socialista’ y ‘Yanqui’ comenzó a ensayar la ayuda a los humildes, construyéndoles unas vidas más prósperas. Los amigos de hoy de la TVA son el ‘aparato’: la industria, los sindicatos y el gobierno del Estado. Sus nuevos adversarios son ‘los disminuidos sociales’, los pobres, los defensores de los intereses públicos frente al aparato y los ambientalistas»⁵⁴.

Este proceso marca una típica alteración en ciertas concepciones del modo de vida urbano –los movimientos ecologistas– que han provocado revisiones de la planificación urbana. Ciertos efectos negativos de una concepción del espacio como recurso siempre disponible; de la idoneidad de cualquier sistema de intervención sobre el territorio que condujese al crecimiento industrial-urbano, han provocado un replanteamiento de cuál debe ser el objetivo de la planificación del espacio; de cuáles deben ser los límites de la urbanización. Pero, casi al mismo tiempo, la crisis económica y las repetidas evidencias de un deterioro del medio ambiente han venido a enfatizar la insatisfacción tanto en los objetivos del desarrollo como en sus medios. Todo ello, unido a la evidencia de que el complejo «productivo-burocrático» es incapaz de afrontar la complejidad de los factores intervinientes en el proceso, –y muy especialmente de las expectativas de amplios sectores

de la población—, ha conducido a diferentes movimientos de enfrentamiento o de extrañamiento ante «el sistema»; sistema que fundamentalmente se presentaba como sistema de vida urbana. En este sentido se producen ciertas luchas urbanas de los setenta; pero también, ante ciertos tratamientos del espacio regional como supuesta optimización del propio sistema industrial-urbano, se producen recuperaciones o replanteamientos de la cuestión regional en distintos países.

Ello ha impregnado a ciertos sectores de las ciencias —y de la planificación— del espacio, precisamente por la evidencia física de sus resultados; muy en particular, por la congestión del espacio, el deterioro del ambiente, o por las mismas dificultades de actuar sobre un espacio muy condicionado y trazado, de «inventar» territorios que posibiliten nuevas o renovadas estructuras sociales. De ahí la tendencia a previsiones e intervenciones, que, sobre supuestos de alternativas o regeneración, se plantean más posibilitar o excitar que construir universos.

Como pequeña muestra parangonable —treinta o cuarenta años después— con esta preocupación originaria-ideal por los espacios naturales, en plena efervescencia del desarrollo de la ciudad, basta considerar las propuestas de William H. Whyte.

El autor de un libro de impacto, como fue «The Organization Man», dentro de la confianza en los grandes colectivos para producir organizaciones, para autonomizarse y autoestructurarse, plantea la necesidad de conservar «espacios abiertos». Revisando críticamente planes como el del cinturón verde de Londres y su desarrollo después de la guerra mundial, o ambiciosas planificaciones regionales de corte moderno (como el Plan del año 2.000 para la zona urbana de Washington), y, sobre todo, experiencias inmediatas y de clara consistencia (como los valles de su Pensylvania natal) plantea dos criterios básicos: no confiar demasiado en las normativas concebidas o im-

puestas por la planificación; sino, más bien, ver cómo se producen las tendencias y estrategias de la población y su utilización del suelo, y favorecer intervenciones puntuales que respondiendo a un objetivo, no sean, sin embargo, objeto central de resistencia, no marquen alternativas globales ni diseños acabados. Afirmar, no obstante, la necesidad de organizar el espacio, de construir –incluso los espacios «abiertos»–, como vía de conseguir que una población creciente, con una creciente ocupación del suelo– tendencias a las que W.H. Whyte no se resiste– no acabe perdiendo su espacio; y, sobre todo, porque desde estos espacios organizados –por su utilidad económica o estética–, se produce una evidenciación de las estructuras, una expresión de la capacidad de organización humana –un paisaje «finalizado»– que invitará a las sucesivas generaciones a iniciar un nuevo capítulo de ese proceso de autoestructuración.

Un pequeño modelo práctico de actuaciones que lleven a estas propuestas: frente a los grandes espacios «verdes» o «abiertos» a los que se les encarga, en ambiciosos proyectos urbanísticos, hacer de freno al crecimiento o de espacios de reserva y compensación (como cuñas dentro del tejido urbano), dar un sentido positivo, activo en la estructura urbana, a esos espacios; desarrollar «redes» de espacios abiertos, organizarlos de tal manera que contribuyan a la propia vertebración de un paisaje que ha devenido ya paisaje humano –con utilizaciones totales e intensivas, de civilización «industrial/urbana»–. Partiendo del omnímodo poder del propietario de la tierra en EE. UU. y del alto precio de ésta, se pueden introducir elementos de corrección tolerados por la propia estructuración de las relaciones espacio-sociedad: en las inmediaciones de Nueva York, en el Valle del Potomac, en distintos lugares irreversiblemente integrados en la dominante urbana, se han utilizado las «servidumbres» de paso o de uso para que este elemento –que había llegado a ser residual–, delibera-

damente organizado, adquiriera nuevas funciones en la estructura urbana; así, las servidumbres de no edificación en redes de viejos canales o viales, los derechos de pesca en las orillas de los ríos, recuperados o actualizados, permiten desarrollar redes de espacios peatonales, de trayectos abiertos, muy insertos en las demandas del espacio organizado, muy apoyados en estructuras «naturales», que en su propia permanencia vienen a certificar su funcionalidad y consistencia. El autor de «el hombre organización» y defensor de que los hombres deben asumir sus responsabilidades de actuar, de organizar, vuelve al modelo naturalista preconizado por Sir Patrick Geddes —el hombre que, por otra parte, definió por primera vez las «conurbaciones—: «Es fútil y aventurado superponer un diseño abstracto de factura humana a la región, como si el lienzo estuviera en blanco. No lo está. Ya alguien ha pasado por allí. Miles de años de lluvia, viento y mareas han trazado un dibujo. He aquí nuestra forma y nuestro orden. Es inherente a la tierra. Está en el trazado del suelo, las vertientes, los bosques y, por sobre todo, en los trazados de los ríos y los torrentes»⁵⁵.

La desconfianza, no hacia la tecnología, sino hacia su afán de recubrirlo todo, a su dispararse sin freno está presente, de manera central, en la obra de Lewis Mumford que enlaza en su biografía y en sus publicaciones las inquietudes de un sector de la cultura norteamericana tanto en los años veinte como en los años sesenta: «Nuestra civilización actual es como un gigantesco automóvil que avanza por un camino de una sola mano a una velocidad cada vez mayor. Por desgracia, tal como ahora está construido, este auto carece de volante y de frenos, y la única forma de control que puede ejercer el conductor consiste en hacer que el auto marche más ligero, si bien, en su fascinación por la máquina y su compromiso de alcanzar la más alta velocidad posible, se ha olvidado por completo del propósito del viaje»⁵⁶.

En este replanteamiento de los sesenta, una de las novedades está en que el automóvil desenfrenado es ya la tecnología urbana por excelencia, la organización desenfrenada del espacio y sus usos, el urbanismo. Sirva de muestra el radicalismo de manifiestos producidos en este ámbito cultural como el de Yona Friedman, en 1.962:

—«La nueva sociedad de las ciudades no debe ser influenciada por el urbanista. Las distinciones sociales entre los diferentes distritos deben ser espontáneas—», sólo así se conseguirá «el futuro de las ciudades» «que serán centros de vida pública, centros de organización y de decisiones de interés público».

Claro que a esta vía, se contraponen en estos mismos años, otras que también aspiran al desarrollo de la comunidad urbana. En la exposición sobre la vivienda realizada en Stuttgart en 1.963, un manifiesto exigía al Estado y otras instituciones:

—«Un nuevo ordenamiento del suelo, que asegure a la planificación el derecho a disponer de la propiedad del suelo en áreas de gran densidad— Y una «participación decisiva de los planificadores y arquitectos progresistas en el nuevo ordenamiento—»⁵⁷.

En el comienzo de los años sesenta, las evidentes dimensiones de lo urbano parecían alejar a la ciudad de los ciudadanos: fuese por la conversión de la ciudad en mercancía, fuese por su transmutación en aparato.

En la formalización teórico-sociológica de C. Moya la ciudad vendría a ser «un modelo de sistema social en desarrollo», «cuya dinámica se explica en función de la causalidad e implicación entre sistema social externo (estructuras económicas y familiares) y sistema social interno (res-

tantes estructuras sociales ». No se trata ya de que las ciudades puedan presentarse como *un* sistema, sino que la propia ciudad, en cuanto «sociedad global» es *el* sistema: su estructura «posibilita en principio la progresiva e indefinida acumulación de población, en términos de volumen y densidad social». La capacidad, que la ciudad tiene, de dominar un hinterland del cual detrae los excedentes necesarios (muy primordialmente, de población), conlleva su estructuración en clases sociales, según un principio de división del trabajo. En el propio crecimiento/desarrollo de lo urbano, «la centralidad-excéntrica» del hábitat urbano deviene condición estructural para la organización del espacio mundial en términos de mercado». (...) «Desde la excéntrica interioridad de su imaginaria apropiación de un territorio individual (vivienda, coche), el consumidor urbano se proyecta paranoicamente sobre la totalidad del espacio mundial (..) como potencial objeto de consumo de masas, el mundo [definitivamente urbanizado y urbanizable] deviene mítica oferta de la Sociedad de Consumo»⁵⁸.

Epílogo: de la ciudad a la sociedad urbana

El final no tiene por qué ser necesariamente «apocalíptico», ni «integrado».

La Ciudad en cuanto posibilitadora de un cierto discurso (el de la razón filosófico-científica) se encuentra atrapada en la relativa paradoja de ser objeto científico de lo que ella misma matriza (paradoja tal vez habitual en la sociología). La filosofía —el «logos»— fundacional se institucionalizó en la «polis» y devino razón política desde muy temprano. La Sociología más afecta —y pionera— de su reducción a sistema con proposiciones de validez universal —para realizar el estatuto de ciencia con desarrollo técnico u operativo—, se planteó de inmediato la definición morfológico-estructural de la ciudad, instaurando una ciencia de lo urbano en competencia y complementariedad con la actuación estético-instrumental de los urbanistas. Los sistemas de ecología humana provocaban en Chicago una propuesta analítica de la metrópoli como contribución a una reducción a sistema del explosivo crecimiento de las ciudades: sobre los modelos de Park y la evidencia del crecimiento metropolitano de sus ciudades, E. W. Burgess planteaba ya en 1.924, «The growth of the city: an introduction to a research project», en las publicaciones de la «American sociological society». Pero el mismo Louis Wirth, el analista más específico de la ciudad dentro de la escuela de Chicago, reconocía en 1.938: «Aún no contamos con la posibilidad de derivar un conjunto

comprendido de hipótesis a partir de una serie de postulados implícitamente contenidos en una definición sociológica de la ciudad»⁵⁹. No hay que insistir demasiado en que –durante esos años treinta– se producen los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna que se van a interesar centralmente en el urbanismo; el más significativo –el de 1.933– del cual derivaría la Carta de Atenas reconoce el caos urbano, la evolución de las ciudades «sin que se tengan en cuenta los principios del urbanismo contemporáneo elaborados por los medios técnicos calificados», especialmente porque las autoridades políticas y los intereses privados no los tienen en cuenta. No es una confesión de carencias metodológicas (los propios arquitectos se definen como técnicos), pero sí un reconocimiento del curso disociado entre la evolución de la ciudad, y la actuación urbanística; lo cual presupone un cambio de estrategia fundamental del urbanismo de arquitectos e ingenieros: el propio Le Corbusier variaba significativamente algunas de sus concepciones de lo que debía ser la actuación del arquitecto en la ciudad, de sus manifiestos de principios de los años veinte («Vers une Architecture») a esta carta de Atenas («La ville fonctionnelle»). El renovado intento de Parsons de construir un «sistema social» de estructuración generalizable (los subsistemas, sus funciones e interrelaciones) va a tener así mismo una pronta aplicación: en 1.955, publica Kingsley Davis su «The Origin and Growth of Urbanization in the World» en el «American Journal of Sociology». Pero sus propuestas inciden más en los «cómos» que en los «porqués» y su validación en el fenómeno metropolitano (más allá del tamaño relativo de las ciudades) es difícil. El mismo K. Davis, posteriormente, insiste en la diferencia entre crecimiento de las ciudades y crecimiento de la urbanización y relativiza el modelo con la consideración de «casos» históricos o problemas de «humanización» de la ciudad (Scientific American, 1.965 y 1.973). La réplica a una ciencia de los sistemas so-

Ciudad-Carbón

En parte alguna del Universo existía una mina de más curioso aspecto que ésta.

El visitante era transportado sin peligro ni fatiga hasta el mismo lugar de la explotación, bajo mil quinientos pies de la superficie del condado.

Efectivamente, un túnel oblicuo, cuya entrada monumental ornaban almenas y torrecillas, abriase paso bajo el suelo en el sudoeste de Callander.

Este túnel, de pendiente muy suave, terminaba en la cripta maravillosamente excavada bajo el suelo de Escocia.

En el subsuelo del condado habíase fundado un pueblo, al que se había dado el pretencioso nombre de Ciudad-Carbón (*Coal-City*), y de este pueblo salía cada hora un doble tren ferroviario, cuyos vagones eran movidos por fuerza hidráulica.

El viajero que llegaba a Ciudad-Carbón encontrábase en un recinto en el que la electricidad desempeñaba un importantísimo papel, como agente calórico y luminoso.

Pero la electricidad no sólo servía para alumbrar, sino que se utilizaba también en todas las necesidades de la vida industrial y de la vida doméstica, tanto en las casas de la Ciudad-Carbón como en las galerías mineras de la Nueva Aberfoyle.

Desde el descubrimiento de los nuevos yacimientos, todos los obreros de la antigua mina habían abandonado las faenas agrícolas para tomar de nuevo el pico y la azada, atraídos por la certidumbre de que el trabajo no había de faltarles en lo sucesivo y seducidos por los altos jornales que la prosperidad de la explotación permitía pagar. Dejando, pues, el suelo por las profundidades de la tierra, se habían alojado en la mina, la cual, por su disposición natural, se prestaba a esta instalación.

Estas casas de mineros, construidas de ladrillos, habían ido adquiriendo poco a poco un aspecto pintoresco, situadas unas a orillas del lago Malcolm, y otras bajo los arcos, que parecían hechos para resistir el peso de las bóvedas como los contrafuertes de una catedral.

Era, pues, una especie de ciudad flamenca, construida a las orillas del lago Malcolm.

Julio VERNE (1828-1905)
«Las Indias Negras»

ciales –o económicos– desde la que contemplar los aspectos espaciales, ha sido formulada así por Henri Lefebvre: «Ya no se pueden estudiar sistemas separados; los sistemas desde el momento que existen, tienen relación con el espacio y esta relación es determinante, dominante. Por ejemplo, ya no se puede estudiar el sistema urbano, o el de transporte separadamente, ya que no son sino aspectos del problema general del espacio». El espacio ha devenido clave estructural de «la reproducción de las relaciones de producción», el «espacio entero ha sido integrado al mercado y a la producción industrial» lo que ha conllevado la transformación cuantitativa y cualitativa del espacio, la de las relaciones entre espacio y sociedad (desintegración de la ciudad e integración del campo en la sociedad industrial capitalista). Lo que supone que ya no hay una ciencia particular del espacio, ni «un sistema total, que se cierre, que se estabilice»⁶⁰.

Lo cual no supone una imposibilidad de conocimiento, sino que las ciencias sociales deberán revisar críticamente las relaciones entre espacio y sociedad y entre ciudad histórica y sociedad urbana, así como cuestionarse sobre la función de reproducción del «sistema» (lo cual supone dominación, legítima o no) que el espacio desempeña.

Por otra parte la vida en ciudad (o la vida campesina) en cuanto la forma y la estructura de las ciudades ha quedado sustantivamente alterada, y sobre todo, por cuanto ha cambiado su «función-significación» de manera radical –al parecer–, padece alteraciones también sustanciales. Si es cierto que los habitantes de la moderna ciudad –con su sistema de distinciones/separaciones– se parecen cada vez más en todo el mundo, y que la forma de vida urbana se presenta como dominante, lo urbano se convierte entonces en *única forma de vivir sobre la tierra*, que en tanto se estructura como mercado universal, cultura ampliada o sistema de socialización generalizado, es al mismo tiempo

la posibilidad de reproducción –alterada o no– del actual modo de existencia. Dicho en otros términos, la vida en clave urbana es la única disponible pero, al mismo tiempo, por su nueva centralidad, la sola práctica que en sus renovaciones o alteraciones puede plantear variaciones significativas en el propio modo colectivo de vida; una de esas prácticas cívicas (según parece, necesariamente teórico-críticas o «de razón política») será la exploración de los límites de lo urbano, que es una estrategia elemental, de reconocer cómo y en dónde se inserta. Los ensayos que no se hagan en condiciones urbanas, parece difícil que puedan ser consistentes; bien es cierto, así mismo que la experimentación en el propio entramado de las complejas interrelaciones socioespaciales no suele dar resultados espectaculares a corto plazo, ni se puede garantizar su disfrute en una sola vida.

Notas

¹ Caso particular, de significaciones totémicas, sería el de guarecerse bajo pieles de animales: desde el vestido del supuesto hechicero de la cueva de «Trois Frères» en el paleolítico, a las tiendas de los nómadas de las estepas.

² *Gordon Childe, V.*: «Nacimiento de las civilizaciones orientales». Barcelona, 1.968; especialmente, 149 y ss.

³ *Fustel de Coulanges, N.*: «La ciudad antigua». Madrid, 1.982. p.369.

⁴ Las pautas de hospitalidad, de acogida del extranjero –con elaboraciones muy características en el Mediterráneo tradicional y en ámbitos con fuertes componentes matriarcalistas– se verán reformuladas o marginadas. Basta recordar la recepción que encuentra Ulises en el reino de Areta, que le ofrece a su hija Nausicaa, tan distinta de la situación de guerra –prototípicamente urbana– que el propio Ulises había dejado en Troya. (Cfr.: *Pitt-Rivers, J.* –«Antropología del honor o política de los sexos». Barcelona, 1.979, especialmente pp. 144 y ss.)

⁵ Es claro que esta «objetivación» de la dominación no disuelve los componentes «irracionales»; como en la propia formulación de *Max Weber* el carisma sigue inquietando la moderna legitimación racional del poder (Cfr. *Moya, C.*: «La ciudad, un modelo de sistema social en desarrollo». Moneda y crédito, 1.969, 108; pp. 95-118.

⁶ Citado en *Hòmo L.*: «Rome imperiale et l'urbanisme dans l'Antiquité». París, 1.971 (reed.) p. 16.

⁷ *Moya, C.*: «De la ciudad y de su razón». Madrid, 1.977 pp. 35-42.

⁸ *Benévolo, L.*: «Diseño de la ciudad» vol. 2. México, 1979, p. 60

⁹ Este testimonio y otros similares en *Gregorovius, F.*: «Roma y Atenas en la Edad Media». México, 1.964. La romanización que «civilizará» y «uni-versalizará» el Mediterraneo será recubierta a su vez por las religiones «del libro» en la Edad Media; la especial tensión cultural forjada en este espacio dará una particular vigencia a sus componentes originarios (Cfr: *Braudel, F.*–«El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II». México, y *Tillion, G.*– «La condición de la mujer en el área mediterránea». Barcelona, 1.967).

¹⁰ La tipificación y la peculiaridad de las pujantes villas italianas en *Ronouard, Y.*: «Les villes de l'Italie du X siècle au debut de XIV siècle.

París, 1.969. Henri Pirenne, en distintas aportaciones, estableció un modelo histórico de las correlaciones entre desarrollo del comercio, las «villas» medievales y la burguesía. Las investigaciones en torno a la evolución histórica de la ciudad en Occidente han preocupado a todos los estudiosos del devenir de la burguesía: Marx, Weber, Sombart,...

¹¹ El proceso está resumido en Chatelet, F.: «Historia de las ideologías». Madrid, 1.978. vol. I; espec. capit. 3º.

¹² Véanse, por ejemplo, diferentes clanes urbanos y las típicas denominaciones de las parentelas (los topónimos de grupo de parentesco,....., la «casa de»,...) en Heers, J.: «El clan familiar en la Edad Media». Barcelona, 1.978.

¹³ La vitalidad del urbanismo musulmán tiene una de sus más claras expresiones en la Península Ibérica: basta constatar el León y la Córdoba del siglo X, que son dos casos bien documentados. Sobre el tema Torres Balbás, L.: «Ciudades hispanomusulmanas». 2 tomos (s.a).

¹⁴ Koyré A.: «Del mundo cerrado al universo infinito». Madrid, 1.979, p. 2.

¹⁵ Foucault, M y otros.- «Espacios de poder», Madrid, 1.981 p. 23.

¹⁶ Aries, Ph.: «L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancient Régime». París, 1.973 espec. pp. 451 y ss. Ver las precisiones sobre esta evolución en Flandrin, J. L.: «Orígenes de la familia moderna». Barcelona, 1.979, pp. 118 y ss.

¹⁷ Ver la antología de Choay, F.: «El urbanismo. Utopías y realidades»; especialmente, capítulos 1 y 2.

¹⁸ Aymonimo, C.: «Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna» Barcelona, 1.972. pp. 135-36.

¹⁹ Aymonimo, C.: «op. cit.» pp. 217-222.

²⁰ Moya, C.: «De la ciudad y del medio ambiente como mercancía». Ciudad y Territorio.

²¹ Vidich, A.J. y Bensman, J.: «La pequeña población en la sociedad de masas». México, 1.975, espec. capítulo 12.

²² Cfr. -Foucault, M. y otros.: «op. cit.», además de otras investigaciones en torno al «Panóptico» de Bentham. En lo relativo a producción de patologías y terapias típicamente formuladas en la moderna sociedad industrial, Cfr. Castel R y F, Lovell, A.: «La sociedad psiquiátrica avanzada. El modelo norteamericano». Barcelona, 1.980.

²³ Simmel. G.: «Sociología» vol. 2. pp. 645 y ss. Madrid, 1977 (reed).

²⁴ Mitscherlich, A.: «Tesis sobre la ciudad del futuro». Madrid 1.977, pp. 37 y ss.

²⁵ Le Corbusier, A.: «La ciudad del futuro». Buenos Aires, 1.962.

²⁶ Simmel. G.: op. cit. -ibid.

²⁷ Rossi, A.: «La arquitectura de la ciudad». Barcelona, 1971 espec. 227 y ss.

²⁸ de Miguel, A.: «Algunas ideas sobre la moderna sociología de la ciudad». Ciudad y territorio, 2, 1.974, pp. 9 y ss.

²⁹ Mc Keown, Th.: «El crecimiento moderno de la población». Barcelona, 1.978.

³⁰ Ledrut, R.: «Los fenómenos de interdependencia en el crecimiento urbano», en vv. aa.: «El análisis interdisciplinar del crecimiento urbano». Madrid, 1.976 pp. 17-25

³¹ Racionero, L.: «Sistemas de ciudades y ordenación del territorio». Madrid, 1.981, pass.

³² El estudio de la ciudad, especialmente considerada como formación global o práctica vital, se presenta hoy como estudio de la sociedad industrial con la cual se encuentra estructuralmente relacionada: el ciudadano es el productor o el consumidor localizado en el espacio; lo urbano es el espacio de la sociedad industrial. Pero aunque ello incite a su análisis en términos de sistema industrial, desde las múltiples disciplinas que de él se ocupan (especialmente la economía), sigue siendo pertinente interrogarse por la ciencia de las ciudades, su métodos y objeto (Cfr. Ledrut, R.: «El espacio social de la ciudad». Buenos Aires, pass.). Sin embargo, esta preocupación científica no puede ignorar tampoco los distintos discursos sobre las distintas ciudades que han aparecido en la historia.

³³ citado en Moya, C.: «El poder económico en España. 1.939-1.970. Madrid, 1.975, pp. 9-10.

³⁴ vv. aa. «Las ideologías en la España de hoy». Madrid, 1.972, pp. 13-23.

³⁵ Tamames, R.: «La República. La era de Franco». Madrid 1.973, pp. 450 y ss.

³⁶ Tema que ha constituido un «caballo de batalla» en las teorías –y las políticas– económicas del desarrollo. La crítica de Boulding, está recogida en Diez-Nicolás, J.: «Tamaño, densidad y crecimiento de la Población en España». CSIC. 1.971, pp. 3 y ss.

³⁷ La investigación propiamente sociológica en España había tenido un «adelantado» en R. Perpiñá que había propuesto una expresiva sistematización de las relaciones entre crecimiento de la población y distribución espacial de la misma, superando ciertas tradiciones demográficas. Sin embargo en la propia estrategia primera del desarrollo habían primado los estudios de tendencias del crecimiento, sobre análisis de estructuras y del sistema. Sólo estudios «más» «antropológicos» o «psicosociales», además de la literatura comprometida de la época, se aproximaban a los «sujetos-objeto» del cambio social rural/urbano.

³⁸ Seguimos, en general, la exposición teórico-metodológica de la Ecología, en Diez-Nicolás, J.: «Especialización funcional y dominación en la España urbana». Madrid, 1.972.

³⁹ Diez-Nicolás, J.: «op. cit.» pp. 124 y ss. Para la España del inicio de los setenta, el modelo parecía sugestivamente transferible: «En los últimos años y sobre todo en los próximos, el factor decisivo (del crecimiento poblacional) va a ser el desarrollo de algunas ciudades, que son las que van a condensar los nuevos servicios de la sociedad postindustrial a la que ciertas regiones se dirigen (de Miguel, A y Salcedo, J.: «Dinámica del Desarrollo industrial de las regiones españolas», Madrid, 1.972.p. 60).

⁴⁰ Secchi, B.: «Las bases teóricas del análisis territorial» en vv. aa.: «Análisis de las estructuras territoriales». Barcelona, 1.974. p. 17 y ss.

⁴¹citado en *Friedmann, J. y Weaver* Cl.: «Territorio y función». Madrid, 1.981, p. 180. Una vez más, el compromiso de Friedmann de «profesar» en el Departamento de Planificación ciudadana y regional del MIT, estaba en el origen de la renovación crítica –interdisciplinar– de la planificación espacial.

⁴² *ibíd.* Esta propuesta lleva a una reconsideración de la planificación macrorregional y de las actuaciones en los espacios subdesarrollados, atraídos o de “economías pequeñas”, con la consiguiente crítica de ciertas doctrinas sobre la dirección y control del crecimiento (Cfr: capítulo VIII).

⁴³ de *Terán, F.*: «Planeamiento urbano en la España contemporánea». Barcelona, 1.978, p. 621.

⁴⁴ *Hawley, A. H.*: «Ecología Humana». Madrid, 1.962, pp. 12-13.

⁴⁵ *Díez-Nicolás, J.*: «Tamaño, densidad...» p. 22.

⁴⁶ Los ya citados *Díez-Nicolás.*: «Especialización funcional...» y *Racionero, L.*: «Sistemas de ciudades...», marcarían dos vértices –de distintos sistemas teóricos, metodológicos...,– de la investigación que ensaya el diseño de los sistemas urbanos como sistemas totales en España, a lo largo de la década. La tradición sociológica de Chicago, permite jerarquizar, ordenar sistemáticamente, las entidades de población mediante un complejo de indicadores correlacionables; una por una, provincia por provincia, quedaban ubicadas en su relativa importancia, según distintos criterios, todas las entidades urbanas, después de haber procedido a su más clara definición. La preocupación por el desarrollo –el crecimiento económico– y más específicamente su reformulación como demanda de «calidad de vida», lleva a la consideración del espacio urbano y más específicamente de las ciudades como un modelo de acumulación de bienes, cuyo valor se acrecienta precisamente por su continua diversificación y distribución; consiguiendo una distribución y relación ordenada de las ciudades según modelo científico, se conseguirá dinamizar la acumulación de manera persistente; si uno de estos bienes es la información, la tecnología, la cultura, su continua distribución por todo el sistema producirá diversificaciones que –muy específicamente en este campo– son desarrollos. Todo ello a instancias del fracaso de las teorías del crecimiento localizado (los polos, los planes parciales) y a impulsos de una adhesión a valores democráticos.

⁴⁷ *Lasuén, J. R.*: «Ensayos sobre economía regional y urbana» Barcelona, 1.976. pp. 200 y ss.

⁴⁸ *Racionero, L.* –op. cit. p. 172.

⁴⁹ Cfr: las aportaciones de Manuel Ferrer y sus colaboradores en la investigación geográfica (vgr: «El sistema urbano vasco. Las ciudades de Guipúzcoa y Vizcaya». Durango 1.977).

⁵⁰ No sólo la diferenciación y la jerarquización de las ciudades (interna y externa), sino también el aspecto de las opiniones –y las prácticas– en esas ciudades, conduce a plantear lo que tópicamente ha venido definiéndose como la «cuestión regional». El tema está interesando a las ciencias sociales, de manera llamativa, en España.

⁵¹ «Hay que emprender estudios en que el capital, el Estado y los mo-

vimientos sociales aparezcan interrelacionados en su acción sobre la ciudad y en el efecto producido por cada uno de ellos, por la crisis urbana. De los tres polos señalados, el objeto social más desconocido para la investigación es el de los movimientos sociales. Y sin embargo en él se encuentra la principal fuente de cambio social puesto que es a través de la acción no institucionalizada como se generan, en todas las situaciones históricas, los procesos, que a través de toda una serie de mediaciones históricas, cambian las instituciones.» (*Castells, M.*: «Crisis urbana y cambio social». Madrid, 1.981. p.190).

⁵² *Geddes, P.*: «Ciudades en evolución», Buenos Aires, 1.960 pp. 18-28.

⁵³ *Friedmann, J. Weaver, Cl.* —op. cit. pp. 18 y ss.

⁵⁴ *ibíd.* pp. 126-27

⁵⁵ *Whyte, W. H.*: «El paisaje final». Buenos Aires, 1.972

⁵⁶ *Mumford, L.*: «La ciudad en la Historia, Buenos Aires, 1.966. vol, II. pp, 732-33

⁵⁷ *Conrads, U.*: «Programas y manifiestos de la arquitectura del siglo XX». Barcelona, 1.973, pp. 289 y 291.

⁵⁸ *C.*: «La ciudad, un modelo de sistema social en desarrollo. Moneda y Crédito, 1.969, pass. y «De la Ciudad y del medio ambiente...» p.20

⁵⁹ *Wirth, L.*: «El urbanismo como modo de vida». Buenos Aires 1.962. p. 21.

⁶⁰ *Lefebvre, H.*: «La producción del espacio». *Papers*, 3., 1.974 pp. 219-230.

Bibliografía

—Al margen de la bibliografía citada en notas, y la indicada en los textos y gráficos, para una «incitación accesible» al tema:

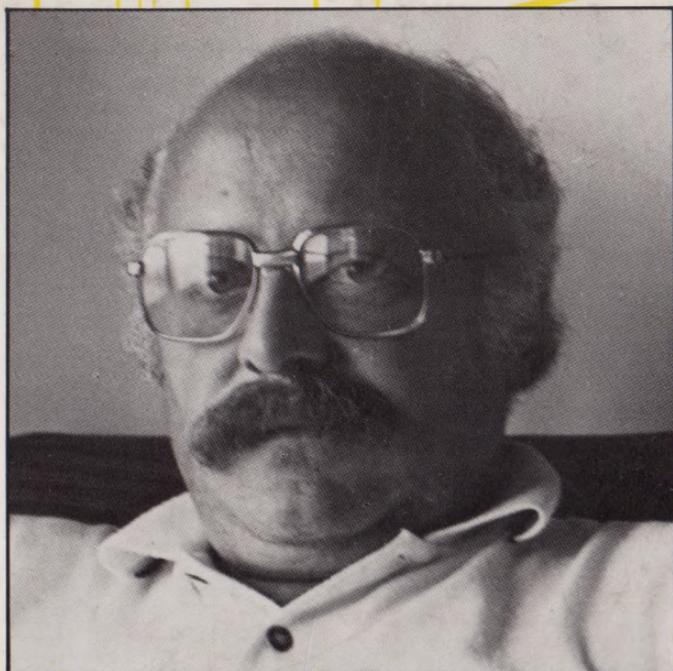
- MUMFORD, LEWIS.*: «*La ciudad en la Historia*» 2 tomos. Edit. Infinito. Buenos Aires (edid. orig. 1.961)
- FUSTEL de COULANGES, N.*: «*La ciudad antigua*» Edit. Edaf. Madrid (edic. orig. 1.864)
- PIRENNE, HENRI.*: «*Las ciudades de la Edad Media*». Alianza Edit. Madrid (edic. orig. 1.927)
- WIRTH, LOUIS.*: «*El urbanismo como modo de vida*» Edics. Tres. Buenos Aires (Edic. orig. 1.938)
- AYMONINO, CARLOS.*: «*Orígenes y desarrollo de la ciudad moderna*» (E. Howard.: Ciudades-jardín del mañana)
(T. Garnier.: Una ciudad industrial)
(J. Hilberseimer.: Proyectos 1.912-1961)
(N. A. Miljutin.: Sosgorod)
Edit. Gustavo Gili. Barcelona (ed. orig. 1.971)
- CHOAY, FRANÇOISE.*: «*El urbanismo. Utopías y realidades.*» Edit. Lumen. Barcelona (ed. orig. 1.965) (Antologías de textos, siglos XIX y XX)
- FRIEDMAN, J y Weaver CI.*: «*Territorio y función*» Edit. Instituto Ests. de Admón. Local Madrid. (ed. orig. 1.979)
- LEFEBVRE, HENRI.*: «*La revolución urbana*» Alianza Edit. Madrid (ed. orig. 1.970)
- MITSCHERLICH, A.*: «*Tesis sobre la ciudad del futuro*» Alianza Edit. Madrid (ed. ori. 1961)
- JACOBS, JANE.*: «*Vida y muerte de las grandes ciudades*» Edit. Península. Barcelona (ed. orig. 1961)
- BAHRDT, Hans P.*: «*La moderna metrópoli*» Edit. F.C.E. México (ed. orig. 1961)
- MOYA, C.*: «*De la Ciudad y de su razón*» Edit. CUPSA. Madrid, 1.977
- LEDRUT, RAYMOND.*: «*El espacio social de la ciudad*» Edit. Amorrortu. Buenos Aires (ed. orig. 1.968)

SCIENTIFIC AMERICAN (vv. aa.): «*La ciudad*» Alianza Edit. (Edic. orig. 1.965)

SCIENTIFIC AMERICAN (vv. aa.): *La ciudad. Su origen, su crecimiento, su impacto en el hombre*» H. Blume Edics. Madrid (edic. orig. 1.973)

Indice

Introducción: ciudades y ciudadanos	7
1. Las ciudades en la historia	11
2. El modo de vida urbano	69
3. El sistema de ciudades.....	92
Epílogo: de la ciudad a la sociedad urbana.....	130
Notas	135
Bibliografía	140



En la ciudad y como vida ciudadana se ha producido esa particular forma de cultura que solemos llamar civilización (de *civis*) occidental y esa peculiar racionalización de la violencia –esa legitimación del poder– que denominamos política (de *polis*). Pero también en ciudades se han producido el capitalismo y el socialismo –utópico y científico. Si el *burgués* es el tipo humano original de los *burgos*, el prototipo de hombre civilizado/moderno –desde su movilidad a sus neurosis– es una estilización netamente urbana.

En este ensayo –y desde ópticas emparentables con la sociología *comprensiva*– se pretende no cerrar el fenómeno urbano –no encerrarlo en una disciplina–, sino introducirnos en él. Jesús Arpal logra este su principal objetivo con rigurosa estructuración de los capítulos que aborda y mediante un orden expositivo tan sólido como ameno a la vez.